

LA MUERTE
DE
LOS DIOSSES

PG3467

.M4

M8

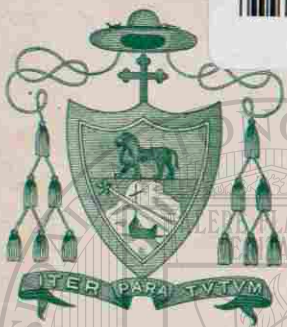
v. 2

c. 1

010801



1080022168



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Sr Rodriguez

LA MUERTE DE LOS DIOSES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DMITRI DE MEREJKOWSKY

La Muerte de los Dioses

(LA NOVELA DE JULIANO EL APOSTATA)

TRADUCCIÓN

de

TOMÁS DE M. GRAELLS

TOMO SEGUNDO



Alfonsina
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca de la Universidad

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.-- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres
MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070

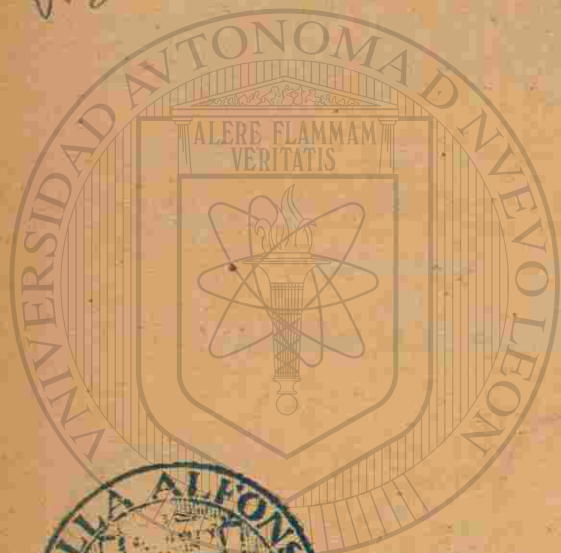
México
MAUCCI HERMANOS
1.º del Relox, 1

1901

47024

PG3467

mt.
m. 8.
v. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

La Muerte de los Dioses

~~~~~

### SEGUNDA PARTE

I

No lejos del desfiladero montañoso de Succos, en la frontera medianera de la Yliria y de la Tracia, en un bosque de hayas, dos hombres caminaban de noche por un estrecho sendero. Eran el emperador Juliano y el encantador Máximo.

La luna llena brillaba en el cielo puro é iluminaba con luz extraña el oro y la púrpura de las hojas de otoño. De vez en cuando, con ligero murmullo caía una hoja amarilla. La atmósfera estaba impregnada de humedad, de relente de otoño tardío, dulce y fresco, y al mismo tiempo triste, evocando la muerte. Las blandas hojas gemían bajo los pies

010801

de los caminantes. A su alrededor, en el bosque silencioso, reinaba una magnificencia de funerales suntuosos.

—Maestro,—preguntó Juliano,—¿por qué no tengo esa ligereza divina, esa alegría que hacía soberbios a los hombres de la Helade?

—Tú no eres heleno.

Juliano suspiró.

—¡Ay! nuestros antepasados son bárbaros salvajes, los medas. Por mis venas corre la pesada sangre del Norte. ¡No soy hijo de heleno!

—Amigo mío, la Helade no ha existido jamás,—murmuró Máximo con una eterna sonrisa seductora.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Juliano.

—La Helade que tú amas no ha existido.

—¿Mi creencia es inútil?

—No se puede creer,—respondió Máximo,—más que en lo que no existe, pero existirá. ¡Tú Helade existirá; será el reino de los hombres divinos, audaces, que nada temen!

—¡Que nada temen!... Maestro, tú posees poderosos sortilegios... ¡libra mi alma del miedo!

—¿Miedo de qué?

—No te lo puedo decir; pero tengo miedo desde mi infancia... de la vida, de la muerte, de mí mismo, del misterio que hay en todo, de las tinieblas... Yo tenía una anciana nodriza, Labda, semejante á una vieja parca, que me contaba las terribles tradiciones de la familia de los Flavios. Aquellos cuentos estúpidos de vieja resuenan en mis oídos de noche,

cuando estoy solo; esos cuentos terribles me perderán... Quiero ser alegre como los antiguos helenos... ¡y no puedo!... A veces me parece que soy cobarde. ¡Maestro!... ¡maestro! ¡sálvame! ¡librame de ese miedo eterno, de esas tinieblas!...

—¡Vamos! ¡ya sé lo que te hace falta!—dijo Máximo solemnemente.—Te purgaré de la corrupción galilea, de la sombra del Gólgota, por los rayos de Mitra; ¡calentaré tu cuerpo, helado por el agua del bautismo, con la caliente sangre del dios Sol... ¡Oh, hijo mío, alégrate; te daré una libertad y una alegría tales, que ningún hombre las ha poseído todavía jamás en este mundo!

Salieron del bosque y siguieron un estrecho sendero, picado en la roca por encima de un abismo donde serpenteaba un torrente. Las piedras que se destacaban bajo sus pies, rodaban despertando un eco terrible. La nieve cubría la cima del monte Rodopo.

Juliano y Máximo penetraron en una caverna, el templo del Sol-Mitra, donde se celebraban los misterios prohibidos por las leyes romanas.

No había allí lujo alguno; en los desnudos muros estaban tallados signos cabalísticos de la ciencia de Zoroastro, tales como triángulos, círculos enlazados, constelaciones y monstruos alados. Antorchas lanzaban llamas tristes, y los sacrificadores hierofantes, revestidos con largas y extrañas vestiduras, movíanse como sombras.

Vistieron á Juliano la túnica olímpica bordada de dragones indios, de estrellas y de grifos hiper-



bóreos. Pusiéronle una antorcha en la mano derecha.

Máximo de antemano le había prevenido qué respuestas tenía que dar al hierofante, y Juliano las había aprendido de memoria, aunque su significación no debía serle accesible más que en el momento de los misterios.

Descendió con Máximo los escalones cavados en la tierra y que conducían á una larga fosa asfixiante y húmeda, sobre la que se bajaba una trampa llena de agujeros como una criba.

En el bosque resonó rumor de pezuñas; los sacrificadores colocaban sobre la trampa tres toros negros, tres blancos y un toro rojo, cuyos cuernos y pezuñas estaban dorados.

Los hierofantes entonaron un himno, al que respondían los mugidos de los animales á los que mataban á hachazos. Caían sobre las rodillas, luchaban, y la trampa temblaba bajo su peso, en tanto que las bóvedas de la caverna retumbaban á los mugidos del toro rojo que los sacrificadores llamaban el dios Mitra.

La sangre se filtraba á través de los orificios de la trampa y caía como un caliente rocío sobre la cabeza de Juliano.

Esta *taurobolia* era el mayor misterio pagano, sacrificio de toros consagrados al sol.

Juliano se quitó los vestidos exteriores, y vestido únicamente con la túnica blanca, ofrecía su cabeza, su cara, su pecho y todos sus miembros al chorro de la sangre, á la terrible lluvia viviente.

Entonces Máximo, sacudiendo la antorcha, dijo:  
—Tu alma se baña en la sangre expiatoria del

Dios Sol; en la sangre más pura del corazón, siempre radiante del Dios Sol; en su luz matinal y crepuscular. ¿Temes aún alguna cosa, mortal?

—¡Sí!—respondió Juliano.

—Tu alma se convierte en una parte del dios Sol. Mitra, inagotable é incomprensible, te adopta. ¿Temes todavía algo, mortal?

—¡Ya nada temo en la tierra!—replicó Juliano, cubierto de sangre de los pies á la cabeza.—¡Soy como El!

—¡Toma entonces esta corona!—dijo Máximo, poniendo con la punta de su espada una corona de acanto en la cabeza de Juliano.

Mas Juliano arrojó al suelo la corona exclamando:

—¡Solamente el sol es mi corona! ¡Solamente el sol es mi corona!

Después pisoteó los acantos y levantando los brazos al cielo, dijo por tercera vez:

—¡Ahora y hasta la muerte el sol es mi corona!

El misterio había terminado. Máximo besó al iniciado, y por los labios del anciano flotó una enigmática sonrisa.

Cuando volvieron á atravesar el bosque de hayas, el emperador se dirigió al encantador.

—Máximo, me parece algunas veces que me ocultas lo principal...

Y volvió hacia el anciano su rostro pálido, del que, según la costumbre, no había secado las huellas de la sangre sagrada.

—¿Qué quieres saber, Juliano?



—¿Qué será de mí?

—Vencerás.

—¿Y Constancio?

—Constancio no existe ya.

—¿Qué dices?

—¡Espera!... ¡El sol alumbrará tu gloria!

Juliano no se atrevió á preguntar. Ambos silenciosos volvieron al campamento. En la tienda de Juliano un correo de Asia Menor, el tribuno Cintula, esperaba. Se arrodilló y besó el borde del *paludamentum* imperial.

—¡Gloria al divino Augusto Juliano!

—¿Vienes de parte de Constancio, Cintula?

—Constancio ha dejado de existir.

—¿Cómo?

Juliano se estremeció y miró á Máximo [que permanecía impasible.

— Por la voluntad de Dios,—continuó Cintula,— tu enemigo se ha extinguido en la ciudad de Mopsucrena, no lejos de Macello.

Por la tarde el ejército fué reunido en la colina; la muerte de Constancio era ya conocida.

Augusto Claudio Flavio Juliano se colocó sobre un montículo, de manera que todos los guerreros pudieran verle, sin corona, sin espada, sin coraza, envuelto de la cabeza á los pies en la púrpura. Para ocultar las huellas de la sangre que no debían lavarse, había extendido la tela de púrpura sobre su cabeza y la había hecho caer sobre su frente. En aquel traje se asemejaba mucho más á un sacrificador que á un emperador.

Detrás de Juliano se enrojecía el bosque que servía de asiento al monte Hemo; por encima de su cabeza un arce extendía como una bandera dorada sus ramas amarillas. Descubríase, perdiéndose de vista, la llanura de Tracia, atravesada por la vía romana, empedrada de mármol blanco y que se extendía triunfal hasta las playas de la Propóntida.

Juliano observaba al ejército. Cuando las legiones se movían, los rayos rojos del sol poniente se reflejaban en los cascos, las corazas y las águilas; las lanzas, por encima de las cohortes, parecían cirios encendidos.

Junto á Juliano estaba Máximo que murmuraba á su oído:

—¡Mira!... ¡qué gloria! ¡Tu hora ha llegado, no dudes!

El encantador indicó el estandarte cristiano, el lábaro, rematado por el monograma de Cristo y hecho para el ejército romano según el estandarte de fuego que llevaba la inscripción: «¡Con este signo vencerás!», que Constantino el Grande había visto en el cielo.

Las tropas callaron. Juliano con voz robusta y solemne dijo:

—¡Hijos míos, nuestros trabajos han terminado! Vamos á Constantinopla. ¡Dad gracias á los dioses olímpicos que nos han dado la victoria!

Estas palabras fueron oídas solamente por las primeras filas del ejército, que contaban muchos cristianos. La agitación se apoderó de ellos.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! ¡Qué es esto?— dijo uno.



—¿Ves ese anciano de barba blanca?—dijo otro á su camarada.

—Sí.

—¡Es el diablo, que bajo el aspecto de Máximo el Encantador, tienta al emperador Juliano!

Pero en las filas de atrás que no habían entendido las palabras del emperador, se elevó este grito entusiasta:

—¡Gloria al divino Augusto! ¡Gloria! ¡Gloria!

Y cada vez más fuerte, de las cuatro extremidades de la colina, cubierta por las legiones, se elevaba este grito repetido por millares de voces:

—¡Gloria!... ¡Gloria!...

Las montañas, el aire, la tierra y el bosque se estremecieron á la voz de la muchedumbre.

—¡Mirad, mirad!—murmuraban los cristianos aterrorizados.—¡Inclinan el lábaro!

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

En efecto, ante el emperador inclinaban el estandarte sagrado, uno de los bendecidos por Constantino el Apostólico.

Un soldado-herrero salió del bosque, con un brasero y unas pinzas calentabas al rojo blanco.

El emperador, livido á pesar de los reflejos de la púrpura y del sol, arrancó del asta del lábaro la cruz de oro y el monograma de piedras preciosas. Las perlas, las esmeraldas y los rubíes se dispersaron, y la delgada cruz, hundiéndose en el suelo, se dobló bajo la sandalia del César romano.

Máximo sacó de un estuche una figurilla de plata del dios Sol, Mitra-Helios y el herrero en unos instantes la soldó al asta del lábaro.

Antes que el ejército hubiera vuelto de su espanto, el estandarte sagrado de Constantino se elevó por encima de la cabeza del emperador, coronado con el ídolo de Apolo.

Un anciano guerrero, cristiano devoto, se volvió y se tapó los ojos para no ver semejante horror.

—¡Sacrilégio!—murmuró palideciendo.

—¡Ay! ¡Ay de nosotros!—gimió el otro.—¡El diablo ha seducido al emperador!

Juliano se arrodilló ante el estandarte y tendiendo los brazos hacia la estatua de plata, exclamó:

—¡Gloria al Sol invencible, rey de todos los dioses! ¡Augusto adora al eterno Helios, dios de la luz, dios de la razón, dios de la alegría y de la belleza olímpicas!

Los últimos rayos del sol se reflejaron en el semblante imprudentemente bello del dios de Delfos, cuya cabeza estaba rodeada de rayos de plata.

Los legionarios callaban; reinó un silencio tal que se oían en el bosque caer las hojas secas.

Y del incendio del poniente, de la púrpura del sacrificador, y del bosque marchito, de todo, emanaba una magnificencia de suntuosos funerales.

Uno de los soldados colocados en la primera fila murmuró tan claramente que Juliano lo oyó, y estremeciéndose:

—¡Anticristo!



---

II

Al lado de las cuadras, en el hipódromo de Constantinopla, había una pieza, especie de sala para los *ecuyers* y *ecuyeres*, mimos y conductores de carros. Aun durante el día estaban encendidas las lámparas en aquel rincón asfixiante, impregnado de olor de estiércol.

Cuando la cortina se levantaba, un deslumbrador rayo de luz llenaba la sala, y se distinguían en el fondo iluminado los peldaños de la grandiosa escalera que unía la terraza imperial á los departamentos del palacio de Constantino, las flechas de piedra de los obeliscos egipcios, y en el centro, sobre la arena amarilla, un gigantesco altar de sacrificios, formado de tres serpientes de bronce enlazadas, las cabezas planas de las cuales, servían de soporte á un trípode de Delfos, de una maravillosa labor.



A veces, de la arena llegaban chasquidos de látigo, gritos de *ecuyers*, relinchos de los caballos, rumor de ruedas, semejantes al roce de alas.

No era aquella una carrera, sino el ejercicio preparatorio para los verdaderos juegos que habían de celebrarse algunos días más tarde.

En un rincón de la cuadra, un atleta desnudo, embadurnado con aceite, lleno de polvo, con un cinturón de cuero por todo vestido, levantaba y bajaba enormes pesos. Echada hacia atrás la cabeza melnuda, formaba su dorso un arco tal, que los huesos crujían en las articulaciones, la cara se ponía azul, y las venas del cuello se hinchaban á cada instante como si fueran á estallar.

Precedida por dos esclavos, una joven patricia bizantina, vestida con un elegante traje de mañana, y un velo echado sobre la cara, que ocultaba sus rasgos aristocráticos y ya márchitos, aproximóse al atleta.

Era una devota cristiana á la que adoraban todos los monjes por sus generosas donaciones á los monasterios y la liberalidad con que repartía limosnas. Era viuda de un senador romano. Al principio ponía empeño en ocultar sus aficiones, pero no tardó en comprender que la última moda, el refinamiento del buen tono, era unir el amor á la Iglesia con la pasión por el Circo.

Todos sabían que Estratonicia aborrecía á los afeminados de Constantinopla, de pelo rizado y cara afeitada, nerviosos y caprichosos como ella: su temperamento era tal, que la llevaba á mezclar los

más preciados perfumes de Arabia con el enervante calor de la cuadra del circo.

Después de derramar ardientes lágrimas de arrepentimiento y acabada una conmovedora confesión ante hábil sacerdote, aquella mujercita elegante y delicada como un bibelot de marfil, sentía necesidad imperiosa de las caricias groseras de un célebre volatinero.

Estratonicia miraba atentamente los ejercicios del atleta, mientras que él, friamente, conservando gravedad estúpida en su rostro de buey, no se dignaba dedicar la menor atención á la viuda.

Esta, cuchicheaba al oído de su esclavo, y con extrañeza ingenua admiraba la espalda robusta, los terribles músculos del hércules, que se marcaban bajo la piel enrojecida, cuando aspirando el aire con lentitud de fuelle de fragua, el atleta levantaba sobre su hermosa cabeza las pesas de hierro.

Se levantó la cortina, los espectadores abrieron paso y dos jacas capadocias, blanca la una y negra la otra, penetraron en la cuadra, montadas por una joven que, con gran destreza y dejando escapar un grito gutural, saltó de un animal á otro y de éste al suelo.

Era fuerte, sana y lijera como sus jacas.

En su cuerpo desnudo brillaban finas gotas de sudor.

Amable y servicial, corrió hacia ella el elegante subdiácono de la basilica de los Santos Apóstoles, Ceferino, entusiasta del circo, conocedor de los caballos y concurrente á todas las carreras, en las



que apostaba fuertes sumas por los *azules (vineta)* contra los *verdes (prasina)*.

Calzado con botas de taflete con tacón rojo, la mirada mortecina, el cabello rizado, Ceferino tenía más aspecto de mujer que de servidor de la iglesia. Detrás de él estaba un esclavo cargado de paquetes de telas, cajas y otros muchos objetos procedentes todos de los establecimientos más renombrados.

—Krokala, aquí tienes los perfumes que anteayer me pediste.

El subdiácono entregó a la gimnasta un frasco tapado con cera azul.

—He recorrido todos los establecimientos y sólo en uno he podido encontrarlo. Es esencia pura de nardo. ¡Ayer mismo llegó de Appameños!

—¿Qué compras llevas ahí?—preguntó Krokala.

—Seda de moda, vestidos...

—¿Todo para tu...?

—Sí, todo para mi muy noble hermana, la devota matrona Bezilla. Es preciso ayudar a los parientes. No se pone un solo vestido que no haya sido elegido por mí. Desde que amanece el día, estoy á sus órdenes. Hay momentos en que pierdo la cabeza, pero no me quejo, no, no. ¡Es tan buena Bezilla!... ¡Una verdadera santa!

—Pero desgraciadamente es vieja,—respondió Krokala riendo.—¡Eh, muchacho; enjuga el sudor de la jaca negra con hojas secas de higuera!

—La vejez tiene sus méritos,—dijo el subdiácono, frotándose las blancas manos cargadas de anillos.

Luego añadió al oído de Krokala:

—¿Esta noche?

—No lo puedo asegurar... quizás... ¿Quieres regalarme algo?

—No tengas miedo, Krokala; no iré con las manos vacías... He visto una pieza de tela... con dibujo maravilloso.

Se llevó dos dedos á la boca y se besó las yemas diciendo:

—¡Un encanto!

—¿Dónde lo has encontrado?

—Eso no se pregunta; en casa de Pymix, cerca de los baños... ¿Por quién me tomas?... Te podrías hacer un amplio *tarantinidion*. No puedes formarte idea de la riqueza del bordado. ¿Qué te parece que representan los dibujos?

—No sé... Flores, animales...

—Toda la historia del clínico Diógenes, bordada con oro y seda.

—¡Ah, debe ser muy hermoso!—exclamó la gimnasta.—¡Ven, ven sin falta; te espero!

Ceferino miró al péndulo de arena, al *klepsydra* colocado en un nicho hecho en el muro.

—¡Se me hace tarde! Aún tengo que ir á casa de un usurero, á una joyería, á casa del patriarca y luego á la iglesia... ¡Hasta luego!

—¡No te olvides!—le gritó Krokala, haciendo un picaresco gesto de muchacho.

El subdiácono desapareció, seguido de un esclavo.

Un pelotón de jinetes, bailarines, gimnastas y do-



madores invadió las cuadras. Con el rostro cubierto por una máscara, el gladiador Mermillon, enrojecía un hierro al fuego. Domaba un león acabado de llegar de Africa, cuyos rugidos se oían á través del muro.

—Me llevarás al sepulcro, hija mía, y tú te condenarás. ¡Oh, oh, qué daño me hacen los riñones! ¡No puedo más!

—¿Eres tú, abuelo Gnifon? ¿Qué quieres?—preguntó Krokala, enojada.

Gnifon era un viejecito de ojos llorosos que brillaban bajo dos espesas cejas que se movían como dos ratones blancos; su nariz tenía el color violáceo peculiar de los borrachos. Llevaba un pantalón lido remendado por todas partes, y se cubría la cabeza con un gorro frigio.

—¿Vienes otra vez por dinero?—dijo enfadada Krokala.—¿Estás todavía borracho?

—No hables así, que es pecado. Tú responderás ante Dios de mi alma. Piensa en la situación en que me has conducido. Ahora vivo en el barrio de los Smokates, donde he alquilado un cuchitril á un escultor de ídolos, á quien diariamente veo esculpir en el mármol sus imágenes horribles. ¿Crees que es ésto agradable para un cristiano? No hago más que abrir los ojos, y toc, toc, toc, el escultor golpea el mármol y da á luz diablos blancos, dioses malditos que se burlan de mí... ¿Cómo no he de ir á la taberna? ¡Oh, Señor, ten piedad de nosotros!... ¡Me revuelco en el barro pagano como un puerco en la basural!... ¿Qué tengo yo la culpa?... ¿Quién será responsable? ¡Tú, que dejas á un pobre viejo!...

—¡Mientes, Gnifon! No eres pobre; eres avaro. Debajo de tu lecho tienes una cajita...

Gnifon hizo gestos desesperados.

—¡Calla... calla!...

Para cambiar de conversación dijo:

—¿Sabes dónde voy?

—A la taberna, de seguro.

—Mucho peor: Al templo de Dionisio. Este templo que desde el tiempo del santo Constantino estaba sepultado bajo los escombros, se restaurará por orden augusta del emperador Juliano. Me he alquilado para trabajar, aunque estoy seguro de que voy á perder mi alma y seré quemado en el infierno... Pero me he dejado tentar porque soy pobre y estoy hambriento... Mi nietecita no me socorre... ¡Ya ves á qué extremo he llegado!

—Déjame tranquila, Gnifon. ¡Toma! Vete y no vengas más cuando estés borracho.

Krokala arrojó al abuelo algunas piezas de plata y seguidamente saltó sobre un caballo de Vlliria, y de pie en la grupa, obligándole con el látigo galopó hacia el hipódromo.

Gnifon chasqueó la lengua, y dijo orgullosamente:

—¡Y pensar que la he educado yo!

Y el viejo señaló á Krokala satisfecho.

El cuerpo fuerte y desnudo de la gimnasta brillaba bajo los rayos del sol matinal, y los cabellos rojos, destrenzados y flotantes, rasaban la gualdrapa del caballo.

—¡Eh, Zotick!—gritó Gnifon al esclavo viejo que



recogía el estiércol en un canasto.—Vente conmigo á renovar el templo de Dionisio. Tú eres maestro en este oficio. Te daré tres óbolos.

—En seguida,—respondió Zotick.—Espera el tiempo que tardo en arreglar la lámpara de la diosa y estoy á tus órdenes.

La lámpara era de Atalante, la diosa de los artistas hípicos, de las cuadras y del estiércol.

Groseramente tallada en madera ahumada semejante á un tajo, Atalante estaba colocada en un rincón húmedo; pero Zotick, educado entre los caballos, la adoraba, rogaba ante ella llorando, acariciando sus groseros pies con olorosas violetas, y seguro de que la diosa aliviaría todos sus males y le guardaría en la vida y en la muerte.

Gnifon y Zotick salieron á la plaza, el *forum* de Constantino, circular y adornado con columnas y arcos de triunfo. En el centro se elevaba sobre un zócalo una gigantesca columna de pórfiro, en cuya cima, a más de ciento veinte codos de altura, descansaba una estatua de bronce: un Apolo de Fídias, encontrado en una ciudad fría.

La cabeza del dios Sol se había roto, y con atrevimiento de gente bárbara, se había colocado sobre el cuerpo del ídolo la testa del emperador cristiano Constantino el Apostólico.

La fuente estaba rodeada de rayos de oro y en la diestra mano, Apolo Constantino tenía el cetro y con la izquierda sostenía el globo. A los pies del coloso se levantaba una capilla cristiana, una especie de Paladio, donde todavía se oficiaba en tiempo del emperador Constancio.

Los cristianos sostenían, convencidos, que en el cuerpo de bronce de Apolo, en el mismo pecho del dios Sol estaba encerrado un talisman un pedazo de la Santísima cruz, llevado de Jerusalem.

El emperador Juliano hizo cerrar esta capilla. Gnifon y Zotick atravesaron una larga y estrecha calle que conducía directamente á las escaleras de Calcedonia, no lejos del fuerte.

Muchos edificios se levantaban aún, otros se reconstruían pues por agradar á Constancio se habían construido con tanta rapidez que empezaban á derrumbarse. Muchos curiosos iban de un lado á otro haciendo paradas ante los tiendas, tratantes y esclavos.

En la parte más elevada los martillos golpeaban la madera, las gruas gemían, las sierras chirreaban al cortar la blanca piedra; los obreros subían con cuerdas gruesos maderos y trozos de marmol que lucían á la luz del sol. Las casas nuevas oían á humedad y á yeso fresco; polvillo blanco caía sobre las cabezas. Por todas partes, entre los muros de cegadora blancura, inundados de sol, á lo largo de los callejones azuleaban las rientes olas de la Propontida, y destacaban las velas de los trirremes semejantes á alas de gaviotas.

Gnifon sorprendió al pasar una conversación entre dos obreros que pesaban un mortero de alabastro en un gran saco.

—¿Por qué te has hecho galileo preguntaba uno?

—Es muy sencillo; los cristianos tienen seis veces más fiestas que los helenistas. Nadie puede ser tu



enemigo. Te aconsejo que sigas mi ejemplo. Se goza de mayor libertad con los cristianos.

En un callejón la muchedumbre estrujó á Gnifon y á Zotick contra una pared. En medio de la calle había varios carros que no podían avanzar ni retroceder; se entrecruzaban gritos, juramentos y latigazos: cuarenta bueyes arrastraban una enorme carreta de ruedas de piedra, en la que iba una columna de jaspe: la tierra retemblaba bajo el peso.

—¿Dónde lleváis eso?—preguntó Gnifon.

—Desde la basilica de San Pablo, al templo de Gera. Los cristianos lo habían tomado para su iglesia y ahora vuelve á su primitivo puesto.

Gnifon miró á la sucia pared en que estaba apoyado, y en la que chicuelos paganos habían dibujado con carbón la habitual caricatura impia de los cristianos.

Gnifon volvió la cara escupiendo de indignación.

Cerca de un mercado muy concurrido vieron el retrato de Juliano con todos los atributos del poder imperial. De las nubes bajaba el alado dios Hermes sobre Juliano.

El retrato era tan reciente que los colores no estaban todavía secos.

Con sujeción á la ley romana todos los que por allí pasaban debían saludar la reproducción de Augusto.

El inspector del mercado, el agorano, detuvo á una viejecita que llevaba un cesto con berros.

—Yo no saludo á los dioses—decía en tono quejumbroso la vieja—mi padre y mi madre eran cristianos.

—Debes saludar, no al dios sino al emperador.

—El emperador y el dios están juntos en el cuadro. ¿Cómo hacerlo?

—No importa. Está ordenado que se salude y es inútil discutir.

Gnifon se llevó lejos de allí á Zotick.

—¡Estratajema diabólica!—murmuró.—Hay que saludar al maldito Hermes si no se quiere ser acusado de haber ultrajado á la majestad... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! tiempos del anticristo. De un modo ó de otro siempre se peca. Te miro Zotick y me enciende la envidia. Tu adoras á tu montón de estiercol y lo demás te tiene sin cuidado...

Llegaron al templo de Dionisio vecino á un monasterio cristiano, cuyas puertas y ventanas estaban hermeticamente cerradas, como si se temiera la aproximación del enemigo. Los paganos acusaban á los religiosos de haber entrado al pillaje en el templo.

Cuando Gnifon y Zotick entraron, los carpinteros y los albañiles habían comenzado su trabajo. Las planchas que cerraban el cuadrilatero abierto en el techo fueron arrancadas y el sol entró en el sombrío edificio.

—¡Cuántas telas de araña! ¡mira, mira!

De los capiteles de las columnas pendían hilillos de materia gris que fueron rápidamente quitados con la ayuda de largas varas con tiras de orillo.

Un murciélago desalojado de su escondite, voló desde una rendija oscura, yendo atolondrado de un lado á otro, no sabiendo como ocultarse de la luz.



Zotick recogía escombros que iba á echar en un cesto.

—¡Malditos! ¡cuánta porquería han reunido!— murmuraba el viejo.

Uno llegó con un manojo de llaves enmohecidas y se abrió el tesoro: los monjes se habían llevado todos los objetos de algún valor. Las piedras preciosas incrustadas en las copas de los sacrificios habían sido arrancadas y lo mismo se había hecho con los ornamentos de oro y púrpura de los hábitos de los sacerdotes.

Al desenvolver una magnífica vestidura de sacrificador se elevó una nube de polillas. En el fondo de un trípode, Gnifon vió un puñado de ceniza, resto de mirra quemada antes de la victoria de los cristianos, por el último sacrificio.

De todo aquel montón de cosas sagradas, de aquellos pobres restos, de los pedazos de las copas rotas emanaba olor de muerte, de humedad y un suave y triste perfume de incienso de los dioses profanos.

Dulce melancolía se apoderó del corazón de Gnifon; sonrió acordándose, de algo quizá de su infancia, de las sabrosas tortas de cebada y tomillo, de las grandes margaritas de los campos y de los jazmines que con su madre llevaba al altar de la dioses de su aldea; sus oraciones de niño, no al Dios lejano, sino á dioses menores, relucientes de puro sobados, esculpidos en haya, ¡los dioses penates! Tuvo piedad de los dioses muertos, suspiró tristemente, pero en seguida se repuso y murmuró:

—¡Sujestión diabólica!

Los obreros llevaron una pesada losa de marmol, un antiguo bajo relieve, robado hacía muchos años y encontrado de nuevo en el zaquizami de un zapatero al que había servido para reparar el horno de la cocina. Filomena, la anciana mujer de un traperero vecino, cristiana devota detestaba á la mujer del zapatero que dejaba todos los días que entrara su asno en el campo de coles de Filomena. Hacía muchos años que estaban en guerra, pero la cristiana quedó victoriosa. Siguiendo sus indicaciones los obreros penetraron en la casa del zapatero y para arrancar el bajo relieve habían tenido que demoler el hogar.

Fué aquel un golpe terrible para el zapatero, que blandiendo una pala, pedía venganza á todos los dioses sobre los impíos, se arrancaba los cabellos y gemía ante sus ollas tiradas, mientras sus chiquillos piaban ruidosamente como pajaritos en un nido devastado. Pero el bajo relieve fué sacado de la casa á pesar de todo y Filomena se puso gozosa á lavarle.

La traperera frotaba con celo el marmol en negrecido por el acre humo y manchado por las comidas grasientas del zapatero. Poco á poco iban apareciendo las líneas severas de la divina escultura. Dionisio, joven, desnudo, soberbio, aparecía como fatigado por la bacanal, recostado y dejando caer indolentemente una mano en la que tenía una copa: una pantera lamía las últimas gotas del vino. Y el dios comunicando su alegría á cuanto le rodeaba, y



sonriendo con complacencia, contemplaba la fuerza de la fiera vencida por la fuerza de la viña. Se colocó el bajo relieve, y encaramándose hasta el ídolo un joyero, incrustó en las órbitas del dios dos soberbios zafiros que debían simular los ojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Gnifon.

—¿No lo ves? dos ojos.

—Sí, bien veo que son los ojos; ¿pero de dónde han salido esas dos piedras?

—Del monasterio.

—¿Y los monjes lo han permitido?

—¿Qué iban á hacer? ¿El divino Augusto Juliano lo ha ordenado? Los ojos puros del dios servían de adorno á la ropa del Crucificado... ¡Ya ves!... Hablan de caridad, de justicia y ellos son los primeros bandidos. ¡Mira, las piedras encajan perfectamente en su primitivo puesto!...

El dios fijó en Gnifon sus ojos de zafiro. El viejo retrocedió y se santiguó dominado por miedo supertercioso.

—¡Señor! ten piedad de nosotros. ¡Qué abominación!

Los remordimientos le atormentaban. Sacudiendo el polvo, hablaba consigo mismo según su hábito.

—¡Gnifon! ¡Gnifon! ¡qué miserable te vuelves!... ¡Un verdadero perro sarnoso!... ¿Por qué te condenas? ¡El malo te ha seducido!... Y ahora irás al fuego eterno y no habrá salvación para tí... ¡Has perdido tu alma y tu cuerpo, sirviendo á la abominación pagana!... ¡Mas te valiera no ver la luz del día!

—¿Por qué gimes, viejo?—le preguntó la traperera Filomena.

—¡Tengo pena en el corazón!... ¡Mucha pena!

—¿Eres cristiano?

—¡Cristiano! Soy un traidor del Cristo,—respondió Gnifon sacudiendo inconscientemente.

—¿Quieres que te libre del pecado, que no quede sobre tí, ni sombra de mancha pagana? Yo también soy cristiana y ya ves que nada temo. ¿Crees que yo hubiera venido á trabajar si no supiera como he de purificarme?

Gnifon lo miraba incrédulo.

La traperera se aseguró de que nadie podría oírlo, y murmuró misteriosamente:

—¡Hay un medio, sí!... Te lo diré. Un peregrino me ha regalado un pedacito de madera de Egipto, llamada persis, y que se cría en Germópolis, en Tebaida. Cuando Jesús y su madre salieron de la ciudad, el persis se inclinó ante ellos y desde entonces este vegetal es milagroso y curativo. Yo poseo un pedacito y si quieres te daré una astillita. Tiene tal poder esta madera que poniendo un pedazo en una cuba de agua, y dejándole durante una noche, el agua se santifica. Te lavarás de la cabeza á los pies y toda la abominación pagana desaparecerá como por arte de encantamiento: te encontrarás descargado y puro. Acuérdate de que la Escritura dice: «Te meterás en el agua y de ella saldrás blanco como la nieve.»

—¡Oh mi bienhechora!—gimió Gnifon.—¡Sálvame, dame un pedacito de la madera maravillosa!

—¡No tiene valor! Sin embargo, para hacer una buena acción te daré un pedazo por un dracma...

—¿Qué dices, buena mujer? En toda mi vida no he sido dueño de un dracma... ¿Quieres cinco óbolos?

—¡Avaro!—dijo indignada la trapera...—Regateas un dracma. ¿Crees que no lo vale tu alma?

—¡Después de todo! ¿De verdad me purificarás? Quizá el mal esté tan aferrado que no pueda...

—Te lo garantizo,—insistió la trapera.—Ensayá, y tú mismo apreciarás pronto el milagro... Tu alma resplandecerá pura como una paloma...

III

Juliano organizó en Constantinopla procesiones báquicas. Sentado en un carro arrastrado por mulas blancas, llevaba en la mano un tirso de oro terminado en una bola de cedro, y en la otra una copa enguirnaldada de yedra. Al lado del carro iban panteras amansadas, enviadas de la isla de Serendiba. Los bacantes cantaban golpeando los tímpanos, sacudiendo antorchas encendidas, y á través de la nube de humo se veían adolescentes con la frente adornada con cuernos de faunos y echando vino en las copas. Se empujaban riendo con frecuencia, el purpurino líquido caía sobre los hombros desnudos de una bacante de donde recaía esparcido en diminutas gotitas. En un asno cabalgaba un obeso viejo, el director del tesoro, gran bribón y usurero que representaba con gran perfección á Sileno.



—¡No tiene valor! Sin embargo, para hacer una buena acción te daré un pedazo por un dracma...

—¿Qué dices, buena mujer? En toda mi vida no he sido dueño de un dracma... ¿Quieres cinco óbolos?

—¡Avaro!—dijo indignada la trapera...—Regateas un dracma. ¿Crees que no lo vale tu alma?

—¡Después de todo! ¿De verdad me purificarás? Quizá el mal esté tan aferrado que no pueda...

—Te lo garantizo,—insistió la trapera.—Ensayá, y tú mismo apreciarás pronto el milagro... Tu alma resplandecerá pura como una paloma...

III

Juliano organizó en Constantinopla procesiones báquicas. Sentado en un carro arrastrado por mulas blancas, llevaba en la mano un tirso de oro terminado en una bola de cedro, y en la otra una copa enguirnaldada de yedra. Al lado del carro iban panteras amansadas, enviadas de la isla de Serendiba. Los bacantes cantaban golpeando los tímpanos, sacudiendo antorchas encendidas, y á través de la nube de humo se veían adolescentes con la frente adornada con cuernos de faunos y echando vino en las copas. Se empujaban riendo con frecuencia, el purpurino líquido caía sobre los hombros desnudos de una bacante de donde recaía esparcido en diminutas gotitas. En un asno cabalgaba un obeso viejo, el director del tesoro, gran bribón y usurero que representaba con gran perfección á Sileno.

Los bacantes, cantaban, designando al emperador:

*Baco, rodeado de una nube luminosa*

Millares de voces entonaban el canto de Antigono, de Sófoeles:

¡Venid, hijos de Zeo,  
dios organizador  
de los coros alegres,  
de las fiestas nocturnas.  
Con cantos y con risas  
y muchedumbre alegre  
de muchachas entusiásticas  
y danzadoras bacantes!

De pronto Juliano oyó risas, chillidos de mujer y una temblorosa voz de viejo.

—¡Ah! ¡pichoncito mío!

Era un sacrificador, alegre septuagenario que había pellizado el codo desnudo de una gentil cantante.

Juliano frunció el ceño y llamó al viejo alocado que acudió saltando.

—Amigo mío,—le dijo al oído,—guarda la dignidad que conviene á tu edad y á tu rango.

—Soy un hombre sencillo é ignorante, y me permito decir á Tu Majestad, que no entiendo palabra de la filosofía; pero venero á los dioses. Pregúntaselo á quien quieras. Siempre les he sido

fiel... Pero cuando veo una joven bonita... toda la sangre se me enciende. Soy un viejo cabrón...

Fijándose en el rostro mohino del emperador, se detuvo, adoptó un tono más grave y apareció más estúpido todavía.

—¿Quién es esa muchacha?—preguntó Juliano.

—¿La que lleva los vasos sagrados sobre la cabeza?

—Sí.

—Una cortesana de Calcedonia.

—¡Cómo! ¿Y has autorizado á una cortesana para que toque con sus manos impuras los vasos sagrados del dios?

—Divino Augusto, tú mismo has ordenado esta procesión. ¿A quién íbamos hacer venir? Todas las mujeres nobles son galileas... Y además, muchas de ellas se hubieran negado á salir medio desnudas...

—De modo que todas esas son...

—¡No, no! también vienen bailarinas, trágicas, gimnastas del hipódromo! Mira qué alegres van sin aparentar falsa vergüenza. El pueblo ama esto. Créeme. Esto es lo que pide. Ahí tienes una patricia.

Era cristiana, una vieja solterona que en todas partes buscaba marido. Cubría su cabeza con una peluca en forma de casco un «galerión» hecho con cabellos espolvoreados con oro. Recubierta de piedras preciosas como un ídolo oriental, y llevando la piel de tigre sobre su seno marchito, expuesta desvergonzadamente, pintada, sonreía con afectación.



Juliano comenzó á mirar á cuantos le rodeaban sin disimular su disgusto.

Funámbulos, legionarios borrachos, rameras, artistas hípicas, mimos, gente perdida le rodeaba.

La procesión llegó á un callejón, una de las bacantes entró en una taberna de la que salía penetrante olor de pescado y de fritura rancia y compró por tres óbolos galletas grasientas que comenzó á comer ávidamente relamiéndose. Cuando terminó se enjugó las manos en la seda púrpura de sus vestidos, que para la procesión se le habían entregado por el Tesoro imperial.

El coro de Sófocles enojaba; las voces roncadas entonaron una canción canallesca. Todo aquello le parecía infecto á Juliano. Se detuvo á un borracho; fueron apresados dos ladrones que representaban papeles de fama.

Los ladrones se defendieron y se entabló reñida lucha. De toda la comitiva, únicamente las panteiras eran hermosas y dignas.

Por fin llegó la procesión al templo, y Juliano, bajó de su carro.

—¿Puedo presentarme, ante el altar de Dionisio, rodeados de esta gentuza?—pensaba el emperador.

Se estremecía de rabia y asco: miró los rostros bestiales, marcados por el deshonor, y se le antojaban cadavéricos á pesar de los afeites. Le parecía que estaba respirando la nauseabunda atmósfera de las tabernas y los lupanares. El aliento del pueblo impregnado de pescado podrido y de vino ágrío

le azotaba el rostro, á través del humo de los pebetes. Por todas partes se le presentaron rollos de papiros.

—Me han ofrecido una plaza en tus cuadras. He renunciado al Cristo y nada me han dado.

—No nos abandones, divino Augusto; ¡protégenos! ¡Hemos renegado para complacerte á la fe de nuestros padres! Si tú nos rechazas, ¿dónde iremos?

El canto del coro cubrió estas voces.

Juliano penetró en el templo y contempló la estatua de mármol de Dionisios. Sus ojos se desquitaron del pesar que la diformidad humana les había causado ante las líneas puras del cuerpo divino. Ya no veía á la chusma y le parecía que estaba solo como un hombre entre un ganado de bestias.

El emperador procedió al sacrificio. El pueblo miraba con admiración al César romano, al *Pontifex maximus* llevado por su celo religioso á desempeñar las funciones de los esclavos, cortar la madera, colocar los ramos, sacar agua, y limpiar el altar.

Un funámbulo dijo á su vecino:

—Mira como se agita. ¡Ama de corazón á sus dioses!

—¡Carambaj—agregó el otro.—Muchos no aman á su padre, como él ama á los dioses!

—Fijáos,—decía un tercero riendo,—como hincha los carrillos para reanimar el fuego... ¡Sopla! ¡Sopla! ¡no arderá!... Tu tío Constantino lo ha apagado.

La llama se elevó iluminando el rostro del emperador.



Metiendo el hisopo en una copa de plata, una «patena» roció al pueblo con el agua del sacrificio.

Muchos hicieron muecas, otros se estremecieron al sentir caer en el rostro las gotas frías.

Cuando estuvieron acabadas todas las ceremonias, Juliano se acordó de que había preparado un discurso filosófico para el pueblo.

—¡Hombres!—dijo,—el dios Dionisios es el principio de la gran libertad de vuestros corazones. Dionisios rompe todas las cadenas, se ríe de los fuertes y liberta á los esclavos...

Advirtió tal expresión de estupidez en los rostros, enojo tan manifiesto, que las palabras espiraron en sus labios y mortal repugnancia de la humanidad le agitó el corazón. Hizo un signo á los portanzas para que le rodearan.

La multitud hizo más patente su desagrado.

—Voy directamente á la iglesia á arrepentirme. Quizá me perdonarán,—decía uno de los faunos arrancándose colérico la barba postiza y los cuernos.

—¡No había motivo para perder el alma!—observó una cortesana indignada.

—Nadie necesita tu alma; no habrá quien dé por ella tres óbolos.

—¡Los malditos diablos!—gruñó un borracho.—No dan vino más que para probarlo.

En la tesorería del templo, se lavó el rostro el emperador, se quitó la soberbia vestidura de Dionisios y se cubrió el cuerpo con la sencilla túnica de los pitagóricos. El sol se ocultaba, y César esperaba la noche para volver sin ser visto á su palacio.

Juliano entró en el bosque sagrado de Dionisios; el zumbido de las abejas y el murmullo de una fuente eran los únicos ruidos que turbaban el silencio. Al cabo de unos minutos se oyeron pasos que hicieron volver la cabeza á Juliano; era su amigo, uno de los discípulos favoritos de Máximo, el joven doctor de Alejandria, Oribazy.

Caminaron por el estrecho sendero; el sol se deslizaba á través de las anchas hojas doradas de la viña.

—Mira,—dijo Juliano sonriendo,—el gran Pan, vive todavía aquí.

Después, más bajo, dijo inclinando la cabeza:

—¡Oribazy! ¿has visto?

—Sí,—respondió el doctor.—Pero quizá estés equivocado. ¿Qué esperabas?

El emperador guardó silencio.

Se aproximaron á un pequeño templo en ruínas recubierto de yedra. En la hierba se veían algunos fragmentos; solo quedaba en pie una columna, en la que se apoyaba un elefante, sobre el cual iban á morir los últimos rayos de sol.

Se sentaron en las gradas y aspiraron la atmósfera embalsamada por la menta, el tomillo y el ajeno.

Juliano apartó la hierba y dijo señalando un antiguo bajo relieve destrozado:

—¡Oribazy! no es lo que yo esperaba.

El bajo relieve representaba una procesión sagrada en la antigua Atenas.

—¡Eso es lo que yo quería... esa belleza!... ¿Por



qué de día en día los hombres se hacen más disformes? ¿Dónde están los viejos inmortales, los hombres austeros, los valientes adolescentes, las mujeres puras vestidas con flotantes vestidos blancos? ¿Dónde está esa fuerza, esa alegría? ¡Galileos, Galileos! ¿qué habéis hecho?

Contemplaba el bajo relieve con los ojos preñados de infinita tristeza y amor inmenso.

—Juliano,—dijo dulcemente Oribazy.—¿Crees á Máximo?

—Sí.

—¿En todo?

—¿Qué quieres decir?

—Muchas veces he pensado que tú padecías el mismo mal que tus enemigos los cristianos.

—¿Cual?

—La fe en los milagros.

Juliano movió la cabeza.

—Si no existen ni los milagros ni los dioses, toda mi vida es una locura... No, no hablemos de eso. Y no me juzgues con demasiada severidad por mi afición á las ceremonias antiguas. No sé como explicártelo, las cosas viejas é ingenuas me conmueven hasta hacerme llorar; amo más el anochecer que la mañana, el otoño más que la primavera... Amo todo lo que se va... Hasta los perfumes de las flores marchitas... ¿Cómo remediarlo? Los dioses me han hecho así... Esta tristeza dulce, este crepúsculo dorado, hechicero, me son necesarios. En la antigüedad remota hay algunas cosas de indecible bondad y gracia inefable, que no acierto á encontrar ahora

en parte alguna; los rayos del sol en su puesta hiiriendo el mármol amarillo por el tiempo. Todo lo que ha existido es más bello que lo que existe. El recuerdo tiene más poder sobre mi alma que la esperanza...

Juliano calló, y pensativo, sonriendo con ternura, miró á lo lejos, la cabeza apoyada en la columna cuyo capitel semejaba un triste lirio blanco.

—Hablas como poeta,—respondió Oribazy.—Los sueños de un poeta son peligrosos, cuando los destinos de un mundo están en sus manos. El que reina sobre los hombres debe ser algo más que un poeta.

—¿Qué hay sobre el poeta?

—El creador de una vida nueva.

—¡Nueva! ¡nueva!—exclamó Juliano.—Decididamente la *novedad* me causa espanto. Me parece fría y dura como la muerte. Ya te digo: mi corazón se nutre con la antigüedad. Los galileos buscan también constantemente la novedad pisoteando á los ídolos antiguos! Créeme, la novedad sólo existe en lo que es viejo, inmortal y soberbio!

Se puso en pie con el rostro pálido y fiero, los ojos brillantes.

—¡Piensan que la Helade ha muerto!... Y de todos los puntos del mundo los monjes negros caen como cuervos sobre su cuerpo de mármol para picotearle alegres gritando: «¡La Helade ha muerto!» La Helade está en nuestros corazones! La Helade es la belleza divina del hombre sobre la tierra. No está más que adormecida y cuando despierte... desgraciados de los negros cuervos del Galileo.



—Juliano,—murmuró Oribazy—me das miedo... Quieres realizar un imposible... Los cuervos no comen carne de vivo y los muertos no resucitan... César ¿y si no se cumpliera el milagro?

—Nada temo: mi pérdida sería un triunfo!—exclamó el emperador con tal expresión de dicha en su rostro amarillo que Oribazy se estremeció como si el milagro se hubiera cumplido.—¡Gloria á los réprobos! ¡Gloria á los vencidos!

—...Pero antes de perecer,—añadió con altanera sonrisa—lucharemos todavía! Quisiera que mis enemigos fueran dignos de mi odio y no de mi desprecio... En verdad, amo á mis enemigos porque puedo vencerles y hacerles comprender mi fuerza. Llevo en mi corazón la alegría de Dionisos. El antiguo titán se levanta y rompe sus cadenas y vuelve á alumbrar sobre la tierra el fuego de Prometeo. ¡El Titán contra el Galileo! Vengo á dar á los hombres la libertad y una alegría tal como nunca la han soñado. ¡Galileo tu imperio desaparecerá como una sombra! ¡Alegráos tribus y pueblos de la tierra! ¡Soy el mensajero de la vida, soy el libertador, soy... el Anticristo!

IV

En el monasterio vecino, con las ventanas y las puertas hermeticamente cerradas, resonaban las solemnes oraciones de los religiosos, dominando el bullicio lejano de los cantos báquicos. Para ahogar el griterío del pueblo, los monjes unían sus voces en un clamoreo geremiaco:

—¿Por qué, Señor, nos has abandonado? ¿Por qué tu cólera se ha desencadenado sobre el rebaño de tus corderos?

—¿Por qué nos has ofrecido en deshonra á nuestro vecino, incorporado á los paganos? ¿Por qué nos dejas ultrajar por la humanidad?

Las antiguas palabras del profeta Daniel tomaban un sentido singular:

—¡El Señor nos ha entregado al rey Réprobo el más astuto de toda la tierra!

Ya cerrada la noche, cuando el silencio reinaba en las calles, los religiosos volvían á sus celdas.



El hermano Parfeno no podía conciliar el sueño. Tenía un rostro pálido y dulce; en sus grandes ojos, puros como los de una virgen, se leía triste perplejidad cuando hablaba de los hombres. Hablaba pocas veces, indistintamente y de un modo inopinado, casi siempre de cosas tan pueriles que no se le podía escuchar sin sonreír. En ocasiones reía sin causa y los monjes austeros le preguntaban:

—¿Por qué enseñas los dientes? ¿lo haces por agradar al diablo?

Entonces explicaba tímidamente que *se reía de sus propios pensamientos* lo que acababa de vencer á todos de la falta de seso de Parfeno.

Poseía un gran arte: el de iluminar los manuscritos y esta habilidad del hermano Parfeno reportaba al monasterio mucho dinero y la consideración de muchas personas de todas las provincias. El hermano no se daba cuenta de su mérito y de haberlo conocido, más se hubiera asombrado que enorgullido.

Tenía en muy poco sus ocupaciones artísticas que le llevaban mucho tiempo—el hermano Parfeno llevaba al último extremo la perfección de los detalles—considerándolas más como una diversión que como un trabajo. Nunca decía:

—Voy á trabajar.

Se acercaba al anciano superior, Pánfilo que le amaba entrañablemente y exclamaba:

—Padre, bendíceme, voy á jugar.

Cuando acababa alguna combinación difícil palmoteaba con júbilo y se daba á sí mismo la enhorabuena.

El hermano Parfeno amaba de tal modo la soledad y la quietud de la noche, que había aprendido á trabajar á la luz de una lámpara. Los colores tomaban tonos singulares.

Cuando estuvo en su celda, Parfeno encendió la lámpara de barro y la puso sobre una tabla al lado de frasquitos, finos pinceles, cajas de colores, de vermellón, plata y oro líquidos. Se santiguó, lipió cuidadosamente el pincel y se puso á pintar las colas en abanico de dos pavos reales sobre el frontispicio de una página. Los pavos reales de oro sobre campo verde bebían en una fuente con los picos levantados y los cuellos extendidos. Otros rollos de pergamino esperaban, sin terminar. Era todo un mundo sobrenatural y encantador. Al rededor del texto se entremezclaban creaciones de fabulosa arquitectura, árboles, fantásticos animales. Parfeno no pensaba en nada cuando creaba, pero alegre serenidad transformaba su rostro. La Helade, Asiria, Persia, la Judea, Bizancio refinado, y la visión confusa de mundos futuros, todos los pueblos y todos los siglos se confundían en el paraíso del monje que brillaba con reflejos de piedras preciosas al rededor de las letras iniciales de la Sagrada Escritura.

Allí estaba representado el Bautista: San Juan vertía el agua sobre la cabeza de Cristo y al lado el dios pagano de los ríos inclinaba un anfora, amablemente, como el antiguo propietario de la ribera, tenía muy cerca una toalla para ofrecérsela al Salvador después del bautismo.



El hermano Parfeno en su candor no temía á los antiguos dioses y le divertían, y le parecía que había mucho tiempo que estaban convertidos al cristianismo. Invariablemente en las cimas de las colinas colocaba al dios de las montañas personificado en un adolescente desnudo. Cuando dibujaba el pasaje del mar Rojo, una mujer que llevaba un remo representaba el mar y un hombre desnudo, con la inscripción *Bados* debía figurar el abismo que se tragó á Faraón, en la vuelta estaba sentada una mujer triste, vestida con túnica color de arena, el Desierto.

Por aquí y acullá en la curva del cuello de un caballo, en el pliegue de un vestido, en la posición indolente y sencilla de un dios acostado, apoyado en el codo, filtrábase la elegancia antigua, la gracia del desnudo.

Aquella noche el *juego* no interesaba al artista. Sus dedos infatigables temblaban, en sus labios no asomaba la sonrisa.

Sigilosamente y con el oído alerta abrió un cofre de cedro, tomó de él una lezna que servía para encuadernar, se santiguó y amparando con la mano la llama sonrosada de la lámpara salió en puntillas de la celda.

Hacia calor en el claustro silencioso, donde sólo se oía el aleteo zumbón de una mosca aprisionada en una tela de araña.

Parfeno bajó á la iglesia, alumbrada por una lámpara, la única colocada ante el viejo díptico de marfil esculpido. Dos grandes zafiros alargados ha-

bían sido arrancados por los paganos de la aureola de Jesús, sentado en los brazos de la Virgen, y había sido llevado á su sitio originario en el templo de Dionisos.

Aquellos agujeros negros en el marfil amarillento se le antojaban á Parfeno llagas en un cuerpo vivo.

—¡No, no puedo!—murmuró besando la mano del niño Jesús.—¡No puedo, prefiero morir!

Aquellas huellas sacrilegas en el marfil le atormentaban, le indignaban más que las violencias ejecutadas sobre un ser humano.

En un rincón de la iglesia, descubrió una escala de cuerdas que utilizaba para encender las lámparas de la capilla. Tomó la escala y salió á un estrecho corredor que conducía á la salida, ante la cual, echado sobre la paja roncaba el obeso hermano cillerero Coris.

Parfeno se deslizó como una sombra; la cerradura de la puerta rechinó con sonido metálico. Coris se incorporó, entreabrió los párpados para cerrarlos seguidamente de nuevo cayendo sobre la paja.

Parfeno franqueó un claustro bajo de techo y se encontró en la calle, desierta á aquellas horas. La luna llena brillaba en el cielo. El mar bramaba. Dió la vuelta al templo de Dionisos hasta llegar á un sitio sumido en la sombra y allí arrojó la escala de cuerda de modo que se enganchó á la cornisa de metal que adornaba aquella esquina. La escala quedó suspendida de la pata de una esfinge. El monje trepó hasta el techo.



A lo lejos cantaban los gallos; un perro ladró; después volvió á reinar la calma dominada por los gemidos del mar.

Parfeno arrojó la escala al interior del templo y descendió.

Los ojos del dios, dos zafiros alargados brillaban con vida intensa á la luz lunar, como si miraran fijamente al monje impresionado por el silencio imponente. Parfeno se estremeció y se santiguó.

Se encaramó sobre el altar donde Juliano habla ofrecido el sacrificio, y sus talones sintieron el calor de las cenizas apenas apagadas.

El monje sacó la lezna del bolsillo; los ojos del dios abultaban muy cerca de su rostro, y el artista vió la provocadora sonrisa de Dionisos y todo su cuerpo de mármol. Y Parfeno admiró al dios antiguo mientras le quitaba los zafiros, y su mano acariciaba involuntariamente al mármol seductor.

Por fin, acabó el monje su tarea y Dionisos, ciego, miraba terriblemente al monje con sus órbitas huecas y negras.

Entonces el terror se apoderó de Parfeno; le parecía que alguien le vigilaba. Saltó del altar, corrió hacia la escala de cuerda, trepó, la arrojó al otro lado sin tomarse tiempo para asegurarla, lo que fué causa que se cayera antes de bajar los altísimos peldaños.

Lívido, los hábitos en desorden y sucios, llevando en las manos dos preciosos zafiros, atravesó la calle como un ladrón y entró precipitadamente en el monasterio.

El portero no se despertó, y Parfeno se escurrió para entrar en la capilla. Cuando vió de nuevo el díptico se tranquilizó, ensayó á reponer los ojos de zafiro de Dionisos en los agujeros; encajaban admirablemente y de nuevo resplandecieron en la aureola del niño Jesús.

De vuelta á su celda, Parfeno apagó la lámpara y se acostó.

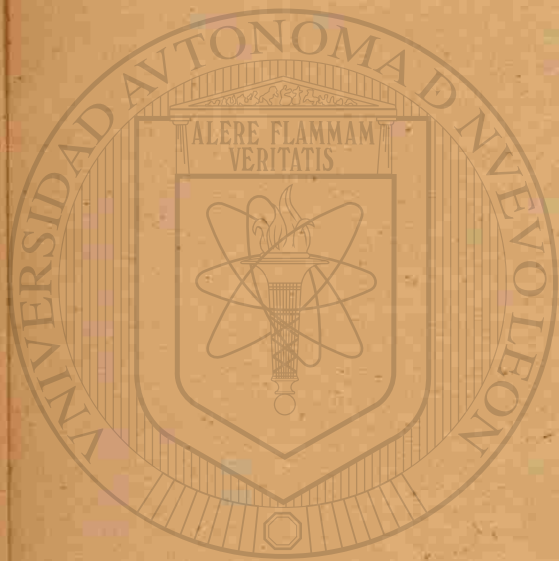
De repente, en la obscuridad, retorciéndose y acurrucado tuvo un acceso de risa ahogada, risa de niño feliz por haber hecho una maldad, pero temiendo que se descubra.

Se durmió con esta risa en los labios.

Cuando Parfeno despertó las olas matinales de la Propontida brillaban á través de la reja de la ventanita; los palomos sacudían las alas arrullándose.

La risa de la noche estaba aún en el corazón de Parfeno, que se acercó á su mesa de trabajo y con alegría contempló los arabescos sin acabar: era el paraíso terrestre. Adán y Eva estaban sentados en un prado. Un rayo de sol cayó sobre los arabescos que se iluminaron de oro, de púrpura y azul.

Parfeno, seguía trabajando sin advertir que daba al cuerpo de Adán la antigua y soberbia belleza olímpica del alegre dios Dionisos. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

V

El célebre sofista, el profesor imperial de elocuencia Hekebolis, había comenzado por el último escalón la subida de las gradas imperiales. Había sido siervo agregado al templo de Astarté en Hieropolis. A los dieciseis años robó varios objetos preciosos, y para librarse del castigo huyó á Constantinopla donde se mezcló con la hez de la capital, tomó parte en todas las estafas, anduvo por las carreteras con los peregrinos y con las partidas de los bandoleros sacrificadores de Dindimine, diosa adorada por el populacho y que era paseada sobre un asno de ciudad en ciudad y de aldea en aldea. Por último fué á dar en la escuela del retórico Proeres, y no tardó en hacerse profesor de elocuencia.

En los últimos años del reinado de Constantino el Grande, cuando la religión cristiana se puso de moda en la corte, Hekebolis se hizo cristiano. El



clero sentía simpatías hacia él, y Hekebolis correspondió.

Con harta frecuencia y siempre con gran oportunidad cambiaba el símbolo de su fe según el viento que soplabá: de arriano se hizo ortodoxo; de ortodoxo, arriano, y cada cambio le ayudaba á subir un escalón de la escalera de las dignidades: el clero le empujaba y él á su vez empujaba al clero.

Su cabeza encanecía, su obesidad era cada vez más pronunciada, sus sabios discursos se hacían más insinuantes y dulces, y sus mejillas se coloreaban. Sus ojos eran acariciadores, lucientes, pero, por momentos, brillaba también en ellos una ironía mal sana, un espíritu arrogante y frío. Entonces bajaba con rapidez los párpados y el bulto desaparecía.

Sus ademanes habían tomado marcado aire clerical.

Era un observador severo de los ayunos y un refinado gastrónomo. Sus platos de vigilia eran más codiciados que los más esquisitos manjares fuertes, del mismo modo que sus tramas monásticas eran más agudas que las burlas paganas más descarnadas. En su casa se servía una bebida refrescante hecha con jugo de remolacha recargada de especias que la daban un sabor tal, que muchos preferían este refresco al vino. En vez del pan de trigo ordinario, había inventado unas galletas de semillas del desierto, con las cuales, según la tradición, San Pacomio se alimentaba en Egipto.

Los maliciosos insinuaban que Hekebolis era un

libertino. Y en Constantinopla corría de boca en boca la siguiente anécdota.

Una mujer joven confesaba á su confesor haber cometido pecado de adulterio.

—¡Es un gran pecado! ¿Y con quién, hija mía?

—Con Hekebolis, padre.

El rostro del sacerdote se iluminó.

—¡Con Hekebolis! ¡ah! ¡en verdad! ¡Es un santo varón consagrado á la iglesia!... Arrepíentete, hija mía, el Señor te perdonará.

En verdad estos relatos no pasaban de ser chismes, pero en el rostro respetable, afeitado del dignatario, los labios excesivamente rojos y espesos resaltaban de un modo singular, aunque él cuidaba de apretarlos con expresión de humildad monástica. Las mujeres le querían mucho.

Algunas veces Hekebolis desaparecía durante algunos días y nadie conocía estos misterios de su existencia. Sabía ocultar mañosamente sus secretos. Nunca, ni un doméstico, ni un esclavo le acompañaba en sus viajes enigmáticos, de los que volvía rejuvenecido y tranquilo.

Reinando Constancio fué nombrado retórico de la corte, empleo espléndidamente retribuido y con derecho al laticlave de los senadores y la banda azul, distinción de los grandes dignatarios.

Aspiraba á más.

Pero en el momento en que Hekebolis se disponía á subir el último escalón, murió Constancio inopinadamente, y subió al trono Juliano, enemigo de la iglesia. Hekebolis no perdió su habitual presencia



de ánimo: hizo lo que otros muchos, con maravillosa oportunidad.

Juliano, en los primeros días de su reinado, organizó una controversia teológica en su palacio. Un joven, doctor y filósofo estimado por todos, por su rectitud y nobleza, César de Capadocia, hermano del célebre teólogo Basilio el Grande, se encargó de defender la fe cristiana contra el emperador.

Juliano autorizaba en aquellas justas de sabios independencia sin límites, y hasta le agradaba que se le replicara con apasionamiento, olvidando la etiqueta de la corte.

La controversia era de las más vivas, la reunión de los sofistas, de los sabios, los sacerdotes, considerable ordinariamente, el disertante se sometía poco á poco no á la lógica del filósofo griego sino á la majestad del emperador romano y cedía.

Esta vez no ocurrió lo mismo. César de Capadocia no se daba á partido. Era un joven que tenía en todos sus movimientos gracia femenina é inalterable claridad en sus ojos puros. Llamaba á la filosofía de Platón la *sabiduría tortuosa de la serpiente*, y á ella oponía la celeste sabiduría del Evangelio.

Juliano fruncía el entrecejo, se agitaba en su asiento, se mordía los labios, conteniendo con gran pena su disgusto. La discusión, como todas las discusiones sinceras, terminó sin resultado práctico.

El emperador se serenó, y salió de la sala con desdeñosa y filosófica sonrisa, procurando dar á su rostro expresión amable, pero en realidad con el corazón preñado de tristeza

En aquel momento preciso, se acercó á él el retórico Hekebolis, á quien Juliano tenía por enemigo.

El emperador le preguntó:

—¿Qué quieres?

Hekebolis cayó de rodillas y comenzó una confesión de arrepentimiento. Hacía mucho tiempo que dudaba; pero las deducciones del emperador le habían vencido definitivamente. Maldecía la negra superstición galilea; su corazón volvía á los recuerdos de su infancia, á los radiantes dioses del Olimpo.

El emperador levantó al anciano, y no pudiendo hablar de emoción, le estrechó con todas sus fuerzas contra su pecho y le besó en las mejillas afeitadas y en los abultados labios rojos. Buscaba con los ojos a César de Capadocia para vengarse de la humillación sufrida.

Durante varios días Juliano tuvo á su lado á Hekebolis, refiriendo incansable su conversión, orgulloso de su discípulo, como sacrificador de su hermosa víctima, como un niño con un juguete nuevo, como un adolescente con su primera querida.

Quiso dar el emperador á su nuevo amigo un puesto de honor en la corte, pero Hekebolis lo rechazó resueltamente por no considerarse digno de semejante distinción. Estaba decidido á preparar su alma á la virtud olímpica con un largo noviciado; purgar su corazón de la impiedad galilea, invocando á uno de los antiguos dioses olímpicos.

Juliano le nombró gran sacrificador de Bytina y de Paflagonia.



Los individuos que llevaban este título se llamaban entre los paganos *archiepiscopos*.

El arzobispo Hekebolis gobernaba las dos grandes provincias asiáticas, y habiendo comenzado esta nueva vida, la seguía con tan buen acierto como la que acababa de dejar.

Contribuyó á la conversión de inmensos galileos á la fe helénica.

Hekebolis llegó á ser el gran sacrificador del célebre templo de la diosa fenicia Astarté Atagaris, á la que había servido en su infancia. Este templo se alzaba á la mitad del camino de Calcedonia á Nicomedia, sobre un promontorio elevado que avanzaba hacia la Propontida. Este sitio se denominaba Gargaris, y los peregrinos acudían allí de todas las partes del mundo á adorar á Afrodita Astarté, diosa de la muerte y de la voluptuosidad.

VI

En uno de los salones de su palacio de Constantinopla, Juliano se ocupaba de los negocios del Estado.

Entre las columnas de pórfiro de la terraza, que daba al Bósforo, brillaba el mar azul pálido. El joven emperador estaba sentado ante una mesa redonda de mármol, cubierta de montones de papiros y de rollos de pergamino. Los silenciarios, con la cabeza baja, hacían rasgurar sus cálamos egipcios. Algunos tenían una expresión soñolienta, por no estar acostumbrados á levantarse tan de mañana. Algo más apartado, detrás de la columnata, comunicándose sus observaciones en voz baja, estaban Hekébolis y Julio Mavrico, dignatario de rostro inteligente y bilioso.

Entre la superstición general, aquel escéptico y elegante cortesano era uno de los últimos admira-



dores de Luciano, el burlón de Samos, el autor de los venenosos diálogos en los que se burla tan despiadadamente de todos los ídolos del Olimpo y del Gólgota, de todas las tradiciones de la Helade y de Roma. Juliano dictaba una misiva al gran sacrificador de Galilea, Arsaces:

«No autorizo á los sacrificadores á frecuentar el teatro, á beber en las tabernas, á ocuparse de oficios bajos. Respeta á los obedientes, castiga á los infieles. En cada ciudad haz elegir casas hospitalarias para los peregrinos, que hallarán en ellas la caridad plenaria, y no solo los peregrinos helenistas, sino todos, sea cualquiera la profesión de fe á que pertenezcan. Fijamos, para ser distribuidos en Galilea, treinta mil medidas de trigo, sesenta mil sestarios de vino. Distribuye la quinta parte entre los pobres que viven cerca de los templos, el resto entre los peregrinos y los indigentes. Es vergonzoso privar á los helenistas de subsidios cuando los judíos no tienen ni un mendigo, y los galileos alimentan á los suyos y á los nuestros. Obran como gentes que seducen á los niños con golosinas, empezando por la hospitalidad, invitando á las comidas de amor fraternal que llaman «agapes» y poco á poco terminan por ayunos, por flagelaciones, el horror de la gehenna, la locura y la muerte de los mártires. Tal es el camino habitual de los enemigos del género humano que se llaman cristianos y fraternales. Combátelos por la caridad hecha en nombre de los eternos dioses olímpicos. Haz anunciar en todas las ciudades y en todas las aldeas que

tal es mi cordial preocupación. Si sé que has obrado según mi deseo, te concederé mi benevolencia. Explica á los ciudadanos que estoy pronto á ayudarles en todas las circunstancias y en todos los instantes. Más si quieren obtener mis favores, que se inclinen ante la madre de los dioses, Dindimena y que le den gloria en todas las tribus á través de los siglos.»

Las últimas palabras las escribió de su puño y letra.

Siriveron el desayuno: pan, queso, aceitunas, fresas y un suave vino blanco. Juliano comía y bebía, sin dejar de trabajar.

Pero de repente se volvió, é indicando el plato de oro que contenía las aceitunas, preguntó á su esclavo favorito traído de las Galias y que le servía siempre:

—¿Porqué este plato de oro? ¿Dónde está el otro de barro?

—¡Perdona, señor!... Se ha roto.

—¿Por completo?

—No; el borde solamente...

—Traelo.

El esclavo acudió á buscar el plato pedido.

—¡Puede aun servir mucho tiempo! —dijo Juliano y sonrió.—¡Amigos míos, he notado que los objetos rotos duran más que los nuevos! ¡Confieso que tengo debilidad por ellos! ¡Hallo en ellos cierto encanto como en los amigos antiguos!... Temo la novedad; detesto el cambio. Se echa de menos todo lo viejo... Aquello á lo que está uno acostumbrado.



Juliano se sonrió alegremente de sus propias palabras:

—¡Ved qué pensamientos filosóficos se ocurren á veces á propósito de un plato roto!...

Juliano Mavrico tiró á Hekébolis de la manga.

—¿Has oído? ¡Ahí tienes toda su naturaleza! Guarda tan religiosamente sus platos rotos como sus dioses medio muertos. ¡Ahí tienes lo que decide de los destinos del mundo!

Juliano pasó de los edictos y de las leyes á los proyectos del porvenir.

En todas las ciudades del imperio queria fundar escuelas, cátedras de lectura y de discusiones heleenistas; formas especiales de oraciones y de sermones filosóficos; refugios para las personas virtuosas y para los que se consagran á las reflexiones filantrópicas.

—¡Eh!—murmuró Mavrico á Hekébolis.—¡Monasterios en honor de Afrodita y Apolo!... ¡A cada hora su trabajo!

—Sí, amigos míos, ejecutaremos todo esto con la ayuda de los dioses,—terminó el emperador.—Los galileos quieren convencer al mundo de que la caridad es monopolio de ellos, aunque pertenece á todos los filósofos, sean los que sean los dioses que veneren.

He venido para predicar al mundo un amor nuevo, libre y gozoso, como el cielo mismo de los olímpicos.

Juliano paseó sobre los asistentes una mirada escrutadora, y no halló lo que buscaba en los semblantes de los dignatarios.

Entraron en la sala enviados de los profesores cristianos de retórica y de Filosofía.

Hacia poco que se había publicado un edicto que prohibía á los maestros galileos la enseñanza de la elocuencia antigua. Los retóricos cristianos tenían que renunciar á su fe ó abandonar las escuelas.

Con un rollo en la mano, uno de los empleados, hombrecillo flaco, confuso, semejante á un loro viejo, aproximóse al emperador, acompañado de dos discípulos deformes y coloradotes.

—¡Ten piedad de nosotros, muy amado de los dioses!

—¿Cómo te llamas?—interrumpió Juliano.

—Papiriano, ciudadano romano.

—¡Pues bien! Ya ves, mi querido Papiriano, que no os deseo mal alguno... Al contrario... permaneced galileos...

El anciano cayó á los pies del emperador y los besó.

—Hace ya cuarenta años que estudio la gramática... Conozco mejor que cualquiera á Homero y á Hesiodo...

—¿Qué quieres?...—preguntó Augusto severamente.

—¡Tengo seis hijos, señor!... No me quites el último pedazo de pan!... Los discípulos me quieren mucho. Pregúntales si les enseñé algo malo.

La emoción impidió á Papiriano continuar y señaló á sus discípulos, que no sabían que hacer con las manos y estaban en pie, con los ojos muy abiertos y los rostros encarnados.



—¡No, amigos!—dijo el emperador dulce y firmemente al mismo tiempo.—La ley es justa. Hallo absurdo que los profesores cristianos, al explicar á Homero, refuten á los dioses que Homero ha cantado. Si creéis que nuestros sabios no han hecho más que componer fábulas respecto de nuestros dioses, ¡más vale que vayáis á la iglesia á explicar á Mateo y á Lucas!... Tened en cuenta galileos que hago esto en vuestro interés...

Uno de los retóricos, murmuró:

—¡En nuestro interés! ¡Nos moriremos de hambre!

—¿Teméis profanaros, por lo que es mucho peor, la sabiduría mentirosa? Vosotros decís: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu!» ¡Sedlo pues!... ¿Creéis, tal vez, que ignoro vuestra enseñanza? ¡La conozco mejor que vosotros! ¡Veó en los mandamientos galileos profundidades que no habéis soñado jamás! Pero á cada uno lo suyo; dejadnos nuestra sabiduría frívola, nuestra pobre ciencia literaria. ¿Qué haréis con estos manantiales envenenados? ¡Vosotros poseéis una sabiduría más alta! Nosotros tenemos el reino terrestre y vosotros el de los cielos. ¡No es poco para gente humilde como vosotros!... La dialéctica conduce á las heregías liberales. Verdaderamente, sed sencillos como niños. La ignorancia de los pescadores de Cafanaum, ¿no está por encima de todos los diálogos platónicos? Toda la sabiduría de los galileos está encerrada en esta palabra: «¡Cree!»... Retóricos, si fueseis verdaderos cristianos bendeciríais nuestra ley. En

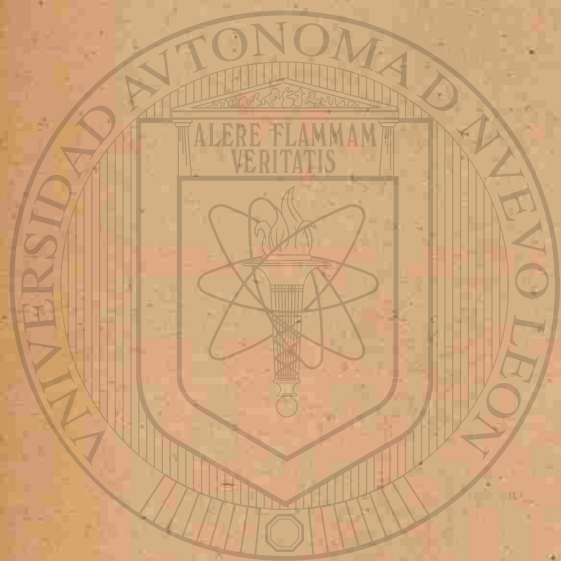
este momento no es vuestra alma la que se rebela, sino vuestro cuerpo, que halla la dulzura en el pecado. Eso es todo lo que tenía que deciros, y espero que me aprobareis y que hallaréis que el emperador romano se preocupa más que vosotros mismos de la salvación de vuestras almas!

Juliano atravesó la multitud de los desgraciados retóricos, tranquilo y satisfecho de su discurso. Papiriano, siempre arrodillado, se mesaba los cabellos.

—¿Por qué, Reina celeste, por qué permitis cosas semejantes?

Los dos discípulos, viendo el dolor de su maestro, se enjugaron sus ojos con sus puños deformes.





Juliano recordaba los interminables conflictos entre ortodoxos y arrianos, que habían tenido lugar en el concilio de Mediolan, reinando el emperador Constancio. Pensó sacar partido de esta animosidad y decidió convocar, siguiendo el ejemplo de sus predecesores cristianos, un concilio ecuménico.

Una vez, en el curso de una conversación íntima, había declarado á sus amigos asombrados que, en lugar de perseguir á los galileos quería darles plena libertad de fe y hacer que volvieran del destierro los donatistas, los cecilianos, los marquionistas, los montenistas y otros herejes condenados por los concilios de Constantino y de Constancio. Estaba cierto de que este era el medio más seguro de aniquilar el cristianismo.

—Ya veréis, amigos míos,—decía el emperador,

—como cuando todos hayan vuelto á su puesto primitivo, se enciende la guerra entre estos hermanos que se torturarán como aves de rapiña, desenjauladas en la arena de un circo, y como llenarán de oprobio el nombre de su maestro, haciéndose así más daño que cuanto yo pudiera hacerles con persecuciones y martirios.

Juliano envió á todas las provincias romanas edictos y cartas autorizando la repatriación de los desterrados.

Al propio tiempo, los más sabios profesores galileos fueron invitados á presentarse en el palacio de Constantinopla para tomar parte en una discusión de interés religioso.

La mayoría de los invitados ignoraba el objeto del concilio, pues las cartas de invitación estaban redactadas con falaz ambigüedad. Adivinando un engaño, muchos se excusaron de asistir, pretextando enfermedades.

El azul matinal del cielo parecía sombrío junto á la deslumbradora blancura de la doble columnata que rodeaba el patio llamado Atrio de Constantino. Blancos pichones que aleteaban alegremente, desaparecían en el firmamento como albos copos de nieve. En el centro del atrio se levantaba la estatua de Venus Calipigina y el mármol herido por el sol tomaba argentados tonos. Los monjes al pasar giraban la cabeza para no ver á la diosa; más ella seguía á su lado seductora y complaciente.

Juliano había sido movido por secreta intención al elegir el atrio para celebrar en él el concilio galileo.

Los hábitos oscuros de los religiosos parecían allí más negros, los rostros enflaquecidos por las privaciones tomaban más expresión de tristeza. Pasaban silenciosos arrojando sombras disformes sobre el mármol alumbrado por el sol. Todos estaban cohibidos. Se esforzaban por aparecer indiferentes, y aún despreciativos, aparentando no ver á su vecino enemigo y lanzándose á hurtadillas miradas de curioso desprecio.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Qué es esto?... ¿Dónde hemos entrado?—dijo con profunda emoción el anciano obispo Eustaquio.—¡Dejadme salir guerreros!

—¡Poco á poco, poco á poco, amigo mío!—le respondió el centurion de los portadores de lanzas, el bárbaro Delogais, apartándole cortesmente de la puerta.

—Me ahogo en esta inmundicia herética. ¡Dejadme pasar!

—Es la voluntad de Augusto que todos los que hayan venido para asistir al concilio esperen por grado ó por fuerza.

—Pero esto no es un concilio... Es una reunión de bandidos.

Entre los galileos había gente alegre que se burlaban del aspecto provinciano y del marcado acento armenio de Eustaquio, quien falto de energía se calmó y fué á esconderse en un rincón murmurando:

—¡Señor! ¡Señor! en que te he ofendido!

Evandro de Nicomedia se arrepentía también de



haber entrado y de haberse hecho acompañar del discípulo de Didimo, recién llegado á Constantino, el hermano Juventino.

Evandro era uno de los más valientes dogmáticos de su tiempo, hombre de espíritu profundo y perspicaz. Había enfermado y envejecido prematuramente por abusar del estudio; había perdido casi por completo la vista y en sus ojos de miope se leía de continuo la fatiga. Numerosas herejías asaltaban su cerebro no dejándole momento de reposo, atormentándole en sus sueños y al mismo tiempo sugestionándole con finezas y sagacidades. Evandro las coleccionaba en un enorme manuscrito intitulado: *Contra los herejes*, con la misma pasión que pudiera hacerlo un conservador de objetos raros. Las buscaba con avidez é imaginaba las que pudieran existir y cuanto con más tesón las condenaba mayor era su interés por acapararlas.

Muchas veces rogaba á Dios que le concediera fe sencilla, más Dios no le concedía esta ansiada sencillez.

En la vida ordinaria era tímido, ingenuo y pusilánime como una criatura. Los pícaros podían engañar á Evandro sin ningún esfuerzo y los burlescos referían mil anécdotas que ponían de manifiesto la ingenuidad de Evandro.

Hundido en sus ensueños teológicos, el obispo se hallaba con gran frecuencia en situaciones comprometidas.

Por distracción había acudido á aquel singular concilio, sin pararse á pensar dónde y por qué iba

y atraído por la esperanza de descubrir una nueva herejía.

Ya arrepentido hacía muecas de despecho y se tapaba con las manos los ojos débiles para librarlos de los fuertes rayos solares. Hubiera preferido volver á su obscura habitación para entregarse al estudio.

Evandro no se apartaba de Juventino y le prevenía contra las tentaciones haciendo detallada crítica de todas las herejías.

En el centro de la sala se paseaba un vigoroso viejo de pómulos proeminentes y la cabeza cubierta de abundantes cabellos grises que le caían á manera de aureola. Era el obispo septuagenario Purpuris, africano donatista, indultado del destierro por Juliano.

Ni Constantino ni Constancio habían conseguido acabar con la herejía de los donatistas. Mares de sangre corrían en Africa hacía cincuenta años, á causa de la injusta disposición de un donatista en vez de un ceciliano, ó de un ceciliano en lugar de un donatista, punto que jamás era aclarado. Pero las dos sectas se trucidaban con saña sin que se pudiera adivinar el resultado de estos fratricidios cometidos, no por defender dos opiniones, sino dos nombres.

Juventino observó que un obispo ceciliano que pasaba por delante de Purpuris rozó con la punta de su casulla el vestido del donatista. Este se volvió refunfuñando, tomó con dos dedos la ropa y la sacudió varias veces de modo que lo vieran todos.



Evandro comunicó á Juventino que cuando por casualidad un ceciliano entraba en una iglesia de donatistas, era arrojado de ella y que inmediatamente se lavaban con agua salada las losas que el enemigo había tocado con sus pies.

Detrás de Púrpuris, siguiéndole paso á paso, como un perro, iba su fiel guardia del cuerpo, un enorme africano semisalvaje, moreno, terrible, de nariz aplastada y labios gruesos: el diácono Leona armado con un látigo que estrujaba con sus manos nerviosas. Era un campesino etiope perteneciente á la secta de los mutiladores, llamada de los «circunceliones.» Con las armas en la mano, recorrían las carreteras y ofrecían dinero á los caminantes para que les dieran muerte, añadiendo:

—¡Mátanos ó te mataremos!

Los circunceliones en nombre de Cristo se mutilaban, se quemaban y se ahogaban, pero nunca se ahorcaban porque Judas se había ahorcado. Aseguraban que el suicidio por la gloria de Dios purificaba el alma de todos los pecados y el pueblo los consideraba como mártires. Antes de morir se entregaban á todos los goces, comían, bebían y violaban á las mujeres. Muchos de ellos no empleaban la espada porque Cristo lo había prohibido, pero en cambio llevaban enormes látigos, y con la conciencia tranquila «según la Escritura» maltrataban á los herejes y á los paganos. Al derramar sangre gritaban:

—¡Gloria á Dios!

Y los pacíficos habitantes de las ciudades africa-

nas temían más este grito sagrado que el sonido de las trompas guerreras y que los rugidos del león.

Los donatistas consideraban á los circunceliones como sus guardianes. Los campesinos etiope no comprendían las disputas eclesiásticas y los donatistas se valían de ellos designándoles previamente á los que debían maltratar «según la escritura.»

Evandro llamó la atención de Juventino hacia un hermoso adolescente de rostro afable é inocente como el de una doncella. Era un cainita.

—¡Benditos sean nuestros hermanos insumisos, Cain, Cam, los habitantes de Sodoma y de Gomorra!—predicaban los cainitas.—Son la semilla de la *sofia* elevada, de la sabiduría sagrada... ¡Venid á nosotros todos los rechazados, los rebeldes, los réprobos!... ¡Bendito sea Judas!... De todos los apóstoles él era el único iniciado en la gran ciencia! Entregó á Cristo para que Cristo muriese y resucitara, porque Judas sabía que la muerte de Cristo salvaría al mundo! El iniciado en nuestra sabiduría debe traspasar todos los límites, atreverse á todo despreciar la materia, desprenderse de todo miedo, y después de entregarse á todos los pecados á todos los goces de la carne, esperar la repugnancia del cuerpo, la postrera pureza del alma.

—Mira, Juventino, he ahí un hombre que se considera superior á los arcángeles y á los serafines,—dijo Evandro designando á un joven y atrevido egipcio que se mantenía apartado de todos, con espiritual sonrisa en sus labios pintados como los de una cortesana.



Vestía á la última moda bizantina y sus manos blancas estaban cubiertas de sortijas. Se llamaba Casiodoro y era valentiniano.

—En los cristianos,—aseguraban los arrogantes valentinianos,—hay alma como en los animales; pero no tienen espíritu como nosotros; somos los únicos iniciados en los misterios del *Gnosis* y del divino *Plerum*; y por consiguiente, solo nosotros somos dignos de llamarnos hombres. Los demás son puercos ó perros.

Casiodoro decía á sus discípulos:

—Debéis conocer á todos, pero nadie debe conocerlos. Ante los profanos renegad del *Gnosis*. Guardad silencio y despreciad á los pobres. Despreciad la profesión de fe y el martirio. Amad el silencio y el misterio. Sed para nuestros enemigos invisibles é incomprensibles, como las fuerzas inmateriales. Los cristianos vulgares tienen necesidad de buenas acciones para salvarse. Los que poseen la más elevada creencia de Dios—el *Gnosis*—no han menester de esas acciones. Somos los hijos de la luz y ellos los hijos de las tinieblas. No tememos el pecado porque sabemos que es necesario dar al cuerpo, la materia, y al alma lo inmaterial. Estamos colocados á tan gran altura que no podemos faltar por grandes que parezcan nuestras faltas. Nuestro corazón permanece casto en los goces de la materia, y, como el oro puro, no pierde su brillo ni en el lodo.

También vió Juventino á un anciano sospechoso, de mirar bizzo, con expresión voluptuosa de fiera,

el adamita Prodict predicando su doctrina que devolvía la inocencia primitiva de Adán. Los adamitas, desnudos, celebraban sus misterios en una iglesia calentada como un baño, á la que llamaban el Eden. Como nuestros primeros, padres no tenían vergüenza de su desnudez y afirmaban que entre ellos todos los hombres y todas las mujeres se distinguían por su refinamiento de pudor de alma, lo que no impedía que la inocencia de sus reuniones paradisiacas fuera siempre muy dudosa.

Al lado del adamita Prodict estaba sentado en el suelo, vestido con hábito episcopal, una mujer pávida de rostro austero y soberbio, los cabellos canosos, los párpados entornados de fatiga: ¡la profetiza de los montañistas. Coptos de amarillo rostro la cuidaban solícitos, mirándola con amor y llamándola «Paloma celeste». Consumiéndose durante largos años en los éxtasis del amor irrealizable, predicaban que la raza humana debía ser destruida por la continencia.

Sentados en numerosos grupos sobre las ardientes colinas de Frigia, cerca de la ruinas de Pepusa estas soñadores anémicos estaban inmóviles con los ojos fijos en una línea del horizonte donde debía aparecer el Salvador. En las tardes brumosas, por encima de la llanura gris, en las nubes, entre los rayos de oro fundido, veían la gloria de Dios, la nueva Sión que descendía á la tierra. Los años sucedían á los años, y los soñadores morían con la esperanza de que el imperio celeste de Dios descendía por fin sobre las ruinas de Pepusa. Levantando



á veces sus párpados fatigados fijaban la mirada turbia en lontananza y la profetiza murmuraba en siriaco:

—*Maran Ata!* ¡El Señor viene!

Y los pálidos coptos se inclinaban hacia ella para escuchar mejor sus palabras.

Juventino oía las explicaciones de Evandro y pensaba que todo aquello parecía un sueño extraño y atormentador. Su corazón se oprimía al empuje de aquella piedad amarga y estéril.

Por fin reinó el silencio. Todas las miradas se dirigieron al mismo sitio: en el extremo opuesto del atrio estaba el emperador Juliano.

Su rostro tenía expresión de firmeza. Quería aparentar indiferencia, pero por momentos en sus ojos brillaba un relámpago de maldad triunfante. Vestía la sencilla clámide de los maestros.

—Ancianos y maestros,—dijo Augusto dirigiéndose á los allí reunidos,—hemos considerndo como un bien testimoniar á nuestros súbditos que profesan la doctrina galilea, toda nuestra indulgencia y nuestra misericordia. Es preciso sentir más compasión que odio hacia los extraviados, atraer por las exhortaciones á los que huyen de la verdad y de ningún modo por los golpes, las vejaciones ó las torturas corporales. Deseando restablecer la paz en el mundo, de largo tiempo turbado por las discordias religiosas, os he convocado, sabios galileos. Esperamos que bajo nuestra protección daréis el ejemplo de las grandes virtudes que convienen á vuestra dignidad espiritual y á vuestra sabiduría.

Con elegantes ademanes de orador experimentado, pronunciaba un discurso preparado de antemano. Pero en sus palabras, llenas de elocuencia, se deslizaban á veces irónicas alusiones.

Dió á entender entre otras cosas cosas que no había olvidado los estúpidos y soeces altercados del concilio de Mediolan, en tiempo de Constancio. Nombró con maligna sonrisa á algunos audaces que sintiendo que no estuviese permitido perseguir ni martirizar, ni matar á los hermanos en creencias. impulsaban al pueblo á la revolución, excitaban al populacho, avivaban los odios y llenaban el mundo de furor fratricida. Estos eran los verdaderos enemigos de la humanidad, los culpables del más peligroso de los males: la anarquía.

Terminó su discurso con estas palabras inesperadas, en las cuales se descubría claramente la ironía:

«Hemos llamado del destierro á nuestros hermanos, expatriados por los concilios de Constantino y Constancio, deseando conceder libertad á los ciudadanos del imperio romano. Para la total suspensión de las discordias os confiamos, sabios preceptores, olvidando toda animosidad y uniéndonos en un amor fraternal, el deber de fijar para los galileos una sola y única profesión de fe. Con este objeto os hemos convocado en nuestra casa, siguiendo el ejemplo de nuestros predecesores. Juzgad y decidid con la autoridad que la Iglesia os tiene reconocida. Nos nos retiramos concediéndoos amplia libertad y aguardando vuestras sabias decisiones.»



Antes de que nadie hubiera tenido tiempo de apercibirse ó de responder á este extraño discurso, Juliano, rodeado de sus amigos filósofos, salió del atrio y desapareció.

Todos guardaban silencio. Alguien suspiró largamente y en este silencio no se oía sino el alegre aleteo de los palomos y el chorrear monotonó de la fuente.

De repente, en las elevadas gradas de mármol que habían servido de tribuna á Juliano apareció el anciano afable de aspecto provinciano y acento armenio, de quien todos habían hecho burla.

Su rostro estaba rojo, sus ojos brillaban audaces: el discurso del emperador había ofendido al obispo. Animado por el celo de su alma, dominando su natural timidez, Eustaquio se dirigió á los miembros del Concilio.

—Padres y hermanos,—exclamó, y su voz era tan segura que nadie pensó en reír.—Padres y hermanos, separémonos en paz. El que nos ha convocado aquí para injuriarnos y seducirnos no conoce ni los cánones de la Iglesia, ni los reglamentos de los concilios; hasta aborrece el nombre de Jesús! No divirtamos por consiguiente á nuestros enemigos y reprimamos las palabras de cólera. ¡Os lo suplico en el nombre del Dios eterno!... Separémosnos en silencio!

Pronunció estas palabras con voz fuerte y sonora, los ojos clavados en la galería superior paramentada con colgaduras de púrpura: el emperador rodeado de sus amigos filósofos acababa de apare-

cer en aquel sitio. Un murmullo de admiración y de espanto corrió por entre los asistentes. Juliano miraba á Eustaquio cara á cara y el anciano sostenía la mirada. El emperador palideció.

En aquel momento el donatista Purpuris empujó brutalmente al obispo y ocupó su puesto.

—¡No le escuchéis!—gritó Purpuris.—No os separéis, no provoquéis al emperador! Los cecilianos le guardan rencor porque nos ha libertado.

—No, en verdad no, hermanos míos,—protestaba Eustaquio.

—¡Dejadnos, malditos!... No somos hermanos vuestros. Somos los espíritus puros de Dios y vosotros la paja seca destinada á ser quemada...

Y mostrando al emperador reinante, Purpuris continuó solemne, como si cantara un epitalamio:

—Ved á nuestro salvador. ¡Miradle!., ¡Gloria! ¡Gloria al muy misericordioso y sapientísimo Augustol... Tú pisotearás al áspid y al lagarto, tú vencerás al león porque los ángeles velan por tí y dirigen tus proyectos... ¡Gloria!

Los asistentes rugieron. Unos aseguraban que era preciso seguir el consejo de Eustaquio, otros pedían la palabra no queriendo desperdiciar la ocasión para exponer sus ideas ante un concilio religioso. Los rostros se animaban, el griterío aumentaba.

—¡Que un obispo ceciliano entre ahora en una de nuestras iglesias!—gritaba Purpuris.—Pondremos nuestras manos sobre su cabeza, no para elegerle por pastor, sino para aplastarle el craneo!



Muchos olvidaron el objeto de la reunión y se engolfaron en sutiles discusiones, procurando entusiasmar á sus oyentes.

El basiliano Trifón, llegado de Egipto, rodeado de curiosos, mostraba un amuleto de crisolita transparente en que se leía la misteriosa palabra: «Abraxa».

—El que comprenda el sentido de la palabra: «Abraxa», —decía Trifón,— recibirá la mayor de las libertades, se hara inmortal, y podrá gustar todos los pecados sin ser manchado por ninguno. Abraxa, representa en letras el número de las montañas celestes: trescientas sesenta y cinco. Por encima de los reyes, ciento sesenta y cinco esferas celestes, por encima de la jerarquía de los angeles y de los arcángeles hay cierto caos, sin nombre, más hermoso que todas las luces, inmóvil y estéril...

—El caos sin nombre, inmóvil y esteril está en su estúpida cabeza —decía indignado un obispo arriano dirigiéndose á Trifón.

El gnostico, según su costumbre, calló en seguida, apretando los labios con despreciativa sonrisa y levantando el dedo índice:

—¡Prudencia, ¡prudencia! —murmuró marchándose.

La profetiza de Pepusa, sostenida por los coptos cariñosos, en pie, terrible, pálida descompuesta, los ojos turbios, gemía sin decir ni escuchar nada.

—*Maran Ata*. El Señor viene.

Los discípulos del adolescente Epifanio, semi-

dios pagano ó mártir cristiano, adorado en los oratorios de Cefalonia, exclamaban:

—¡Fraternidad é igualdad! ¡Estas son las únicas leyes! ¡Destruído todo! ¡Que todo sea común, las mujeres, las tierras, como el agua, el aire y el sol.

Los ofitas, adoradores de serpientes, levantaban por encima una cruz á la que estaba enroscada una culebra domesticada.

—La sabiburía de la serpiente,—decían,—da á los hombres el conocimiento del bien y del mal.

He aquí el salvador Omnimorfos, el serpentiforme. Nada temáis, escuchadle, probad el fruto prohibido y os asemejaréis á los dioses!

Con habilidad de escamoteador levantando á gran altura una copa de cristal llena de agua, un marcosiano perfumado y rizado, seductor de mujeres invitaba á los curiosos.

—¡Mirad el milagro! ¡El agua va á hervir y se transformará en sangre!

Los colabasianos contaban rápidamente sus dedos y demostraban que todas las cifras de Pitágoras, todos los misterios del cielo y de la tierra estaban contenidos en las letras del alfabeto griego:

—Alfa, Omega, el principio y el fin. Y entre estas dos letras la Trinidad, Beta, Gamma Delta, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¡Véis que sencillez!

Los fabionitas, los glotones carpocratinos, los barbelonitas desvergonzados, predicaban absurdos tales, que las personas algo morales se tapaban los



oidos. Muchos influían sobre sus oyentes por la fuerza de atracción que tiene todo lo monstruoso é insensato.

Todos tenían el convencimiento de su derecho y todos eran enemigos.

Hasta la insignificante secta perdida en las lejanas provincias de Africa, los rogacionos aseguraban que Cristo volvería á la tierra, y no hallaría la verdadera comprensión del Evangelio, sino entre ellos, en algunas aldeas de Mauritania y en ninguna parte más.

Evandro de Nicomedia, olvidándose de Juven-tono, no se cuidaba más que de apuntar en sus tablitas las heregias que descubría, dichoso como un coleccionador que descubre un objeto raro.

Y entre tanto en la galería superior, el emperador rodeado de filósofos vestidos de blanco, miraba con ojos llenos de malevolencia, satisfecho de aquellos hombres alocados.

El pitagórico Proclo, Ninfidiano, Prisco, Edecio, el anciano Jamblico el piadoso obispo Hekebolis estaban á un lado; no se reían, ni se burlaban; sus rostros estaban impasibles y su actitud era correcta. Sólo, algunas veces en sus labios cerrados, erraba una sonrisa de piedad.

Aquel era en verdad el banquete de la sabiduría helénica. Miraban á los que estaban abajo, como los dioses miran á los hombres enemigos, como los aficionados al circo miraban á los animales hacerse trizas.

A la sombra de las colgaduras de púrpura se sen-

tían rodeados de bienestar, mientras abajo los galileos sudorosos anatematizaban y predicaban.

En medio de la general confusión el joven cainita afeminado, subió á la tribuna y dijo, con palabra tan inspirada que todos se volvieron asombrados de su impiedad:

—¡Benditos sean los no sometidos á Dios! ¡Benditos Caín, Judas, los habitantes de Sodoma y de Jomorra! ¡Bendito sea su hermano, el angel del Infinito y de las Tinieblas!

El obispo Purpuris, al que hacía una hora que no se le dejaba pronunciar una palabra, deseando descargar su corazón, arrojóse sobre el cainita y alzó sobre él su nerviosa mano, «para cerrar los labios del impio».

Fué sujetado.

—¡Padre, eso es indecoroso!

—¡Dejadme! ¡dejadme! No puedo tolerar semejante horror,—gritaba Purpuris rojo de cólera.—¡Toma simiente de Caín!

Y el donatista escupió al rostro del cainita.

Siguió horrible confusión que hubiera degenerado en batalla si los guerreros romanos no hubiesen intervenido. Separaron á los galileos diciendo:

—En este sitio no debéis de comportaros así. ¿No tenéis bastante con vuestras iglesias para reñir?

Se llevaron á Purpuris y quisieron obligarle á salir.

El gritó:

—¡Leona! ¡Diacono Leona!

El diacono rechazó á los soldados, arrojó á dos al suelo, libró á Purpuris y la terrible maza del cir-



cumcelión silbó sobre las cabezas de los heresiarcas.

—¡Gloria á Dios!—rugía el africano buscando una víctima.

De pronto su masa cayó de sus manos debilitadas. Todos estaban petrificados. Un agudo grito dado por uno de los coptos de la profetiza de Pepusa, rompió el silencio.

Arrodillado, el rostro alterado por el terror, señalaba á la tribuna.

—¡El diablo! ¡el diablo! ¡Mirad el demonio!

Sobre la elevación de mármol, sobre la multitud de galileos, con los brazos cruzados sobre el pecho, tranquilo y majestuoso con su clámide blanca, estaba el emperador Juliano. En sus ojos brillaba terrible alegría y á muchos, en aquel momento, el renegado pareció aterrador, maligno y fuerte como el diablo.

—¡De ese modo cumplis la ley del amor, galileos!—dijo á los reunidos azorados.—Ahora comprendo lo que vale vuestra misericordia y vuestro perdon... En verdad, que los animales feroces tienen más conmiseración que vosotros. Para hablar como vuestro Maestro: Desdichados de vosotros, legisladores porque habéis cogido la llave de la casa, no habéis entrado y habéis impedido á los demás que entraran..... ¡Ay de vosotros, fariseos!

Y gozándose en su silencio, añadió, con estrema calma:

—Si no sabéis dirigiros, os lo digo para evitar mayores males, ¡obedecedme galileos, y someteos!

VIII

En el momento en que Juliano saliendo del atrio, bajaba la ancha escalera y se dirigía para hacer el sacrificio al pequeño templo, contiguo al palacio, el templo de Tuhoc, diosa de la felicidad, el anciano obispo Marys, encorvado y cano, se le aproximó. Un niño llevaba al ciego.

Al pie de la escalera se había agrupado la muchedumbre.

El obispo detuvo al emperador con solemne ademán, y dijo:

—¡Oidme, pueblos, tribus, hombres de todas las edades y cuantos estan sobre la tierra! Oidme fuerzas superiores, ángeles que exterminaréis en breve al martirizador!... No es el rey Amorreo el que sucumbirá, ni Ogiges, rey de Tebas, sino la serpiente, el gran espíritu, el asirio sublevado, el enemigo común que crea sobre la tierra un sin fin de amena-



cumcelión silbó sobre las cabezas de los heresiarcas.

—¡Gloria á Dios!—rugía el africano buscando una víctima.

De pronto su masa cayó de sus manos debilitadas. Todos estaban petrificados. Un agudo grito dado por uno de los coptos de la profetiza de Pepusa, rompió el silencio.

Arrodillado, el rostro alterado por el terror, señalaba á la tribuna.

—¡El diablo! ¡el diablo! ¡Mirad el demonio!

Sobre la elevación de mármol, sobre la multitud de galileos, con los brazos cruzados sobre el pecho, tranquilo y majestuoso con su clámide blanca, estaba el emperador Juliano. En sus ojos brillaba terrible alegría y á muchos, en aquel momento, el renegado pareció aterrador, maligno y fuerte como el diablo.

—¡De ese modo cumplis la ley del amor, galileos!—dijo á los reunidos azorados.—Ahora comprendo lo que vale vuestra misericordia y vuestro perdon... En verdad, que los animales feroces tienen más conmiseración que vosotros. Para hablar como vuestro Maestro: Desdichados de vosotros, legisladores porque habéis cogido la llave de la casa, no habéis entrado y habéis impedido á los demás que entraran..... ¡Ay de vosotros, fariseos!

Y gozándose en su silencio, añadió, con estrema calma:

—Si no sabéis dirigiros, os lo digo para evitar mayores males, ¡obedecedme galileos, y someteos!

VIII

En el momento en que Juliano saliendo del atrio, bajaba la ancha escalera y se dirigía para hacer el sacrificio al pequeño templo, contiguo al palacio, el templo de Tuhoc, diosa de la felicidad, el anciano obispo Marys, encorvado y cano, se le aproximó. Un niño llevaba al ciego.

Al pie de la escalera se había agrupado la muchedumbre.

El obispo detuvo al emperador con solemne ademán, y dijo:

—¡Oidme, pueblos, tribus, hombres de todas las edades y cuantos estan sobre la tierra! Oidme fuerzas superiores, ángeles que exterminaréis en breve al martirizador!... No es el rey Amorreo el que sucumbirá, ni Ogiges, rey de Tebas, sino la serpiente, el gran espíritu, el asirio sublevado, el enemigo común que crea sobre la tierra un sin fin de amena-



zas, y de violencias... ¡Oye cielo é inspira á la Tierra! Y tú también, César escucha mi profecía porque ahora Dios está hablando por mi boca!... Tus días están contados. Perecerás muy pronto como el polvo barrido por el huracán, como el silbido de una flecha, como el estruendo del trueno, como el brillo del relámpago. La fuente [de Castalia enmudecerá para siempre, y la gente reirá al pasar por delante de ella; Apolo se convertirá en un idolo sin valor alguno; Dafne en árbol, perdido en la fábula, y la hierba cubrirá los templos derrumbados. ¡Oh abominación de Jennachesib! Así lo predecimos galileos, hombres menospreciados, adoradores del Crucificado, discípulos de los pescadores de Cafanaun ignorantes como nosotros; nosotros debilitados por continuados ayunos, medio muertos que luchamos esterilmente, y que sin embargo os destruirémos. Presentame tus discursos de sofista imperial, tus silogismos y tus antésis. Verás como hablan los pescadores ignorantes.

«David cantará de nuevo, David que con misteriosas piedras derribó á Goliath, venció á otros con la modestia y sanó á Saul con sus armonías, á Saul atormentado por los espíritus malos... gracias te sean dadas Señor... la Iglesia en este día se purificará por la persecución... Vírgenes puras encendidas vuestras antorchas... Revestid al obispo con una hermosa túnica, la túnica de Cristo, nuestro adorno.

El ciego más bien cantó que dijo las últimas frases, como palabras litúrgicas. La multitud emocionada aprobó sus afirmaciones con un murmullo. Uno dijo en alta voz:

—¡Amen!

—¿Has terminado, anciano?—preguntó Juliano con gran calma.

El emperador había escuchado el largo discurso con imperturbable sangre fría, como si no se hablara de él. Únicamente sus labios se habían plegado irónicamente.

—Aquí tienes mis manos verdugo. Átalas. Llévame á la muerte... ¡Señor, acepto tu corona!

El obispo alzó al cielo sus ojos sin vida.

—¿Piensas buen hombre, que te llevaré al suplicio?—dijo Juliano.—Te engañas. Te dejo ir en paz. En mi corazón no hay cólera contra tí...

—¿Qué dice?—se preguntaban todos.

—¡No me seduces! No reniego de Cristo. Márchate, enemigo de la humanidad. ¡Verdugo, llévame á la muerte!... Aquí me tienes.

—Aquí no hay verdugos; no hay más que gente sencilla y buena como tú. Tranquilízate. La existencia es más enojosa y más ordinaria de lo que crees. Te he escuchado con curiosidad como admirador de la elocuencia, aunque sea galilea... De todo había en ella... la abominación de Sennacherib, y el rey de los amorreos, las piedras de David y el gigante Goliath. Vuestros discursos pecan de falta de sensillez. Leed á Demóstenes, á Platón y sobre todo á Homero. Los tres son sencillos como niños ó como dioses. Sí, aprended en ellos la calma grandiosa, galileos... Dios no está en las tempestades, sino en el silencio... Esa es toda mi lección, esa toda mi venganza, puesto que tú la has pedido.



—¡Que Dios te confunda renegado!—dijo Marys.

—El señor en su cólera, aunque á mi me ciegue, no te devolverá á tí la vista,—replicó Juliano.

—Yo doy á Dios gracias por mi ceguera,—exclamó el anciano,—que me impide ver tu maldito rostro, réprobo.

—¡Cuanta maldad en un cuerpo tan debil! Habláis constantemente de humildad, de amor, galileos... y sin embargo cuanto odio destilan todas vuestras palabras. Acabo de salir de la asamblea en donde los Padres en nombre de Dios han estado á punto de destrozarse como fieras, y tú ahora con tu discurso destemplado... ¿Porqué ese odio? ¡Oh! Si supieras cuan indiferente y benévolo es mi corazón en este momento. Te deseo toda suerte de dichas y ruego á los olímpicos que dulcifiquen tu alma cruel y dolorida, ciego. Veté en paz y acuérdate de que no son únicamente los galileos los que saben perdonar.

—¡No lo creáis, hermanos! Es la astucia, la seducción de la serpiente. ¡Dios de Israel, no tengas piedad!

Dejando de prestar atención á los anatemas del anciano, Juliano atravesó por entre la multitud con su túnica blanca alumbrada por los rayos del sol, tranquilo y orgulloso, como un filósofo de la antigüedad.

IX

Noche de tempestad. A raros intervalos un debil rayo de luna filtrábase entre las nubes negras arrebatadas por el viento, y se mezclaba de manera extraña á los centelleos rápidos de los relámpagos. Un viento caliente, impregnado de olores salinos, soplaba con violencia. En la orilla izquierda del Bósforo, un jinete se aproximó á una ruina solitaria. En el tiempo inmemorial de los troyanos, aquella fortificación servía de torre del atalaya. Ya solo quedaban montones de piedras y muros á medio demoler, cubiertos de altas hierbas. Al pie había una habitación pequeña, que servía de refugio á los pastores y á los vagabundos.

Atando su caballo bajo el pórtico desmantelado y habiendo apartado los matorrales del soto, el caballero llamó á una puerta baja:

—¡Soy yo, Meroé... abre!



La egipcia abrió la puerta y le dejó entrar al interior de la torre. El capitán aproximóse á una antorcha que iluminó su semblante; era el emperador Juliano.

Salieron. La vieja, que conocía bien el lugar, conducía á Juliano por la mano.

Apartando las matas de cardos, descubrió una entrada de escasa altura en el hueco de una roca y bajó unos escalones. El mar estaba próximo: el ruido de las olas hacía temblar la tierra; pero los muros de piedra protegían contra el viento. La egipcia se detuvo.

—Aquí tienes, señor, una lámpara y la llave. Darás dos vueltas. La puerta del monasterio está abierta. Si encuentras al hermano guardián no temas; lo he sobornado. Solamente no te equivoques: en el corredor de arriba, la celda trece, á la izquierda.

Juliano abrió la puerta y descendió un buen rato una pendiente rápida con escalones anchos en antigua piedra de talla. En seguida el subterráneo se estrechaba, formando un corredor tan angosto que dos hombres no hubiesen podido pasar de frente. El camino secreto comunicaba la torre del atalaya de la ribera opuesta con el nuevo monasterio cristiano.

Juliano salió muy por encima del mar, entre dos rocas escarpadas, desgastadas por el flujo del mar, y empezó á subir los escaloncillos, tallados en la roca. Llegado á la cumbre, encontró un muro de ladrillo: pero agarrándose á las asperezas, podía

salcarlo y entrar en el jardincito del monasterio. Penetró en un patio de muros tapizados de rosas té, cuyo perfume, en aquella atmósfera pesada, hacía capitoso. Las maderas de una ventana del piso bajo no estaban cerradas por dentro. Juliano las abrió con cuidado y saltó por la ventana. Una bocanada de aire enrarecido le azotó el rostro. Oía á humedad, incienso, ratones, plantas medicinales y manzanas frescas, que las precavidas religiosas guardaban en su depósito.

El emperador atravesó un largo corredor en el que había una doble fila de puertas. Contó hasta la trece con cuidado y la abrió suavemente. Una lámpara de alabastro iluminaba débilmente la celda. Juliano contuvo la respiración.

Una mujer, vestida con la obscura túnica monacal, estaba tendida en un lecho bajo. Debía haberse dormido durante la oración, sin haber tenido tiempo de desnudarse. Sus pestañas hacían sombra en sus lívidas mejillas, y sus cejas estaban fruncidas severa y majestuosamente, como las de los muertos.

Juliano reconoció á Arsinoé. Había cambiado mucho: solamente los cabellos habían permanecido iguales, de un dorado obscuro en la raíz, y en la terminación de amarillo pálido como la miel á los rayos del sol.

Los párpados temblaron, ella suspiró.

Ante los ojos de Juliano perfilábase el soberbio cuerpo de la amazona, inundado de luz, deslumbrante como el marmol dorado del Partinón, y con



amor irresistible, tendiendo los brazos á la religiosa que dormía á la sombra de la cruz negra, Julia no murmuró:

—¡Arsinoé!

La joven abrió los ojos, miróle sin asombro y sin temor, como si hubiera sabido que vendría. Pero volviendo en sí, se estremeció y pasóse la mano por la frente.

Juliano aproximóse á ella.

—Nada temas. Dí una palabra y me marcharé.

—¿Por qué has venido?

—Quería saber si verdaderamente...

—¿Qué importa, Juliano? No nos entendemos.

—¿Crees verdaderamente en «El» Arsinoé?

Ella no respondió y bajó los ojos.

—¿Te acuerdas de aquella noche en Atenas?— continuó el emperador...—¿Te acuerdas como me tentaste á mí, monje galileo, como te tiento ahora yo mismo?... La antigua soberbia, la antigua fuerza, se ven aún en tu rostro, Arsinoé, ¡y no la humildad esclava de los galileos! ¡Dime la verdad!

—Quiero el poder,—dijo ella en voz baja.

—¡El poder! Entonces ¿te acuerdas todavía de nuestra alianza?—exclamó Juliano gozoso.

Arsinoé meneó la cabeza con triste sonrisa.

—¡Oh, nó!... El poder sobre las personas no vale la pena. ¡Tu mismo lo sabes!

—¿Y por ese motivo te vas al desierto?

—Sí... y por la libertad.

—¡Arsinoé! como en otro tiempo; ¡te amas solamente á tí misma!

—Quisiera amar á los otros también, como Él lo manda; pero no puedo. ¡Los detesto y me detesto!

—¡Entonces, vale más no vivir!

—Hay que vencerse,—dijo Arsinoé lentamente.

—Hay que vencerse, no sólo en el disgusto de la muerte, sinó también en el de la vida, lo que es bastante difícil, porque una vida como la mía, es mucho más terrible que la muerte. Pero si consigue uno vencerse hasta el fin, la vida y la muerte se hacen indiferentes, ¡y alcanza uno la gran libertad!

Sus finas cejas se fruncían en una arruga de indomable voluntad. Juliano la contemplaba con desesperación.

—¿Qué han hecho de tí?—murmuraba.—Todos vosotros sois verdugos y mártires. ¿Por qué os atormentáis? ¿No ves que en tu alma no hay más que odio y desesperación?

Arsinoé fijó en él una mirada llena de cólera.

—¿Por qué has venido? No te he llamado. ¡Vete!... ¿Qué me importa lo que piensas? Bastante tengo con mis pensamientos y mis sufrimientos. Hay entre nosotros un abismo que los vivos no deben franquear. Dices que no creo... ¡Pero precisamente por este motivo me detesto! No creo, pero quiero creer, ¿entiendes? Quiero y creeré. Me haré fuerza. Atormentaré mi carne, la desecaré por el hambre y la sed, la haré más insensible que las piedras. Domaré mi inteligencia, la mataré, porque es el diablo y es más seductor que todos los deseos. Esta será mi última victoria, la más hermosa, porque me liber-



tará. Entonces veré si algo se sublevará en mí y dirá «No creo!»

Tendió sus manos juntas al cielo con ademán suplicante:

—¡Señor, ten piedad de mí! Señor, ¿Dónde estás? ¡Oyeme y perdóname!

Juliano arrodillóse ante ella, la abrazó, la atrajo hacia sí y sus ojos brillaron triunfantes.

—¡Oh, joven: ahora veo que no has podido abandonarnos! ¡Has querido y no has podido! ¡Ven, ven en seguida conmigo! ¡Mañana serás la esposa del emperador romano, la dueña del mundo! ¡Estoy aquí como un ladrón, saldré como un león con mi presa! ¡Que victoria sobre los galileos! ¿Quién podrá detenernos? ¡Lo osaremos todo, seremos semejantes á los dioses!

El semblante de Arsinoé se puso triste y tranquilo: miró á Juliano con compasión, sin rechazarle.

—¡Desgraciado!... ¡Eres desgraciado como yo! Tú mismo no sabes á donde quieres conducirme. ¿Con quién cuentas? Tus dioses han muerto. ¡Yo huyo al desierto, lejos de esta contaminación, lejos de esta podredumbre! Déjame... No puedo ayudarte en nada... Márchate...

La cólera y la pasión brillaron en los ojos de Juliano. Pero ya más tranquilo, con una compasión tal, que á él se le estremeció y heló el corazón, como bajo el golpe de una ofensa mortal.

Arsinoé dijo:

—¿Por qué te ilusionas? ¿No eres indeciso, perecedero, como todos nosotros? Piensa: ¿qué quieren

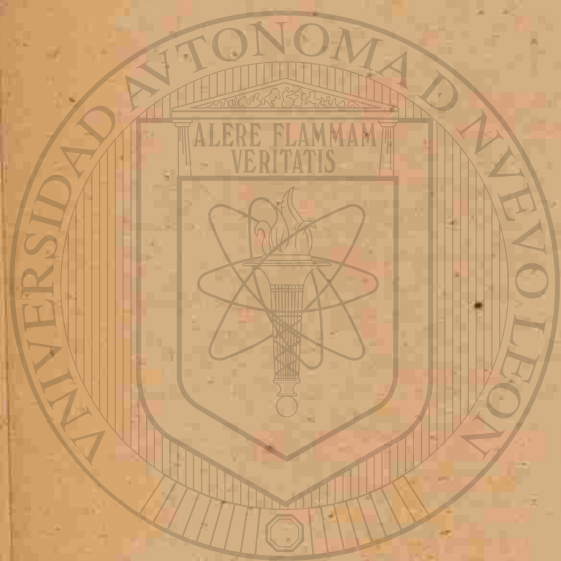
decir tu caridad, tus casas hospitalarias y tus discursos de sacrificador? ¡Todo ésto es nuevo, desconocido para los antiguos héroes de la Helade! ¡Juliano, Juliano! ¿Son tus dioses los antiguos olímpicos, luminosos é inclementes, niños terribles del cielo, regocijándose con la sangre y los sufrimientos de los mortales? ¡La sangre y los sufrimientos de los humanos, era el néctar de los antiguos dioses! Los, tuyos, seducidos por la fe de los pescadores de Cafarnaun, son débiles, humildes, enfermos, se mueren de compasión hacia los hombres... ¡Pero esa compasión es mortal para los dioses!... Sí,—continuó implacable;—¡estáis enfermos, sois demasiado débiles para vuestra sabiduría! Ese es vuestro castigo, helenistas tardíos. No tenéis fuerza ni para el bien ni para el mal. No sois ni el día ni la noche, ni la vida ni la muerte. Vuestro corazón está aquí y allí; habéis abandonado una orilla y no podéis llegar á la otra. Creéis y no creéis: hacéis traición siempre; dudáis siempre; queréis y no queréis, porque no sabéis querer. Solamente son fuertes los que al ver una verdad son ciegos para las demás. ¡Nos vencerán á nosotros, sabios y débiles!

Juliano levantó la cabeza con un esfuerzo, como al salir de un mal sueño, y dijo:

—¡Eres injusta, Arsonié! Mi alma no conoce el miedo y mi voluntad es inflexible. Las fuerzas del destino me conducen. Si mi destino es morir demasiado pronto—y lo sé—¡á los ojos de los dioses mi muerte será soberbia!

¡Adiós! Me marcho sin ira, triste y tranquilo, porque ahora... ¡estás muerta para mí!





---

X

Por encima del pórtico del hospicio de Apolo, destinado á los pobres, á los peregrinos y á los tullidos, sobre el frontón de mármol, destacábase en griego este verso de Homero:

Todos descendemos de Zeus  
pobres, peregrinos, ¡Doy poco, pero con amor!

El emperador penetró bajo los pórticos interiores. Una elegante columnata jónica rodeaba el patio. Aquel hospicio había sido en otro tiempo una palestra. La tarde era apacible y clara. El sol no se había puesto aún; pero de los pórticos de las habitaciones interiores soplaba una pesada atmósfera.

Allí, juntamente amontonados, se arrastraban los niños y los viejos, los cristianos y los paganos, los



enfermos y los sanos, tullidos, monstruos, anémicos, hidrópicos, gastados por la consunción, llevando todos en sus caras el sello de todos los vicios y de todos los sufrimientos.

Una vieja medio desnuda, de piel apergaminada, semejante á las hojas secas, frotábase la espalda llena de pústulas contra el terso mármol de las columnas.

En medio del patio se levantaba la estatua Apolo Pítico, con el arco en la mano y el cárcaj á la espalda.

Al pie de la estatua estaba sentado un monstruo arrugado, ni niño ni viejo; con los brazos rodeaba las rodillas, la cabeza reposaba sobre el hombro; balanceábase de derecha á izquierda, y con aire estúpido cantaba siempre la misma melopea:

«¡Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros condenados!»

Por último, apareció el inspector principal, Marco Ausonio, pálido y tembloroso.

—Muy sabio y muy misericordioso César, ¿no te dignarás venir á mi casa? La atmósfera es perjudicial aquí... y hay enfermedades contagiosas.

—No, no temo nada. ¿Eres el inspector?

Ausonio, conteniendo la respiración para no aspirar el aire viciado, hizo una profunda reverencia.

—¿Se distribuye todos los días el pan y el vino?

—Sí, como lo has ordenado, divino Augusto.

—¿Qué suciedad!

—Son los galileos. ¡Lavarse para ellos es un pecado!

—Imposible; haced que se bañen.

Y luego:

—Haced traer los libros de cuentas,—ordenó Juliano.

El inspector cayó de rodillas, y durante largo rato no pudo proferir palabra; por último, balbuceó:

—¡Señor!... todo está en orden... pero una desgracia... los libros se han quemado.

El emperador se puso sombrío. En aquel momento, de entre la multitud de enfermos, salieron gritos:

—¡Un milagro... un milagro!... ¡Mirad! El parálitico se levanta...

Volvióse Juliano y vió á un hombre de elevada talla, loco de alegría, que le tendía las manos, con inocente fe en la mirada.

—¡Creo, creo!—decía el parálitico.—¡Creo que no eres un hombre, sino un dios descendido á la tierra! ¡Tócame, cúrame, César!

—¡Qué milagro tan maravilloso!—decían triunfalmente los enfermos.

—¡Gloria al emperador! ¡Gloria á Apolo el curador!

—Ven á mí, ven á mí!—decían los desgraciados.

—¡Dí una palabra y me curaré!

El sol poniente deslizóse por la puerta abierta y se posó, con suave reflejo, sobre la cara de mármol de Apolo. Juliano miró al dios, y por primera vez todo que se hacía en el hospicio le pareció sacrilego. Los claros ojos del dios olímpico no debían ver



más, todas aquellas monstruosidades. Juliano sintió nacer en él el deseo de purificar la antigua palestra, de desocuparla de toda aquella laceria galilea y pagana, de todo aquel estiércol humano y apesotado. ¡Eh, si el dios antiguo hubiese resucitado, cómo hubieran lanzado rayos sus ojos, cómo sus flechas hubieran silbado á aquellos enfermos y á aquellos paralíticos, purificando aquel aire viciado!

Juliano abandonó rápidamente el hospicio de Apolo, olvidando hasta los libros de cuentas de Ansonio. El emperador había adivinado que el informe era justo, que el inspector principal era un concusionario; pero habianse apoderado de su corazón una fatiga y un asco tales, que no tuvo valor de profundizar más en aquellas villanías y confrontarlas.

Era demasiado tarde cuando volvió al palacio.

Dió orden de no recibir á nadie, y retiróse á la terraza que dominaba el Bósforo.

Todo el día se pasó en enojosos asuntos de poca importancia, discusiones de cancillería y comprobaciones de contabilidad.

Se descubrieron gran numero de concusiones, y permitieron al emperador notar que hasta sus mejores amigos le engañaban. Todos aquellos filósofos, aquellos retóricos, aquellos poetas y aquellos panegiristas robaban al tesoro, como los eunucos y los obispos cristianos en el reinado de Constantino.

Las casas hospitalarias, los refugios de los filóso-

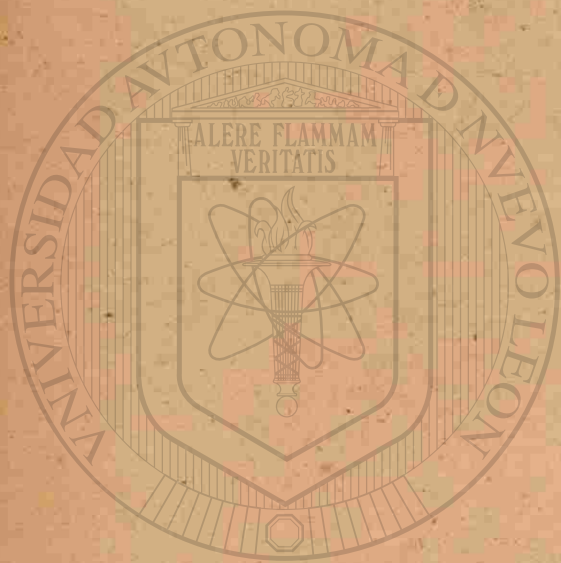
fos, los hospicios de Apolo y de Afrodita, eran otros tantos pretextos para que ganaran las gentes hábiles, tanto más cuanto que no solamente á los galileos, sino también á los paganos, parecían un capricho chusco y sacrilego de César.

Juliano sentía gemir el cuerpo bajo la pesada y estéril fatiga. Apagando la lámpara, tendióse en su lecho de campaña.

—Hay que reflexionar en el silencio y la tranquilidad,—se dijo contemplando el cielo nocturno.

Pero no estaba dispuesto para meditar. Una enorme estrella brillaba en el éter oscuro, y Juliano, á través de sus párpados entornados, veía su luz que penetraba hasta su corazón, como una fría caricia.





En la gran Antioquia, capital de Siria, en un callejón cercano de Singon, la calle principal, estaban los soberbios baños calientes, llamados Termas.

Estos baños estaban de moda y su precio era elevado; muchos clientes acudían á ellos para enterarse de las últimas noticias.

Entre el *apodyterium* (pieza para desnudarse) y el *frigidarium* (salón de descanso), había una hermosa sala, con pavimento de mosaico y paredes de mármol, destinada á provocar copioso sudor: se denominaba *sudatorium* ó *laconicum*.<sup>®</sup>

De las salas contiguas llegaban los ruidos producidos por los abundantes surtidores de agua, que caía en enormes pilas, y las risas de los bañistas. Esclavos desnudos corrían atropellándose, y destacaban ánforas de aromas.



En Antioquia se consideraban los baños no como una diversión, ni como cosa indispensable, sino como el principal encanto de la vida, un acto variado.

La capital de Siria estaba reputada en todo el mundo por la abundancia, el gusto exquisito y la pureza de sus aguas. Un baño ó un cubo lleno parecía vacío, tal era la transparencia de las aguas de los acueductos de Antioquia.

A través de las calientes y lechosas nubes de vapor del sudatorium, se veían los cuerpos rojos y desnudos de los notables de Antioquia.

Unos estaban semi acostados, otros sentados; algunos se hacían frotar con aceite; todos hablaban gravemente y transpiraban, entregándose con gran seriedad á aquel arte en moda. La belleza de las estatuas antiguas colocadas en los nichos, Antínoo y Adonis, hacían más patente la fealdad de los cuerpos vivos.

De los baños calientes salía un obeso anciano, majestuoso á pesar de su deformidad, el comerciante Bouziris, que acaparaba todas las ventas del trigo de Antioquia.

Un joven robusto le sostenía respetuosamente por los brazos. Aunque los dos estaban desnudos, se advertía desde luego cuál de ellos era el patrón y cuál el cliente.

—¡Da vapor!— ordenó Bouziris, con su voz ronca.

Por la profundidad de su sonido se podía calcular el número prodigioso de millones que poseía el comerciante,

Abiertos dos grifos de metal, el vapor caliente se escapó silbando, envolviendo al comerciante en espesa niebla. Como un dios monstruoso en apoteosis, permanecía en medio de la blanca nube, y con sus gruesas manos golpeábase el vientre rojo y carnoso, al que arrancaba sonidos de tambor.

También allí presidía, sentado sobre los talones, el inspector del hospicio de Apolo, Marco Ausonio. Pequeño, delgado, junto á la masa grasienta del comerciante, parecía un pollito desplumado y yerto.

El burlón Julio Mavrico no lograba hacer nadar su cuerpo nervioso, seco como su pelo y saturado de bilis.

Garguilo estaba echado sobre el pavimento de mosaico, repleto, gastado y blando como gelatina; enorme como un puerco. Un esclavo pafajonio, ahogándose en aquella atmósfera, le frotaba la espalda hinchada con un pedazo de paño humedecido.

El poeta, ya enriquecido, Publo Porfiro contemplaba melancólicamente sus piernas deformadas por la gota.

—¿Conocéis, amigos míos,—preguntaba,—la misiva de los toros blancos al emperador romano?

—No. Cuenta.

—Sólo una línea. «Si vences á los persas estamos perdidos».

—¿Eso es todo?

—¿Qué más queréis?

El cuerpo de Garguilo se retorció de risa.



—¡Por Palas! es corto y terminante. Si el emperador vuelve triunfante de Persia ofrecerá en sacrificio á los olímpicos tal cantidad de toros blancos, que estos animales escasearán más que el buey Apis!... ¡Esclavo! ¡los riñones! ¡Frota los riñones! ¡Más fuerte!

Y se revolcaba sobre el mosaico, produciendo ruido igual que si se arrojara con fuerza al suelo un fardo de ropa mojada.

—¡Je! ¡je! ¡je!—reía Junio.—Se dice que de la isla Taprobana, en las Indias, se ha enviado considerable cantidad de pájaros blancos, muy raros. Y de Esciticia enormes cisnes salvajes. ¡Todo para los dioses! El emperador romano engorda á los olímpicos. Verdad es que desde Constantino aquí han podido pasar hambre.

—¡Los dioses se hartan!—exclamó Garguilo,—y nosotros ayunamos. Tres días hace que no se encuentra en el mercado un faisán aceptable de Colquida, ni un solo pescado que se pueda comer.

—¡Es un mamoncillo!—añadió el comerciante de trigo.

Todos se volvieron respetuosamente.

—¡Es un mamoncillo!—repitió Bouziris.—Apuesto á que si se le apretara la punta de la nariz á vuestro César romano, brotaría leche como á los nenes de dos semanas!... ¡Ha querido bajar el precio del pan, ha prohibido que se venda al precio que nosotros habíamos marcado! Ha hecho venir de Egipto cuatrocientas mil medidas de trigo...

—¿Y habéis bajado el precio?

—Veréis. He excitado á los comerciantes y han cerrado los almacenes. Es preferible que se pudra el trigo á dejarse dominar. Han comido trigo de Egipto. Nosotros nos guardamos el nuestro. El que ha amasado la pasta que la coma.

Bouziris golpeó triunfalmente su vientre con la palma de la mano.

—¡Basta de vapor! ¡Vuelca!

Y el corpulento esclavo de largos cabellos que se parecía á Antinoo, volcó sobre la cabeza del comerciante una fina ánfora que contenía preciosa acacia de Arabia. El aromático líquido corrió por su cuerpo coloradote, todavía sudoroso; Bouziris lucía satisfecho las espesas gotas olorosas. Después enjugaba sus dedos carnosos en la cabellera dorada del esclavo, que inclinaba la cabeza con respeto.

—Tu gracia ha observado atinadamente que el emperador no es más que un chiquillo,—dijo casi haciendo un profundo saludo el cliente parásito.

Recientemente ha publicado un libelo aludiendo á los habitantes de Antroquia é intulado: *El que aborrece la barba...* en el que contestando á las injurias del populacho, dice:

—¿Os reis de mi aspecto ordinario, de mi barba? Reios cuanto gustéis. También yo me río de mí. No he menester de juicios ni de informes, ni de prisiones ni de súplicas. ¿Es esto digno de un emperador romano?

—El César Constancio, de piadosa memoria,—dijo con afectación Bouziris,—no puede ser comparado con Juliano. En sus vestidos, en sus ademanes,



se veía en seguida al César. Y éste, ¡Dios me perdone! no es sino un aborto de los dioses, un mono cojo, un oso patizambo que corretea calles sin afeitarse, sin peinarse ni lavarse y con los dedos llenos de manchas de tinta. Cuando se le ve da un vuelco el corazón... Los libros, la erudición, la filosofía... ¡Espera, ya te haremos pagar caro todo eso! Con el pueblo no se puede andar con burlas. Hay que sujetarlo con mano firme. Si se le suelta ya no hay modo de volverlo á cojer...

Marco Ausonio, que hasta entonces había guardado silencio, murmuró pensativo:

—Todo se le puede perdonar; ¿pero por qué nos arrebatara el último placer de la vida, el circo, los combates de gladiadores? Amigos míos, la vista de la sangre procura y procurará siempre á los hombres inefable placer. Es una alegría secreta y misteriosa. No hay verdadera alegría sin sangre, y sin ella es imposible la grandeza en la tierra. ¡El olor de sangre es olor de Roma!

El último vástago de los Ausonios echó sobre sus oyentes una mirada cándida, y sus ojos tan pronto parecían de viejo como infantiles.

El cuerpo hinchado de Garguilo se movió sobre el pavimento; alzando la cabeza miró á Ausonio.

—Bien,—dijo;—¡olor de sangre olor de Roma!... Continúa Marco, hoy estás inspirado.

—Digo lo que siento, amigos míos. La sangre es tan agradable á los hombres, que ni los mismos cristianos han podido prescindir de ella. ¡Quieren purificar el mundo con sangre! Juliano comete una

gran falta. Quitando el circo al pueblo le suprime el placer sanguinario. El populacho lo hubiera perdonado todo, mas esto no lo perdonará.

Marco pronunció solemnemente las últimas palabras; después, de repente, deslizó su mano por la espalda y su rostro se iluminó.

—¿Transpiras?— le preguntó Garguilo.

—Sí,—respondió Ausonio con sonrisa satisfecha.

—¡Frota! ¡frota! ¡esclavo, frota!

Se acostó. El bañero se vió obligado á frotar los pobres miembros anémicos, azulados como los de un muerto.

Desde los nichos de pórfido, á través de la nube lechosa de vapor, las esbeltas esculturas helénicas de los antiguos tiempos miraban con desprecio los cuerpos disformes de los vivos.

Entretanto en el callejón, á la entrada de las Termas, la muchedumbre se agrupaba.

Por la noche en Antioquia brillaban miles de luces, especialmente en el Singón, la calle principal, larga y recta, que atravesaba la ciudad en un recorrido de treinta y seis estadios, con pórticos y una doble serie de columnas.

El populacho bromeaba á costa del emperador; los muchachos se mezclaban con los grupos cantando anapestos satíricos; una vieja cogió á uno de los granujillas, y levantándole la camisa, le vapuleó de lo lindo con la suela de la sandalia.

—¡Toma! ¡toma! para que aprendas á cantar cosas indecentes.

El pillete gritaba con todas sus fuerzas.



Otro, encaramado en la espalda de un compañero, dibujaba en la blanca pared con un pedazo de carbón, un cabrón de larga barba y con diadema imperial, al propio tiempo que un tercero escribía debajo con grandes letras:

«Este es el impío Juliano»

y procurando hacer su voz recia, gritaba:

¡El carnicero viene  
con un enorme cuchillo!

Un anciano que pasaba, vestido de cuerpo con hábito eclesiástico se detuvo, escuchó al pillete, y moviendo la cabeza, murmuró mirando al cielo:

—De la boca de los niños sale verdad. ¿No se vivía mejor con Kappa y Khi?

—¿Qué quieres decir con ese Kappa y Khi?

—¿No lo entiendes? La letra griega Kappa (K), comienza el nombre de Constancio y Khi (K), es la inicial de Cristo. Quiero decir, por tanto, que Constancio y Cristo no han hecho ningún daño á Antioquia, mientras los filósofos...

—Es verdad. Se vivía mejor con Kappa y Khi.

Un borracho que sorprendió este coloquio se apresuró á repetirlo en todas las calles.

Esta broma debía dar la vuelta á Antioquia, y agradó al pueblo por su falta absoluta de sentido.

Mayor animación reinaba todavía en la taberna situada en frente de las Termas, de la que era due-

ño el armenio Syrax, quien hacía años que había trasladado su comercio de Cesárea á Antioquia.

De los pellejos inflados, de las enormes ánforas, el vino corría á mares en las copas de estaño.

Allí, como en todas partes, se hablaba del emperador.

El diminuto soldado sirio Estrombix, el mismo que había tomado parte en la campaña de Juliano contra los bárbaros de las Galias, se distinguía por su elocuencia especial. A su lado estaba su fiel compañero y amigo, el gigante sarmata Aragaris. Estrombix estaba satisfecho como el pez en el agua, porque adoraba los motines y las rebeliones.

Se apercibía para pronunciar un discurso.

Una vieja, trapera, acababa de recojer una noticia sensacional.

—Hemos perdido por completo... El Señor nos ha castigado... Una vecina me dijo ayer una cosa que al principio no quise creer...

—Habla, habla...

—En Gaza, amigos míos, los paganos se han apoderado de un monasterio de mujeres. Han hecho salir á las religiosas, las han atado á postes en la plaza pública, las han fustigado cruelmente hasta matarlas, y después de mezclar sus intestinos aún calientes con cebada, los han arrojado á los puercos.

—Yo mismo he visto,—añadió un joven tejedor—en Hieropolis á un pagano comer hígado de un diácono muerto.

—¡Qué abominación!—murmuraron los oyentes santiguándose.



Ayudado por Aragaris, Estrombix se encaramó á la mesa pegajosa de suciedad y vino, y adoptando actitud de orador se dirigió á la concurrencia mientras Aragaris le contemplaba orgulloso.

—¡Ciudadanos!—dijo—¿hasta cuándo esperaremos para sublevarnos? ¿Sabéis que Juliano ha jurado para si vuelve vencedor de Persia reunir á los santos defensores de la Iglesia y arrojarlos como pasto á las fieras en el anfiteatro? Transformar los pórticos de las basílicas en graneros y el interior de las iglesias en cuadras.

Un viejo jorobado, lívido de miedo rodó por la taberna: era el marido de la trapera, un vidriero. Puesto en pie se golpeó las piernas con desesperación, miró á los allí reunidos y balbuceó:

—¡Qué tragin!... Hay doscientos cadáveres en los pozos y en las alcantarillas.

—¿Dónde? ¿Qué cadáveres?

—¡Más bajo! ¡más bajo!—murmuró el vidriero.—Se asegura que el Renegado busca hace tiempo sus adivinaciones en el interior de los cuerpos vivos, todo para guerrear contra los persas y acabar con los cristianos.

Y ahogándose de satisfacción dijo en voz muy baja:

—En las cuevas del palacio de Antioquia se han hallado cajas con huesos humanos y en la ciudad de Karra, cerca de Edessa los cristianos han encontrado en un templo subterráneo el cadáver de una mujer embarazada, colgada por los cabellos y con el vientre abierto... Juliano quiso consultar el hígado del niño para su maldita guerra.

—¡Eh, Glauturio! ¿Es cierto que se han encontrado huesos humanos en las cloacas? Tú debes saberlo,—preguntó un zapatero gran escéptico.

Glauturio, el limpiaóor de cloacas estaba cerca de la puerta no atreviéndose á entrar por que se encontraba indispuerto. Cuando se le hizo esta pregunta empezó según su costumbre por sonreír tímidamente y á guñar sus párpados inflamados.

—No, respetables amigos,—respondió con humildad.—Se han encontrado algunos fetos y esqueletos de asnos ó de camellos; pero todavía no he visto un solo cadaver de hombre ni de mujer.

Cuando Estrombix reanudó su discurso, el limpiaor de cloacas le miró con admiración y le escuchó religiosamente frotando su pierna desnuda contra el marco de la puerta.

—Hombres, hermanos—exclamó el orador con entusiasmo,—venguémonos. Muramos como los antiguos romanos!

—Es inútil que te destroces la garganta,—dijo burlonamente el zapatero.—Cuando llegara el momento tú serías el primero en escapar y aconsejas á los demás que vayan á morir.

—¡Sois unos cobardes!—dijo mezclándose en la conversación una mujer llena de afeites, vestida con un pobre traje abigarrado, cortesana de callejón, llamada por sus admiradores la Loba.—¿Sabéis—siguió diciendo indignada—lo que respondieron á sus verdugos los santos mártires Mevedonio, Teodulo y Terciano?

—No, que hable la Loba.



—Yo misma lo he oído. En Mirra, en Frigia, tres jóvenes Macedonio, Teodulo y Terciano habían entrado de noche en un templo nelénico y habían destruido los ídolos por la gloria de Dios. El proconsul Amaquio les hizo prender, colocar en parrillas y ordenó que se encendiera fuego debajo. Los tres mártires decían: «Si quieres, Amaquio, probar carne cocida vuélvenos del otro lado para que no quedemos á medio cocer.» Y los tres reían y escupían al rostro del proconsul, y se vió un ángel descender con las tres coronas. Vosotros no hubiérais hablado así... Tenéis demasiado cariño al pellejo. Sólo al veros se pierde todo el entusiasmo.

La Loba se volvió despreciativa.

En la calle se oyeron gritos.

—Tal vez se están destruyendo los ídolos—dijo alegremente el zapatero.

—¡Adelante ciudadanos! Seguidme—exclamó Estrombix gesticulando.

Al querer bajar se escurrió y hubiera caído sin el pronto auxilio de Aragaris.

Todos corrieron hacia la puerta. Muchedumbre enorme avanzaba por la calle principal y llenando el angosto callejón se detenía ante las Termas.

—¡El viejo Pamva! ¡el viejo Pamva!—decían los necios.—Viene del desierto á aliviar al pueblo, á derribar á los grandes y á salvar á los humildes!

---

XII

El anciano, tenía un rostro vulgar de anchos pómulos y velludo. Un saco de tela todo remendado reemplazaba la túnica, y una piel de carnero con un capuchón le servía de clámide.

Hacia veinte años, que Pamva no se había lavado, considerando la limpieza como un pecado y creyendo que existía un diablo especial que presidía á los cuidados corporales. Vivía en un horrible desierto—Bereis de Calibona—al este de Antioquia, donde las serpientes y los escorpiones llenaban el fondo de los pozos sin agua. Habitaba en un estanque llamado en siriaco «kubba», se alimentaba con cinco tallos de caña harinosa y dulce y había estado á punto de morir de inanición. Sus discípulos, con cuerdas, le bajaban el alimento. Durante siete años, vivió con media medida de lentejas cocidas con agua. Su vista se debilitó, su piel



cubriase de sarna y de tiña. Añadió un poco de aceite á las lentejas, pero se acusó de gastrolatría.

Pamva, sabiendo por sus discípulos que el emperador Juliano, el feroz Anticristo, perseguía á los cristianos, abandonó su retiro y fué á Antioquía á sostener á los creyentes que vacilaban.

—¡Oid... oid... que va á hablar!

Pamva subió la escalera de las Termas y se detuvo en el ancho rellano. Sus ojos brillaban con fuego mortecino. Estendió los brazos, señalando al populacho los palacios, los templos paganos, las termas, las tiendas, el Tribunal de justicia y los monumentos de Antioquía.

—No quedará ni una piedra aquí. Todo será derribado, todo desaparecerá. El fuego sagrado devorará el universo. Los cielos se desplomarán como un palacio quemado. Ese será el terrible juicio de Cristo, el espectáculo no imaginado. ¿A dónde volveré mis miradas? ¿Qué admiraré sino los gemidos de los reyes precipitados en las tinieblas, el terror de la diosa del amor, Afrodita, temblando en su desnudez delante del Crucificado, la huida de Júpiter y de todos los dioses olímpicos entre los rayos del Altísimo... ¡Triunfad, mártires! ¡Regocijáos, perseguidos! ¿Dónde están vuestros jueces, procónsules romanos? ¡Helos allí, envueltos en las llamas más terribles que aquellas en que quemaban á los cristianos! Los filósofos, tan orgullosos de su frívola sabiduría, enrojecerán de vergüenza ante sus discípulos precipitados en la gehema y no los sal-

varán ni los silogismos de Aristóteles ni las demostraciones de Platón.

Y los comediantes rugirán como jamás han gritado en ninguna tragedia los protagonistas de Sófocles y de Esquilo...

Esos volatineros, en el fuego del infierno, saltarán aún con mayor rapidez. Entonces, nosotros, hombres toscos é ignorantes, nos regocijaremos y diremos á los fuertes, á los sabios y á los orgullosos. «Mirad, he aquí el Crucificado, el hijo del carpintero y de la jornalera; he aquí el rey de Judea vestido de púrpura y coronado de espinas. He aquí el violador del Sábado, el samaritano poseído del demonio. He aquí aquel al que vosotros habéis atado en vuestro pretorio, al que habéis escupido á la cara, al que habéis dado á beber hiel y vinagre. Y oiremos que nos responden lloros y crugir de dientes; y nosotros nos reiremos y henchiremos de júbilo nuestro corazón. ¡Ven, ven señor Jesús!

Gluturio, el limpiador de cloacas, cayó de rodillas, y guiñando sus párpados hinchados, como si hubiera visto descender á Cristo tendió sus brazos hacia delante. El fundidor de metales apretaba los puños recojido sobre sí mismo, como un toro pronto á embestir. El lívido tejedor, temblándole todos los miembros, sonreía estúpidamente y murmuraba:

«¡Señor, dignate hacerme sufrir!»

Las caras bestiales de los vagabundos y de los obreros expresaban el triunfo malévolo de los débiles sobre los fuertes, de los esclavos sobre sus señores. La Loba enseñaba sus dientes, reía silenciosa.



mente, y una invencible sed de venganza centelleaba en sus ojos ebrios y feroces.

De repente resonó el traqueteo de las armas y el pesado paso de los caballos: los legionarios romanos, la guardia nocturna, doblaron la esquina de la callejuela. A su cabeza iba el prefecto Salustio Segundo; de nariz aguleña, ancha frente despejada y de mirada benévola, tranquila é inteligente. Llevaba el laticlave de los senadores y su persona respiraba la confianza en sí mismo y la nobleza de los antiguos patricios. Por encima de la lejana techumbre del Panteón erigido por Antíoco Seleuco, se elevaba lentamente la luna enorme y rojiza, cuyos rayos se reflejaban en los escudos y las corazas.

—¡Dispersáos ciudadanos!—dijo Salustio, dirigiéndose á la multitud.—Por orden del divino Augusto, las asambleas nocturnas están prohibidas en las calles de Antioquía.

El populacho murmuró irritado. Los chicuelos silbaron, y una voz descarada cantó:

¡Ay de los gallos blancos,

Ay de los blancos toros!

¡Todos los matará el emperador, adios!

¡Para ofrecerlos á su abominable dios!

Resonó un amenazador ruido de armas; los legionarios romanos desenvainaron las espadas, pronto á lanzarse sobre la muchedumbre. El viejo Pamva golpeó con su bastón las losas de mármol y gritó:

—¡Salud, valeroso ejército de Satán! ¡Salud muy sabio dignatario romano! Probablemente os habéis acordado de los tiempos en que nos quemábais y en que rogábamos á Dios por la salud de vuestras almas condenadas! ¡Pues bien, sed bienvenidos!

Los legionarios levantaron las espadas: pero el prefecto con un gesto los detuvo. Veía que la muchedumbre estaba en contra de Pamva.

—¿De qué nos amenazáis, estúpidos?—continuó Pamva dirigiéndose á Salustio.—¿Qué podéis? Nos basta una noche negra y dos ó tres antorchas para vengarnos. Teméis á los almeanes y á los persas. Somos más terribles que ellos. Estamos en todas partes; entre vosotros, innumerables, sin que se nos pueda cojer.

No tenemos límites; no tenemos patria; no reconocemos más que una república, la república universal. Somos de ayer y ya llenamos el mundo; vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestras islas, vuestros municipios, vuestros consejos, vuestros campos, vuestros palacios, vuestro senado, vuestro foro: os dejamos vuestros templos... ¡Oh, cómo os hubiéramos destruido sin nuestra humildad, nuestra fraternidad, si no prefiriéramos mejor morir que matar!...

No hace falta ni cuchilla ni fuego: somos tan numerosos que basta que nos alejemos todos para que perezcaís. Vuestras ciudades se despoblarían, os aterrariais de vuestra soledad del silencio del universo.

Todas las miradas estaban fijas sobre Pamva; na-



die vió un hombre vestido con una vieja clámide de filósofo errante, de rostro flaco y amarillo, cabellos rizados, larga barba negra, seguido de algunos compañeros, atravesar apresuradamente las líneas de los legionarios, que se apartaron respetuosamente ante él. Se inclinó hacia el prefecto Salustio y murmuró:

—¿Qué esperas?

—Se dispersarán tal vez por sí mismos;—respondió Salustio.—Los galileos tienen ya demasiado mártires para que les hagamos otros nuevos. Vuelan á la muerte como abejas á la miel.

El hombre de hábito de filósofo se adelantó, y gritó con voz clara, como un capitán habituado al mando:

—¡Dispersad á la muchedumbre! ¡Apoderáos de los directores!

Todo el mundo se volvió y oyóse un grito de espanto.

—¡Augusto, Augusto, Juliano!

Los guerreros se lanzaron con las espadas desnudas. Derribaron á la vieja trapera que se defendía arrastrándose bajo los pies de los legionarios. Muchos huyeron y Estrombix el primero, aprovechándose de la confusión general. Las piedras silbaron; el fundidor, defendiendo al viejo Pamva, lanzó una gran piedra contra un legionario, y dió á la Loba, que cayó dando un grito, inundada de sangre y convencida de que moría mártir.

Un legionario agarró á Gluturio. Pero el limpiador de cloacas se entregó tan fácilmente, la pers-

pectiva de hacerse mártir, admirado de todos, le parecía muy envidiable en comparación de su resistencia, y sus harapos despedían tan mal olor, que el legionario, con repugnancia, dejó en seguida á su prisionero.

En medio de la muchedumbre, con su asno cargado de coles, se encontraba por casualidad un conductor jardinero. Todo el tiempo, con la boca abierta, había escuchado al viejo Pamva. Notando el peligro, quiso, huir, pero su asno se obstinó. En vano el conductor le golpeaba con el palo: apuntado en las patas delanteras, con las orejas echadas para atrás y la cola levantada, el animal rebuznaba de un modo ensordecedor.

Y durante mucho tiempo aquel grito dominó, triunfante y estúpido, ahogando los ronquidos de los moribundos, los juramentos de los soldados y las oraciones de los galileos. Oribazy, hallándose entre los compañeros de Juliano, aproximóse al emperador.

—Juliano, ¿qué haces? ¿Es esto digno de tu sabiduría?...

El emperador le miró severo y Oribazy se calló, sin atreverse á terminar la frase. Juliano, no solamente había cambiado, sino también envejecido en los últimos tiempos; su rostro adelgazado tenía la expresión triste y terrible que tienen las personas atacadas de una larga é incurable enfermedad, ó bien aquellas absorbidas por un pensamiento próximo á la locura. Con sus manos poderosas desgarraba, sin notarlo, un rollo de papiro. Por último,



el emperador dijo con voz sorda, mirando fijamente á Oribazy:

—¡Vete! Yo sé lo que hago... Con estos miserables que no creen en los dioses, no se puede hablar como hombres: hay que destruirlos como animales feroces. Y por último, ¿qué mal habría en que una docena de galileos fueran matados por la mano de un helenista?

Oribazy pensó.

—Cómo se parece á su primo Constancio en sus arrebatos de furor.

Juliano gritó á la muchedumbre, y su voz pareció á él mismo extraña y terrible.

—¡Hasta ahora por la gracia de los dioses, soy aún emperador! ¡Obedecedme, galileos! ¡Podéis burlaros de mi barba y de mis vestidos, pero no de la ley romana!...

¡Acordáos, os castigo por el motín y no por la religión!

¡Encadenad á ese miserable!

Con mano temblorosa señaló á Pamva, al que cogieron dos rubios bátavos.

—¡Mientes, ateo!—gritaba Pamva triunfalmente.

—Nos castigas por nuestra fe! ¿Porqué no me indultas como en otro tiempo á Marys, el ciego de Calcedonia? ¿Dónde está tu filosofía? ¿Han cambiado los tiempos? Has rebasado la medida. ¡Hermanos, no temamos al César romano, si no al Dios todo poderoso!

Nadie pensaba ya en huir; todos se sentían contaminados por la fiebre del mártir. Los bátavos y

los celtas se azoraron ante aquella solicitud por morir de todas las gentes, sonrientes y humildes. Hasta los niños se lanzaban bajo las espadas y lanzas. Juliano quiso detener el degüello; era demasiado tarde; las abejas volaban á la miel. No pudo más que exclamar con desesperación y desprecio.

—¡Desgraciados! Si la vida os pesa, no es difícil que la abreviéis vosotros mismos.

Y Pamva, atado, levantado por brazos poderosos, respondió alegremente:

—¡Exterminadnos romanos! ¡Nos multiplicaremos!... Las cadenas son nuestra libertad, nuestra fuerza; ¡la muerte, nuestra victoria!





Siguiendo la corriente del Orontes; hacia su nacimiento, á cuarenta estadios de Antioquia, se hallaba el cáebre bosque de Dafne, consagrado á Apolo.

En él se había levantado un templo, donde anualmente se celebraban las panegirias en honor del Sol.

Juliano, sin prevenir á nadie, salió de Antioquia, al despuntar el día. Quería darse cuenta por sí mismo de si los habitantes se acordaban de la fiesta sagrada de Apolo. A lo largo de la carretera pensaba en aquella solemnidad, esperando ver adolescentes y vírgenes, subiendo los escalones del templo, vestidos completamente de blanco, símbolo de juventud pura, ó la muchedumbre de los fieles, los coros y el humo del incienso.

El camino era penoso: de las colinas roquizas de



Berei calibonia soplabá á ráfagas un viento abrasador. La atmósfera estaba impregnada de un olor acre de madera quemada, velada por una niebla azulada que se extendía de la garganta profunda del monte Kazio. El polvo cegaba los ojos y obstruía la garganta, crujiendo entre los dientes. A través del vapor humeante; la luz solar parecía enferma y rojiza.

Más apenas penetró el emperador en el bosque de Dafne, envióle un fresco perfumado. Era difícil creer que un rincón de paraíso tal pudiera encontrarse á algunos pasos de la abrasada carretera. El bosque tenía ochenta estadios de circunferencia, y bajo las impenetrables bóvedas de los gigantescos laureles, que contaban varios siglos, reinaba un crepúsculo continuo.

El emperador quedó sorprendido de la soledad del bosque; ni fieles, ni víctimas, ni incienso; ningún preparativo para la celebración de las panegirias. Creyó que el pueblo estaría reunido cerca del templo y continuó adelante.

A cada paso el bosque parecía más desierto. La calma extraña no era turbada por ningún ruido, como un cémenterio abandonado.

Ni los pájaros cantaban, que eran poco numerosos á causa de la sombra demasiado oscura de los laures. Una cigarra empezó á chirriar en la hierba y se calló en seguida, como asustada por su propio canto. Solamente en un debil rayo de sol zumbaban debilmente los insectos, sin atreverse á abandonar aquel rayo por el cercano crepúsculo.

A veces Juliano penetraba en calles de árboles más anchas, bordeadas de muros titánicos y de cipreses seculares que proyectaban una sombra negra, como una noche sin luna.

Por algunos sitios las aguas subterráneas humedecían el musgo, por todas partes serpenteaban corrientes frias, como nieve derretida, pero calladas, sin murmurar, mudas de tristeza, como todo lo que se hallaba en aquel bosque encantado. En un sitio, de la hendidura de una roca, brillaban lentamente una á una gotas cristalinas, pero el musgo apagaba el ruido de su caída y las gotas fluían silenciosas como lágrimas de amor mudo.

Había prados enteros de narcisos silvestres, de margaritas, de lirios y muchas mariposas, negras, pero no multicolores.

Los rayos del sol del medio día atravesaban con dificultad las bóvedas espesas de los laureles y cipreses. Volvíanse pálidos, casi lunares, enlutados y tiernos, como si se filtraran á través de una tela negra, ó del humo de una antorcha funeraria. Parecía como si Febo hubiérase vuelto pálido para siempre á consecuencia de la inconsolable pérdida de Dafne que, permaneciendo siempre tan sombría é impenetrable á los más ardientes besos del dios, guardaba bajo sus ramos una frescura y una sombra nocturnas.

Y por todas partes, en aquel bosque reinaba el abandono, la tranquilidad y la tristeza tierna del Dios amoroso.

Los escalones de mármol; los frontones y las co-



lumnas del templo de Dafne elevado en tiempo de los Diados, brillaban ya deslumbrantes de blanca á través de los cipreses, y Juliano no había encontrado todavía á un fiel. Por último vió á un niño de unos diez años que seguía un sendero lleno de jacintos. Sus negros ojos resaltaban de manera extraña, brillando en su pálido semblante de belleza helénica. Sus dorados cabellos caían en suaves bucles sobre su fino cuello, y en sus sienes, como en transparentes pétalos de flor crecidos á la sombra, se veían entrecruzar venas azuladas.

—¿No sabes niño, donde están los sacrificadores y el pueblo?—le preguntó Juliano.

El niño no contestó, como si no hubiera oído la pregunta.

—Oye, pequeño! ¿No puedes conducirme á donde está el sacrificador de Apolo?

El niño meneó la cabeza sonriendo.

—¿Porque no me respondes?

Entonces el hermoso niño se puso un dedo en los labios, después en las orejas, y esta vez sin sonreír, meneó la cabeza seriamente. Juliano pensó:

—«Este debe ser un sordo-mudo de nacimiento.»

El niño miraba al emperador á hurtadillas.

—¡Mal presagio!—murmuró Juliano.

Y casi tuvo miedo en el silencio y el crepúsculo, del bosque abandonado en compañía de aquel niño sordo mudo, soberbio como un Dios diminuto que le miraba obstinadamente. Por último, mostró al emperador un anciano, vestido con una túnica sucia y remendada, por la cual Juliano conoció en

seguida que era un sacrificador. El anciano quebrantado, débil y dando traspiés como un beodo, reía y murmuraba al andar. Tenía la nariz roja y una calva que se extendía por toda la parte superior de su cabeza rodeada de ricillos grises, semejantes á los de una piel de carnero, y tan flexibles, tan abundantes, que se encrespaban al rededor del calvo cráneo. Sus ojos miopes y llorosos tenían una expresión de benevolencia infantil. Llévada un cesto de mimbre bastante grande.

—¿El sacrificador de Apolo?—preguntó Juliano.

—Soy yo. Me llamo Gorgio. ¿Qué deseas, buen hombre?

—¿No puedes indicarme dónde está el gran sacrificador de este templo y dónde están los fieles?

Gorgio no respondió en seguida, y colocó su cesto en el suelo. Después se frotó el calvo cráneo y poniendo los brazos en jarras, echó la cabeza para atrás, y guiñó, no sin malicia, con el ojo izquierdo:

—¿Por qué no sería yo el gran sacrificador de Apolo?—preguntó.—¿Y de qué fieles hablas tú, hijo mío?... ¡Que los olímpicos te protejan!

Despedía un fuerte olor á vino. Juliano al que aquel sacrificador parecía indecente, preparábase á dirigirle una severa amonestación.

—Probablemente estás borracho, anciano...

Gorgio, no se turbó, y continuó rascándose la nuca.

—¿Borracho? Tal vez no. Pero sí me he bebido cinco copas para las panegrias. Y aún bebo más por tristeza que por alegría. Si hijo mío. Que los



olimpicos te protejan.. ¿Quién eres? Por tus vestidos pareces un filósofo errante ó un maestro de escuela de Antioquía.

El emperador, sonrió, é inclinó la cabeza en señal de aprobación; quería hacer hablar al sacrificador.

—Lo has acertado. Soy maestro.

—¿Cristiano?

—No; helenista.

—¡Ah, bien!... Sin embargo, hay muchos de los otros que pecan de eso... de paganos...

—Pero aún no me has dicho donde está el pueblo; si han enviado muchas víctimas de Antioquía; si los coros están dispuestos.

—¿Víctimas? Gracias por el regalo,—dijo el viejo riendo y tambaleándose tan fuertemente que estuvo á punto de caer.—Hace mucho tiempo, hermano mío, que no hemos visto nada de eso... desde Constantino...

Gorgio hizo un gesto desesperado y silbó.

—¡Se ha terminado!... ¡Uf! los hombres se han olvidado de los dioses. No solamente carecemos de víctimas, sino que hasta muchas veces ni siquiera tenemos un puñado de trigo para cocer una torta al dios; ni un grano de incienso, ni una gota de aceite para las lámparas... No queda otro recurso que acostarse y morir... ¡Sí, hijo mío, que los olímpicos te protejan!... Los monjes se lo han llevado todo... y se pelean... la grasa los ahoga... ¡Nuestra canción ha terminado!... ¡Malditos tiempos!... ¿Y dices que no beba? No se puede dejar de beber cuan-

do tiene una pena. Si no bebiera, hace ya tiempo que me habría ahorcado...

—¿Y no ha venido nadie de Antioquía para este gran día de fiesta?—preguntó Juliano.

—Nadie, excepto tú, hijo mío. Yo soy el sacrificador; tú eres el pueblo; ofreceremos juntos la víctima al dios.

—¿Pero no acabas de decirme que no habías recibido ni una sola?

Gorgio se acarició la nuca sonriendo.

—No hemos recibido otras; pero ahí está la mía. Nos hemos privado durante tres días Hefesión y yo (y señaló al sordo mudo), para economizar el dinero necesario; mira.

Levantó la tapadera del cesto y una oca atada sacó la cabeza graznando y procurando escaparse.

—¡Ja, ja, ja! ¿No es esto una víctima?—preguntó orgullosamente el anciano.—Aunque esta no sea una oca joven y gorda, no deja de ser un ave sagrada... Apolo en este momento tendrá que contentarse con ella. ¡Los dioses son aficionados á las ocas!

—¿Hace mucho tiempo que habitas en este templo?—preguntó Juliano.

—Unos cuarenta años; tal vez más...

—¿Es ese tu hijo?—preguntó el emperador señalando á Hefesión que miraba atentamente como si hubiera querido adivinar la conversación.

—No; no tengo ni parientes ni amigos. Hefesión me ayuda en las horas de sacrificio.

—¿Quiénes son sus parientes?



—No conozco al padre y dudo mucho que alguien le conozca; pero su madre es la gran sibila Diotima, que ha vivido mucho tiempo en este templo. No hablaba y no levantaba su velo ante los hombres. Era casta como una vestal. Cuando dió á luz á este niño nos quedamos todos admirados y no sabíamos qué pensar... Pero un sabio hierofante centenario nos dijo...

Gorgio con aire misterioso púsose la mano delante de la boca y murmuró al oído de Juliano, como si hubiera temido que el niño lo oyera:

—El hierofante nos dijo que éste no era un hijo de hombre, sino de un dios descendido de noche junto á la sibila mientras dormía en el interior del templo. ¡Mira, qué hermoso es!

—¡Un sordo mudo hijo de un dios!—murmuró el emperador sorprendido.

—En los tiempos como estos, si el hijo del dios y de la sibila no fuera sordo mudo,—replicó Gorgio,—se moriría de pena. ¡Mira, qué flaco y pálido está!

—¿Quién sabe?—dijo Juliano con triste sonrisa.

—Tal vez tengas razón, anciano. En nuestros días es preferible para un profeta ser sordo mudo.

De repente el niño se acercó á Juliano, y mirándole fijamente, cogió su mano y la besó. Juliano se estremeció.

—¡Hijo mío!—dijo el anciano solamente,—que los olímpicos te protejan! Debes ser un buen hombre. El niño no acaricia nunca á los malos ni á los impíos, y huye de los monjes como de la peste. Me parece que vé y comprende más que nosotros dos

juntos; pero no puede expresarlo. Le he sorprendido con frecuencia solo en el templo, permaneciendo setado ante la estatua de Apolo durante largas horas y mirándola alegremente como si conversara con el dios.

Heferión, se alejó con el rostro entristecido.

Gorgio, se golpeó la cabeza con la mano, y dijo:

—¡Me estoy charlando contigo! El sol está ya alto; hay que hacer el sacrificio. Vamos.

—Espera,—dijo el emperador.—Quería preguntarte aún una cosa. ¿Has oído decir que el emperador Juliano quería restablecer el culto de los dioses antiguos?

—Sí, pero... ¿qué podrá hacer el pobre? No obtendrá éxito. Te digo que esto ha terminado.

—¿Tienes fe en los dioses?—preguntó Juliano.—¿Pueden los olímpicos abandonarnos para siempre!

El anciano suspiró y bajando la cabeza dijo:

—Hijo mío, eres joven, aunque brillen en tus cabellos mechones blancos y tu frente esté arrugada. Pero en el tiempo en que mis cabellos eran negros y las jóvenes me miraban con agrado, recuerdo haber pasado en un barco no lejos de Tesalónica y haber visto el monte Olimpo. Su base y su centro se fundían en el espacio azul, y su nevada cima parecía suspendida en el aire, dominando el cielo y el mar, inaccesible y dorada. Yo pensé: «¡Esa es la morada de los dioses!» Y estaba conmovido. Pero en el mismo navío había un viejo burlón, que se llamaba epicúreo. Señaló el monte Olimpo y dijo: «Amigos míos, ya han pasado muchos años desde



que unos viajeros escalaron el Olimpo. Vieron que era una montaña común, semejante á las demás, sobre la cual, no hay más que nieve, hielo y piedras...» Y aquellas palabras cayeron tan profundamente en mi corazón, que las recordaré toda mi vida.

El emperador sonrió.

—Anciano, tu fe es infantil. Si no hay Olimpo, ¿por qué no han de estar los dioses más altos, en el reino de las ideas eternas, en el reino de la luz del alma?

Gorgio bajó aún más la cabeza.

—¡Sí, verdaderamente!... Pero... ha terminado de todas maneras. El Olimpo está desierto.

Juliano le contempló sorprendido.

—Mira,—continuó Gorgio,—la tierra no produce ya más que hombres débiles y duros. Los dioses no pueden hacer más que reirse de ellos ó enfadarse. No valen la pena de destruirlos. Perecerán por sí mismo, por la enfermedad el libertinaje ó el marasmo. Los dioses se aburrían y se han ido.

—¿Crees, Gorgio, que debe desaparecer el género humano?

El sacerdote movió la cabeza calva.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! la tierra sufre, los ríos corren con más lentitud; las flores de primavera no tienen el mismo perfume. Un pescador me decía no hace mucho que ya no se vé el Etna como antes. La atmósfera se ha hecho más densa y más oscura. El sol se apaga. El fin del mundo se acerca.

—Dime, Gorgio, ¿recuerdas tiempos mejores?

El viejo se animó y sus ojos brillaron.

—Cuando yo vine por vez primera á este bosque, en los primeros años del reinado de Constantino,—dijo alegremente,—las grandes panegirias se celebraban todos los años en honor de Apolo. ¡Cuántos adolescentes y cuántas vírgenes venían á este bosque! ¡Y cómo brillaba la luna, qué aroma esparcían los cipreses, cómo cantaban los ruisñores! Cuando cesaba su canto, el aire se estremecía á los besos nocturnos y los suspiros de amor como al batir de alas invisibles!

Gorgio calló, pensativo y triste.

En aquel momento de detrás de los árboles llegaron los ecos de un canto de iglesia.

—¿Qué es esto?—preguntó Juliano.

—Los monjes,—dijo el sacerdote.—Los monjes que rezan por un galileo muerto.

—¿Cómo? ¿un galileo en el bosque sagrado de Apolo?

—Sí, ellos le llaman «el mártir Valeriano.» Hace diez años, el hermano del emperador Juliano, César Galo, trajo de Antioquía los huesos de ese Valeriano á este bosque y le construyó un soberbio sarcófago. Desde entonces no se ha vuelto á manifestar. El templo está profanado y el dios se ha alejado.

—¡Qué sacrilegio!—exclamó el emperador indignado.

—Aquel año la virgen sibila Diotima dió á luz un niño sordo-mudo, cosa que no podía ser de buen agüero. Solo un manantial sagrado ha dejado de agotarse; se llama: «Lágrimas del sol»... está allí donde el niño se ha sentado.



Juliano se volvió. Ante la musgosa roca estaba sentado el niño inmóvil y con la palma de la mano abierta recogía las gotas que caían una á una. Las sombras se movían. Juliano creyó ver por un momento, dos alas transparentes que se agitaban en la espalda del niño divinamente hermoso. Estaba tan pálido, tan triste, tan encantador que Juliano pensó:

—Debe de ser Eros, el pequeño y antiguo dios del amor que en nuestro tiempo sufre y agoniza de melancolía galilea. Recoge las últimas lágrimas del amor, las lágrimas que el dios vierte sobre Dafne: ¡la belleza desaparecida!

El sordo ruido continuaba inmóvil y una enorme mariposa negra, aterciopelada, enlutada, fué á posarse sobre su cabeza. El niño no lo advirtió y siguió inmóvil. Como una sombra dañina la mariposa se agitaba, mientras que las *lágrimas del sol* caían una á una en las manos de Hefesión y en la iglesia inmediata, los cánticos se elevaban fúnebres, desesperantes, cada vez más fuertes y más fuertes.

De repente, detrás de los cipreses se oyeron airadas voces de personas que disputaban.

—Augusto está ahí.

—¿Por qué había de ir solo á Dafne?

—¡Muy sencillito! ¡Hoy se celebran las grandes panegirias de Apolo! ¡Mírale! ¡Juliano te buscamos desde esta mañana!

Eran los sofistas griegos, los sabios, los retóricos, compañeros habituales del emperador, á los que se había unido el neoplatónico Prisco de Epiro, el bi-

lioso excéptico Junio Mavrico, el prudente Salustio Segundo y el célebre orador Libanio.

Juliano no les prestó la menor atención.

—¿Qué tiene?—murmuró Junio al oído de Prisco.

—Debe de estar descontento por no haber encontrado ningún preparativo para la fiesta... No hemos enviado una sola ofrenda.

Juliano se dirigió al exretórico cristiano, y ahora gran sacrificador de Astarté, Hekebolis.

—Ve á la capilla vecina y ordena de mi parte á los galileos que oran, ¡que vengan!

Hekebolis se alejó.

Gorgio, sin abandonar su cesto, estaba petrificado, con la boca abierta y los ojos desencajados. Por intervalos acariciaba su cabeza calva con un gesto de resolución desesperada. Le parecía que había bebido con exceso y que cuanto veía era un sueño. Pero cuando recordó todo lo que había dicho del Augusto Juliano y de los dioses al fingido maestro, un ardor frío inundó su frente y las piernas le flaquearon de espanto. Cayó de rodillas.

—¡Perdona César!... ¡Olvida mis palabras... no sabía!...

Uno de los filósofos quiso rechazar al viejo.

—¡Quítate imbécil! ¿Qué vienes á hacer aquí?

Juliano le detuvo.

—No ofendas al sacrificador. ¡Levántate Gorgio! Aquí tienes mi mano. Nada temas. Mientras yo viva nadie será osado á hacerte el menor daño, ni á tí ni á tu chiquitín. Los dos hemos venido para asistir á las panegirias, los dos amamos á los dioses... Sea-



mos amigos y regocijémonos en la fiesta del Sol con el corazón alegre.

Los cantos religiosos habían cesado. En el camino bordeado de cipreses aparecieron los monjes pálidos y atemorizados, los diáconos y el superior no habían tenido tiempo para quitarse los hábitos sacerdotales.

Hekebolis los guiaba. El arcipreste, hombre obeso de rostro colorado, reluciente, caminaba balanceándose; soplabla y enjugaba la frente.

Cuando estuvo ante Augusto le saludó con una profunda reverencia, tocando con un dedo la tierra y dijo con agradable voz de bajo:

—Que el humanitario Augusto perdone á sus indignos esclavos.

Saludó nuevamente inclinándose, y dos novicios le ayudaron diestramente á levantarse. Uno de ellos se había olvidado de dejar el incensario y el humo del incienso se escapaba en delgadas nubecillas.

Hefesión huyó al ver llegar á los monjes.

Juliano dijo:

—¡Galileos! os ordeno que antes de que llegue la noche de mañana saquéis del bosque sagrado de Apolo los huesos de vuestro muerto. No queremos emplear la fuerza contra vosotros; pero si nuestra voluntad no es obedecida sabremos velar nosotros mismos para que Helios se vea libre de la vecindad sacrilega de las cenizas galileas. Enviaré aquí á mis soldados, que desenterrarán los huesos, los quemarán y dispersarán las cenizas. ¡Tal es nuestra voluntad ciudadanos!

El arcipreste tosió y al cabo de un minuto respondió con voz humilde:

—César, muy misericordioso, muy penoso es para nosotros lo que ordenas porque las reliquias descansan hace mucho tiempo en un lugar bendecido por la voluntad de César Galo. Pero es un asunto independiente de nuestra voluntad: estamos obligados á consultarlo con el obispo.

Un murmullo recorrió la multitud. Un chicuelo oculto tras una mata de laurel cantó:

¡El carnicero viene  
con un gran cuchillo!

Pero recibió tal bofetada que escapó aullando.

El arcipreste pensó que el buen parecer le obligaba á defender las reliquias, tosió y dijo:

—Si place á Tu Alta sabiduría dar esta orden por la razón del ídolo...

Vivamente rectificó:

—Del dios heleno Helios...

Los ojos del emperador brillaron furiosos.

—¡El ídolo!—interrumpió.—¡El ídolo! Esa es vuestra palabra. Nos juzgáis tan imbéciles que suponéis que adoramos la materia de que están hechas las imágenes de nuestros dioses: metal, piedra ó madera. Todos vuestros predicadores quieren convencer á los demás, á nosotros y á vosotros mismos. Pero es una mentira. No adoramos la piedra muerta, el



metal ó la madera, sino el alma, el alma viva de la belleza, en los modelos de la más pura belleza humana. No somos nosotros los idólatras sino vosotros que os devoráis continuamente como fieras por una jota; vosotros que besáis los huesos podridos de criminales muertos en el suplicio por haber infringido las leyes romanas, vosotros que llamáis al fratricida Constancio «eterno y santidad.» Deificar las magnificas esculturas de Fidias que respiran la belleza y sabiduría olímpicas; no es más razonable que inclinarse ante dos pedazos de madera cruzados, vergonzoso instrumento de tortura? ¿Hay que avergonzarse de vosotros, teneros compasión ú odiaros? Es el colmo de la locura y del oprobio para nuestra patria ver á los descendientes de los helenos que veían á Platón y á Homero precipitarse—¡Oh abominación!—hacia una tribu réproba casi exterminada por Vespasiano y Tito para deificar á un hombre muerto... ¿Y vosotros os atrevéis á condenarnos de idólatras?

El arcipreste, imperturbable, acaricaba con la mano su larga barba y miraba á Juliano de reojo enjugándose las gotas que brotaban de su frente reluciente.

Entonces el emperador dijo al filósofo Prisco.

—Amigo mío, tú conoces las antiguas ceremonias de los helenistas. Efectúa los misterios de Helios indispensables para la purificación del templo de Apolo. El dios volverá á su mansión, las antiguas profecías se repetirán en cuanto se haya quitado la piedra que cierra el manantial.

El arcipreste terminó la entrevista con una profunda reverencia, con su estudiada humildad en la que se advertía invencible tenacidad.

—¡Cúmplase tu voluntad, poderoso César! Nosotros somos los hijos, tú el padre. La Escritura dice: «Todas las almas deben someterse á la fuerza que dirige.» ¡Pero no hay ningún poder que esté por encima de Dios!

—¡Oh! hipócritas, — exclamó Juliano.—Conozco bien vuestra obediencia y vuestra humildad. ¡Sublevaos contra mí y luchad, á lo menos como hombres! Vuestra humildad es el dardo de la serpiente, esclavos. Herís á aquellos ante los cuales os postráis. Vuestro Maestro, os ha juzgado bien, el Nazareno os conocía cuando dijo aludiéndolos: «¡Ay de vosotros fariseos hipócritas que os asemejáis á los sepulcros blanqueados, que parecen hermosos por fuera y por dentro están llenos de huesos y de suciedad!» En verdad que habéis llenado el mundo de esos sepulcros. Os arrodilláis ante los huesos y esperáis la salvación. Como los gusanos os alimentáis de podredumbre. ¿Es eso lo que Cristo os ha enseñado? ¿Os ha mandado que odiéis á vuestros padres á los que llamáis herejes porque no creen como vosotros. Mis labios os repiten ahora las palabras del Galileo: ¡Ay de vosotros fariseos hipócritas. Víboras ¿cómo os salvaréis de la condenación de la Gehenna?»

Juliano se volvió para irse cuando se le presentaron un viejecito y una viejecita que se postraron á los pies del emperador. Los dos pobremente ves-



tidos, más muy limpios se parecían extraordinariamente; recordaban á Filemón y Baucis.

—¡Ampáranos, justo César!—murmuró el viejo.—Tenemos una casita cerca de Antioquía al pie del Estarrino. En ella hemos vivido durante veinte años, y ahora vienen los decuriones...

El viejo juntó las manos en ademán desesperado; la vieja imitando á su marido adoptó la misma actitud...

—Vienen los decuriones y nos dicen: «Esta casa no os pertenece»...

—¿Cómo? ¡El señor sea con vosotros! Hace veinte años que la casa es nuestra.

—Bien, pero no tenéis sobre ella ningún derecho. El terreno pertenece al templo del dios Esculapio y vuestra casa está construida con las piedras del templo. Todo debe volver á ser de Esculapio... ¿Qué significa esto? ¡Ten piedad, todopoderoso Augusto!

Los viejos continuaban arrodillados ante Juliano, limpios y simpáticos como niños, y besaban los pies del emperador llorando.

Juliano vió una cruz de ámbar en el cuello de la mujer.

—¿Sois cristianos?—preguntó entristecido.

—Sí.

—Quisiera atender vuestros ruegos; pero ¿cómo hacerlo? ¡la tierra pertenece al dios!... Sin embargo ordenaré que os paguen lo que vale.

—No, no,—repitieron los viejos.—Estamos habituados á vivir en ella. No pedimos dinero. Allí todo

es nuestro; conocemos una á una todas las hierbas.

—Todo es allí nuestro,—repetía la vieja como un eco.—La viña, los pollos, la vaca, los olivos, los cerdos, todo es nuestro. Allí está el banco en que desde hace veinte años nos calentamos todas las tardes los dos juntitos tomando el sol.

El emperador sin escuchar se volvió hacia los que le rodeaban aterrado:

—Los galileos me agobian con peticiones para que se les devuelvan tierras pertenecientes á la iglesia. Los valentinianos, por ejemplo, acusan á los arrianos de haberles quitado sus propiedades. Para terminar las discusiones he dado una parte de esas tierras á mis soldados galos y el resto al Tesoro. Estoy decidido á seguir la misma conducta. ¿Os preguntáis con qué derecho? ¿No decís vosotros mismos que le será más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el reino de Dios? Estoy decidido á ayudaros á cumplir este difícil mandamiento. ¿Glorificáis la fuerza, galileos? pues ¿por qué me censuráis? Al quitaros los bienes que habéis tomado á vuestros hermanos herejes ó á los templos olímpicos, no hago más que ponerlos en el recto camino de la pobreza salvadora que os ha de conducir al celeste imperio.

Una sonrisa malévola torció su boca.

—¡Se nos ofende inicuaamente!—gemían los viejos.

—¡Pues bien, sufrid la ofensa!—respondió Juliano.—Debéis gozaros con las persecuciones según os lo ha enseñado el Nazareno. ¿Qué son esos sufrimientos comparados con la felicidad eterna?



El viejo no estaba preparado para responder á esta deducción; se desconcertó y respondió como postrera esperanza:

—¡Somos tus fieles esclavos, Augusto! Mi hijo sirve como ayudante del estratega en una fortaleza lejana en la frontera romana y sus superiores están satisfechos de su comportamiento...

—¿Galileo también?—interrumpió Juliano.

—Sí,—respondió el viejo asustado y arrepentido apenas hecha su confesión.

—Has hecho bien avisándome. Los galileos, enemigos declarados del Augusto romano, no deben en adelante ocupar los altos empleos del imperio, especialmente en el ejército. También en este punto estoy de acuerdo con vuestro Maestro. ¿Es por ventura justo que los discípulos de Jesús administren justicia con arreglo á las leyes romanas cuando El ha dicho: «No juzguéis y no seréis juzgados» y que los cristianos acepten de nuestra mano la espada para la defensa del imperio cuando su Maestro les advierte: «Que quien toma la espada perecerá por la espada», y añade: «No combatas á los malos por la fuerza»?... Y como nos preocupamos de la salvación del alma de los galileos, les quitamos la justicia y la espada romanas á fin de que más fácilmente, sin defensa, inermes, ajenos á cuanto es terreno y frívolo, puedan penetrar en el reino de los cielos!

Con interior sonrisa, muda, lo único que desarrollaba su odio, el emperador se alejó rápidamente hacia el templo de Apolo. Los viejos gemían tendiendo hacia él los brazos.

—¡César!... No sabíamos... Toma nuestra casa, nuestra tierra, todo lo que tenemos, pero ten piedad de nuestro hijo!

Los filósofos quisieron entrar en el templo, mas con un ademán los detuvo el emperador.

—He venido sólo para asistir á la fiesta y solo ofreceré el sacrificio... Entremos,—añadió dirigiéndose á Gorgio...—Cierra las puertas para que no entre nadie que no sea consagrado...

Las puertas se cerraron, quedando fuera los amigos filósofos.

—¿No consagrados? ¿Os gusta eso?—preguntó Garguilo preocupado.

Libanio, disgustado, callaba.

Mavrico, con aire misterioso, llevó á los demás amigos á un rincón del pórtico y murmuró algo que no pudo ser oído más que por los que estaban cerca, y al propio tiempo se llevó el dedo índice á la frente.

—¿Comprendéis?

Todos se quedaron pensativos.

—¿Es posible?

Mavrico comenzó á decir:

—En primer lugar, rostro pálido, mirada brillante, cabellos en desorden, pasos desiguales, discursos incoherentes. Además dureza y excitabilidad excesivas. Tercero: esa estúpida guerra contra los persas!... ¡Por Palas que la locura no puede estar más manifiesta!

Los amigos estrecharon el corro y comenzaron á hacer toda suerte de comentarios. Salustio que es-



taba algo alejado contemplaba el conciliábulo con amarga sonrisa.

Dentro del templo, Juliano encontró á Hefesión. El niño se alegró al verle y durante el oficio clavó varias veces su mirada en los ojos del emperador, como si entre ellos existiera un secreto común.

La enorme estatua de Apolo, iluminada por el sol, se elevaba en el centro del templo; el cuerpo de marfil, los ropajes de oro como los del Júpiter de Fidias en el Olimpo. El dios, ligeramente inclinado, vertía el néctar de su copa á la Tierra-Madre, rogándole que le devolviese á su Dafne.

Una ligera nubecilla pasó por sobre el templo, las sombras se estremecieron bajo el márfil dorado por el tiempo, y á Juliano parecióle que el dios se inclinaba más con una amable sonrisa, para recibir la ofrenda de los últimos adoradores: el débil sacrificador, el emperador renegado, y el hijo sordo-mudo de la sibila.

—He aquí mi recompensa,—pensaba Juliano.— No quiero más gloria que esta, Apolo. Te doy gracias por la maldición de la multitud, y por la merced que me haces de vivir y morir solo, como tú. ¡Donde el populacho ora, no está dios! ¡Tú estás aquí en este santuario profanado! ¡Oh dios rechazado por los hombres, eres ahora más bello que cuando te adoraban! El día marcado para mí por las Parcas, deja que me reuna á tí, oh Radiante, deja que muera en tí, Sol, como en el altar el fuego de la última ofrenda muere en tus rayos!

Así oraba el emperador, en tanto que las lágri-

mas rodaban por sus mejillas, y que lo mismo que las lágrimas, caían una á una las gotas de la sangre de la víctima, sobre los carbones consumidos á medias.





---

XIV

Una profunda obscuridad envolvía por todas partes al bosque de Dafne. Un viento abrasador impulsaba á las nubes. Ni una gota de agua caía sobre la tierra seca, resquebrajada. Los laureles movían sus ramas negras, erguidas hacia el cielo. En las avenidas titanescas, los cipreses producían un rumor, que se asemejaba al de una asamblea de viejos encolerizados.

Dos hombres se deslizaban en la sombra, con circunspección, hacia el templo de Apolo. El más pequeño que tenía los ojos verdes, ojos de gato, veía muy bien de noche y llevaba al otro de la mano. ®

—¡Oh! primo mío, nos romperemos la cabeza contra algún hoyo.

—No hay hoyos por aquí. ¿De qué temes? Desde que has adoptado la nueva religión, pareces una vieja miedosa.



—¡Semejante á una vieja!... No latía más fuertemente mi corazón cuando iba á cazar osos. ¡Mas aquí... no es lo mismo! Formaremos racimo en la misma horca, los dos juntos.

—¡Vamos, calla ya, imbécil!

Llegaron hasta la puerta trasera del templo, conducido el mayor por el pequeño. Llevaba aquél á la espalda un gran haz de paja y un pico.

—Bueno; trabaja con el pico—dijo el pequeño, tanteando con el dedo las uniones de las piedras.

—Luego corta los travesaños de madera á hachazos...

El ruido del pico no se oía apenas por el viento; de pronto escuchóse un grito parecido al lamento de una criatura enferma. El mayor temblaba de pavor.

—¿Qué será eso?

—¡El espíritu malo!—contestó el pequeño, enarcando los ojos y agarrándose á las ropas de su compañero.—¡No me desampares, tío!

—¡Si es un buho!... Valiente hazaña la de ese pajarraco.

El buho voló por los aires lanzando estridentes gritos.

—Lo dejaremos,—exclamó el mayor,—así como así no se encenderá.

—¿Que no? La madera está carcomida y seca del todo por el sol, apolillada y hecha yesca. Con una chispa solamente es bastante. ¡A trabajar!

Así el menor animaba impacientemente á su compañero.

—¿Por qué no te estás quieto?—dijo el mayor, incomodado.—¿De qué te ríes?

—¡Ja, ja, ja! En el cielo se ríen también los angelitos ahora. Piensa sólo en eso, tío; ¡si nos cogen, no te importe! ¡Vaya una hoguera más deliciosa que armaremos! Toma, aquí tenemos el eslabón.

—No quiero,—contestó el otro,—no me has de seducir, maldita sierpe. ¡Enciende tú si quieres!

—¡Ah, te vuelves atrás!

Y ciego de ira, el menor sujetó al otro por su barba roja.

—Pues yo seré quien te denuncie, y me harán caso.

—Bueno, bueno, déjame en paz. Venga el eslabón, que hay que terminar.

Brotaron chispas; para estar más cómodo, el menor se había tendido boca abajo, resultando así más semejante á una serpiente.

Algunas llamas pequeñas lamieron la paja impregnada de alquitrán, subió el humo lentamente y después, uniéndose las llamas pequeñas, se levantó una sola grande que iluminó con rojizo resplandor la cara aterrada del gigante Aragaris y el malicioso hocico de mono de Estrombix, el sirio énano, que entonces asemejaba un diablo, palmoteaba, daba saltos y relase como un loco borracho.

—¡Todo lo destruiremos, todo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Qué hoguerita, ¿eh? ¡ja, ja, ja!

En aquella carcajada febril se concentraba toda la ferocidad de las muchedumbres, todo el goce destructor...



Aragaris, mostrando la obscuridad, exclamó:

—¿No oyes?

La selva estaba desierta, mas los incendiarios creían escuchar voces entre el rumor del viento que agitaba los cipreses.

Aragaris frotóse las manos y echó á correr.

—¡Ay, tío, déjame subir sobre tus hombros! Tú puedes correr más y me cogerán á mí! Mira que entonces te echaré toda la culpa.

Detúvose Aragaris, y Estrombix saltó ligeramente sobre los hombros de aquél y huyeron.

Afianzóse el sirio con sus rodillas á los costados del sármata y agarróse con las manos á su cuello para no caer. Tenía miedo, pero reía bulliciosamente y vociferaba regocijado.

Llegaron á los campos. La luna en cuarto menguante brillaba entre nubes. Soplaba el viento amenazador y Estrombix, agarrotado sobre los hombros del gigante, semejaba el espíritu malo dominando á su víctima.

Un pavor supersticioso se apoderaba de Aragaris; creía que un diablo en forma de enorme gato se le había subido encima y le sofocaba, arañándole el cuello y el rostro, riéndose siempre é impulsándole hacia el abismo.

En vano saltaba para desprenderse de su carga. Erizábansele los cabellos y lanzaba gritos de angustia.

Como una alta sombra negrísima y oscilante corrían por el campo muerto, saltando entre matorrales polvorientos que arañaban la tierra resquebrajada y endurecida.

En tanto Juliano, en una habitación del palacio de Antioquia, conversaba secretamente con Salustio Segundo, prefecto del Este.

—¿Y dónde hallaremos, muy querido César, el pan que se necesita para un ejército parecido?

—Ya he enviado á Apulia á Egipto, á Sicilia, á todos los lugares que haya cosechas en abundancia, —contestó el emperador,—habrá pan...

—Habrá pan, ¿y dinero?—interrogó Salustio,—¿no sería más conveniente aplazar la campaña hasta el año que viene; esperar algo?

El emperador paseaba agitado por la estancia; de pronto detúvose, y mirando fijamente al anciano, dijo coléricamente:

—¡Esperar! Se diría que habéis convenido todos en repetirme la misma cantinela. ¡Como si ahora se pudiera esperar! ¿Esperan los galileos? Oyeme bien, anciano; he de realizar lo imposible. Volveré de Persia grande y terrible ó no volveré jamás! No hay arreglos posibles ni terminos medios. ¿Por qué me habláis de razón? ¿Tú crees que con la razón venció Alejandro de Macedonia al mundo? ¿No os parecería loco, á hombres como tú, la hazaña de aquel jovenzuelo imberbe yendo á combatir con unos cuantos hombres al monarca de Asia? ¿Y qué le dió la victoria?

—No sé,—contestó sonriendo el prefecto,—tal vez su valor.

—No,—continuó Juliano,—fueron los dioses; los dioses olímpicos también me pueden conceder tal



gracia. ¿Entiendes, Salustio? Y aun mayor, si quisieran. He comenzado por las galias y acabaré por la India. Cruzaré el mundo de levante á poniente igual que el gran Macedonio. Entonces veremos qué dirán los galileos; si se mofan de la espada del emperador de Roma, como se mofan de sus vestiduras humildes de filósofo, cuando regrese triunfante y glorioso del Asia.

Fulguraban sus ojos con rayos de locura, y Salustio, aunque quería objetar algo, calló. Juliano continuó su paseo y el prefecto movió la cabeza lentamente, reflejándose en su rostro una profunda compasión.

Juliano continuó:

—El ejército ha de estar preparado para la marcha. Así lo quiero, ¿oyes? Sin réplicas [ni excusas. Contamos con treinta mil hombres. Además, el rey armenio Arsaces ha ofrecido su ayuda. También hay pan. ¿Qué más [es necesario? Necesito saber que puedo partir en un momento dado contra los persas. De ello depende, no sólo mi gloria, sino la del imperio y su salvación, y sobre todo la victoria de los dioses sobre los galileos.

Estaba abierta la ventana de par en par. El aire cálido que penetraba en la estancia, hacía oscilar las tres llamas del lampadario. Una estrella errante cruzó el azul oscuro del firmamento y se apagó después de brillar un instante. El emperador se estremeció. Aquello era un mal augurio. Oyéronse voces detrás de la puerta, y después llamaron.

—¿Quién vá? Adentro,—dijo Juliano.—Penetra-

ron los amigos filósofos. Libanio entró el primero con aire más altanero que de costumbre.

—¿Qué queréis?—preguntó con aire indiferente el Emperador.

Púsose de rodillás Libanio, sin abandonar su énfasis.

—Pido que me dejes partir, Augusto. No me es posible por más tiempo vivir en tu corte. Se me acabó la paciencia. Diariamente recibo ofensas indecibles...

Después habló de obsequios, de recompensas, de grandes sumas que le correspondían, de la ingratitude con que le había pagado sus servicios, de sus maravillosos panegíricos, en que glorificaba al César de Roma.

Pero este sin poner atención alguna, miraba con hastío y disgusto al gran orador, y pensaba:

—¿Pero es este aquel mismo Libanio cuya palabra mágica me maravillaba en mi juventud? ¡Cuánto serviliimo, y cuanta vanidad! ¡Qué bajeza la de este hombre!

Luego hablaron á la vez todos los filósofos. Vociferaban, disputaban, se acusaban recíprocamente de libertinaje, de impiedad, de ineptitud, repitiendo y recordando toda clase de murmuraciones.

Aquello era una miserable guerra, no de varones sabios y prudentes, sino de viles parásitos, prontos á destruirse unos á otros guiados por su orgullo su cólera ó su vanidad.

Juliano murmuró en voz baja, una palabra que les hizo callar de repente.



—¡Maestros!

Parecieron al quedar silenciosos una bandada de cetorras asustadas.

—¡Maestros!—repitió el emperador, con amargo dejo de ironía.—Os he escuchado bastante, me parece, ahora me permitiréis que os refiera un cuento:

Un rey de Egipto poseía varios monos amaestrados que ejecutaban á la perfección la danza guerrera de las epirotas. Vestidos con la púrpura imperial que les ocultaba el rabo y poniéndolos cascos y caretas nadie diría cuando danzaban que no eran hombres. Fué un espectáculo que entretenía mucho. Más á un espectador se le autojó arrojar á escena un buen puñado de nueces. ¿Y qué ocurrió entonces?... Los actores guerreros quitaronse y desgarraron sus púrpuras y sus caretas, salieron las colas de su escondrijo, pusiéronse en cuatro patas y comenzaron á morderse.

De igual manera los hombres ejecutan dignamente la danza guerrera de la sabiduría, hasta que se les otorga el primer don. Basta después arrojar un puñado de mercedes y los hombres, los sabios, se transforman repentinamente en monos, y gritan y se muerden. Ahora bien, ¿qué os ha parecido mi fabulita maestro?

Ninguno despegó los lábios.

De repente, Salustio, tomando por la mano al emperador indicóle la ventana abierta.

Entre los espacios oscuros de las nubes se extendía lentamente, en alas del viento un resplandor rojizo.

—¡Fuego, fuego!—gritaron todos.

—¡Detrás del río!—aventuraban unos.

—¡No, es en Garandama!—afirmaban otros.

—¡Es en Gesireh, en el barrio judío!

—¡Ni es en Garandama ni en Gesireh!—gritó uno con la indecible emoción que invade á la multitud á la vista de un incendio,—¡es en el bosque de Dafne!

—¡Oh! ¡en el templo de Apolo!—exclamó Juliano, sintiendo la sangre que le subía á su garganta.—¡Los galileos!—gritó con entonación ronca, corriendo hacia la puerta y bajando precipitadamente la escalera.—¡Esclavos! En seguida, mi caballo y cincuenta legionarios!

En pocos instantes estuvo preparapo todo. Sacaron al patio un potro negro, que temblaba inquieto, impaciente, mirando atónito con ojos sanguinolentos.

El emperador cruzó al galope las calles de Antioquia, á la cabeza de sus cincuenta legionarios. La muchedumbre, llena de pánico se dispersaba ante ellos. Algunos fueron pisoteados y aplastados; los lamentos eran apagados por el ruido de la precipitada carrera y el choque fierreo de las armas. Llegaron al campo. Había durado la carrera más de dos horas, y durante ella, tres legionarios habían caído con sus caballos rendidos.

Cada momento el resplandor crecía. Oliase ya el humo y los campos y las plantas polvorientas adquirían un matiz rojizo.

Afluían los curiosos de todas partes. El empera-



dor advirtió la alegría pintada en todos los rostros como si aquellas gentes caminaran á una fiesta.

Las llamas viéronse por fin brillar distintamente bajo espesas nubes de humo por encima del bosque de Dafne.

Juliano traspuso el recinto sagrado en donde la muchedumbre vociferaba. Muchos lanzaban chanzonetas y reían á carcajadas.

Las calles de árboles, tan solitarias y abandonadas de mucho tiempo atrás, veíanse ahora rebosar de gente.

El pueblo profanaba el bosque y rompía las ramas de los viejos laureles, ensuciaba las fuentes, destrozaba las tiernas flores. Los narcisos y los lirios, al ser hollados, luchaban con el calor del fuego sofocante perfumando el ambiente...

—¡Ha sido un milagro de Dios!—gritaba con alegría la multitud.

—¡Yo he visto caer el rayo y pegar fuego á la techumbre.

—¡Mientes! No ha sido así; la tierra se ha agrietado dentro del templo y han brotado llamas hasta debajo mismo del ídolo.

—¡Castigo! ¡castigo! Después de la inicua orden de desenterrar las sagradas reliquias... ¡Pensarían que iban á quedar sin castigo! ¡Ahí está vuestro templo de Apolo y vuestras profetisas de la sagrada fuente!

Juliano distinguió entre la muchedumbre una mujer casi desnuda como si hubiera abandonado el lecho sin vestirse; contemplaba el incendio sonrien-

do estúpidamente, estrechando contra su pecho un niño pequeño. Los ojos del inocente estaban aún húmedos por las lágrimas; pero se dormía dulcemente chupando con delicia el pecho, sobre el que apoyaba una manecita, señalando con la otra el fuego, como si pidiera un juguete llamativo.

Detuvo el emperador su caballo; no podía avanzar más á causa del calor sofocante y los legionarios esperaban órdenes.

Vió claramente Juliano que todo el templo estaba irremisiblemente perdido. Ardía de arriba abajo como una inmensa hoguera; las paredes, las vigas, las cornisas esculpidas, todo se derrumbaba y caía con estrépito entre nubes de chispas que agitadas por el viento subían hasta el cielo, que parecía hundirse sobre el incendio amenazador y ensangrentado.

Las llamas parecían lamer las nubes, y resistiendo los embates del viento huracanado, oscilaban ruidosamente como pesadas velas.

Las hojas de los laureles se retorcian y plegaban como si sufrieran calurosas torturas. Ardían las copas de los cipreses como gigantescas antorchas y el humo blanquecino que producían, semejaba el humo de los sacrificios. La resina de los árboles centenarios caía en gotas como si llorasen al dios con lágrimas de oro.

El emperador lo contemplaba todo absorto, con la mirada torva.

Tuvo una idea, y quiso ordenar algo á los legionarios, pero desnudando su espada y hostigando el



caballo, que se encabritó, no pudo más que pronunciar con creciente rabia su impotente cólera:

—¡Ah!... ¡Los miserables!... ¡Los miserables!

Allá, á lo lejos se oían los gritos de la muchedumbre. Juliano recordó que detrás del templo hallábase la entrada del tesoro y pensó que tal vez los galileos estaban saqueando las riquezas del dios.

Seguido de sus legionarios precipitóse hacia aquel lado.

Detúvoles un triste cortejo. Entre algunos guardias romanos que habían llegado presurosamente de la aldea de Dafne, llevaban unas parihuelas.

—¿Qué es eso?—preguntó el emperador.

—Los galileos que han matado á pedradas al sacrificador Gorgio.

—¿Pues y el tesoro?

—Intacto. Gorgio ha defendido la entrada en el mismo dintel de la puerta. No abandonó su puesto hasta que una pedrada lo ha tendido. Luego han matado al niño. Los galileos, después de pisotearles, hubieran asaltado el tesoro si no llegamos nosotros á tiempo.

—¿Está vivo todavía?

—Respira apenas.

Bajó el emperador de su caballo. Pusieron en el suelo las parihuelas con cuidado, y Juliano se acercó, inclinóse y descubrió los dos cuerpos que cubría la vieja clámide del sacrificador.

El anciano estaba tendido sobre un mullido de frescas ramas de laurel, tenía los ojos cerrados y su pecho se agitaba penosamente.

Juliano se conmovió al contemplarle, y la roja nariz del bebedor, que tan indecente le había parecido días antes, le recordó la oca flacucha, última ofrenda á Apolo. Destacábanse sobre los blancos cabellos del anciano algunas gotas de sangre como rojizos frutos, y las ramas de laurel entrelazadas sobre su cabeza formaban como una corona.

Al lado suyo descansaba el cuerpecillo de Hefesion. Su cara livida estaba aún más hermosa, con los rubios cabellos que la orlaban, salpicados también de sangre. Tenía una mano apoyada en la mejilla y parecía dormir. Juliano pensó:

—Seméjase á Eros, el hijo de Venus, muerto á manos de los galileos...

El emperador arrodillóse con veneración ante los mártires de los dioses, y á pesar del incendio y la destrucción del templo, á pesar del triunfo torpe del populacho, sentía Juliano la presencia del dios en aquella víctima.

Anegóse su corazón de dulzura, su mismo odio extinguióse y con lágrimas en los ojos besó humildemente la mano del viejo:

El moribundo entreabrió los ojos.

—¿Y el niño?—preguntó con voz débil.

—Aquí está... á tu lado...

El emperador volvió suavemente la mano de Gorgio sobre la cabeza de Hefesion.

—¿Vive?—interrogó Gorgio, acariciando por última vez los cabellos del niño.

Su debilidad extrema no le permitió volver la cabeza, y Juliano no se sintió con valor para reve-



larle toda la verdad. El anciano fijó en él una mirada interrogadora y suplicante.

—César... Cuida de él... no le abandones...

—Confía en ello, haré por él cuanto pueda...

De esta manera Juliano tomó bajo su protección al que ya nadie podía hacer mal ni bien.

La mano de Gorgio continuaba colocada sobre la cabeza del niño. De pronto su rostro iluminóse, quiso hablar y murmuró palabras incoherentes.

—¡Están ahí!... ¡Están ahí!... Alegraos.

Abrió desmesuradamente los ojos, miró un instante, suspiró, detúvose á la mitad, y su mirada se veló. El emperador cerró los ojos del muerto.

De pronto oyéronse cánticos de regocijo. Volvióse Juliano y vió pasar una larga procesión por la calle que formaban los cipreses. Una inmensa multitud de ancianos sacerdotes, cubiertos con dalmáticas de oro, de ricos paños y pedrerías; diáconos balanceando los incensarios, monjes vestidos de negro que alumbraban con cirios, doncellas y niños de blanco, agitando palmas, y sobresaliendo por encima de la multitud, en un soberbio carro, las reliquias de San Valeriano encerradas en una urna de plata, en cuyas caras se reflejaban las llamas del incendio.

Aquellas eran las reliquias espulsadas de Dafne á Antioquia por orden de César. El pueblo entonaba á modo de marcha victoriosa el viejo salmo del rey David alabando al Dios de Israel:

*¡Le rodean las tinieblas y las nubes!*

Borrando el mugido de los vientos y el ruido de las llamas, subía al cielo, enrojecido por el incendio el canto victorioso de los galileos:

*¡Le rodean las tinieblas y las nubes  
corre el fuego ante el exterminando  
enemigos de Israel. Los montes  
como la blanda cera se derriten  
ante el mirar profundo  
de Dios, Señor del mundo!*

El emperador palideció oyendo tan audaz regocijo que se marcaba más en los últimos versos:

*¡Tiemble ¡ay! todo el que se postre ante los ídolos!  
¡Ay, del que ante ellos no se rebele!*

Querría arrojarle entre la muchedumbre, disolver y dispersar aquel populacho arrogante, derribar la caja y tirar los huesos del santo. Mas una mano firme sujetó la brida de su caballo.

—¡Atrás!—gritó Juliano colérico, levantando la espada, amenazador.



Pero detúvose su brazo en el mismo instante. Vió ante él á un anciano de rostro venerable y tranquilo. Era Salustio Segundo, que había llegado de Antioquia.

—¡César,—exclamó,—no hieras á un hombre desarmado, vuelve en tí!

El emperador envainó la espada. Abrasábale el casco la cabeza como si estuviera candente; se lo quitó, y arrojándole al fuego, enjugóse el sudor que brotaba de su frente.

Luego, él solo, sin acompañamiento alguno, con la cabeza desnuda, adelantóse hacia la multitud, que se detuvo á una señal suya.

—¡Habitantes de Antioquia!—exclamó algo más tranquilo, conteniendo su furor por un supremo esfuerzo de su voluntad;—sabadlo todos! los tumultuosos y los incendiarios del templo serán rigurosamente castigados, sin perdón ni excusa. Si os burlábais de mi misericordia, veremos si también os mofáis de mi cólera! El romano augusto bien podría hacer desaparecer de la faz de la tierra vuestra ciudad, de tal modo, que los hombres olvidaran hasta el nombre de la gran Antioquia. Pero voy á empezar la campaña contra los persas, y si los dioses me conceden la victoria ¡guay de vosotros los agitadores! y ¡guay de tí, Nazareno, el hijo del carpintero!

Extendió su espada sobre la multitud. De pronto le pareció escuchar una voz que le contestaba:

—El Nazareno, el hijo del carpintero, está preparando tu fosa.

Estremecióse Juliano y volvió el rostro, mas no vió á nadie. Pasóse después la mano por los ojos.

—¡Oh, qué es esto! ¡Alucinación!—murmuró.

Entonces resonó en el interior del templo un ruido terrible. Un gran trozo de techumbre se acababa de derrumbar sobre la estatua de Apolo. Rodó el ídolo, cayendo del pedestal, y la copa de oro chocó en el suelo con sonido plañidero. Un torbellino de chispas brotó arremolinado hasta las nubes. Conmovióse el pórtico, vaciló la columna, y el corintio capitel y balanceándose graciosamente hasta en su misma destrucción, desvióse y cayó en tierra como un gran lirio tronchado de raíz. Juliano pensó que el incendiado templo iba á caer sobre él y á aplastarle.

En tanto el antiguo salmo de David, alabando al Dios de Israel, elevábase entre el humo, borrando el estrépito del ídolo que se derrumbaba:

¡Qué tiemblen los que sirven y se enorgullen con  
(sus ídolos!

Y que todos los dioses se inclinen ante él.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Transcurrió el invierno en los preparativos necesarios para emprender la campaña contra los persas. Al comenzar la primavera, el cinco de Marzo, salió Juliano de Antioquía al frente de un ejército compuesto de sesenta y cinco mil hombres.

La nieve empezaba á derretirse sobre las montañas, y en los jardines cubriáanse de flores sonrosadas los albaricoqueros desnudos de hojas.

Los soldados marchaban alegremente á la guerra, como si caminasen á una fiesta.

En los astilleros de Samos se había construído con cedros enormes, pinos y encinas traídos de las laderas del Tauro, una gran flota de mil doscientos navíos, que bajaron por el Eufrates hasta Kallinike.

Marchó Juliano á buen paso por Hierópolis hacia



Carres, y siguió el curso del Eufrates hasta la línea fronteriza persa del sur.

Otro ejército de treinta mil hombres había sido enviado por el norte dirigido por los comicios Procopio y Sebastián.

Cuando se hubieran unido al rey armenio Arsaces, devastarían Anadiabenes y Heliocom, y después de atravesar la Corduana, se reunirían con el ejército principal en Ktesifonte á orillas del Tigris.

Estaba previsto el plan por el emperador, y todo combinado y dispuesto con meditación y exactitud.

Los que conocían tan perfecto plan de campaña, admirábanse de la inteligencia y la sencillez con que había sido dispuesto.

Eran los comienzos de Abril cuando llegaron á Circesium, la última ciudad romana admirablemente fortificada por el emperador Diocleciano, en la misma confluencia de los ríos Albor y Eufrates, rayando en la frontera de Mesopotamia.

Se construyó un puente de barcas. Juliano ordenó pasar la frontera á la mañana siguiente.

A última hora de la tarde, cuando estuvo dispuesto todo, regresó Juliano rendido pero satisfecho. Encedida su lámpara dispúose á su trabajo favorito que le ocupaba una parte de la noche. Era esta una obra filosófica: *Contra los cristianos*. La escribía á trozos entre el ruido de los campamentos, el son de las trompas guerreras y el «alerta» de los centinelas.

Enorgullecióse ante la idea de luchar con el Ga-

lileo en todos los terrenos, combatiendo en el campo de batalla y combatiendo con la idea, con la espada romana y la sabiduría helénica.

Tenía siempre á la vista las obras de los Santos Padres, los cánones eclesiásticos y los símbolos de los concilios.

Estudiaba el Nuevo Testamento con igual entusiasmo que á Platon y Homero, y en las márgenes del libro, anotaba de su peño y letra comentarios

Quitóse Juliano la armadura, se sentó ante la mesa y tomó el cálamo, disponiéndose á escribir. Su soledad y recogimiento fué turbado en aquel punto. Acababbn de llegar dos correos al campamento; uno de Italia y otro de Jerusalén, y las nuevas no eran satisfactorias. La ciudad de Nicomedia, en Asia Menor, había sido destruída por un terremoto. Los habitantes de Constantinopla se habían aterrorizado ante continuos ruidos subterráneos. Las sibilas prohibían en sus libros pasar las fronteras en todo un año.

El correo que llegaba de Jerusalén, era portador de una carta del dignatario Alipo de Antioquía, al que Juliano hubo encargado la reconstrucción del templo de Salomon; que por una singular contradicción, el adorador de los dioses, había mandado reconstruir el templo del Dios único de Israel, que los romanos destruyeron para contradecir á la faz de los siglos y de los hombres aquella profecía evangélica de San Mateo (XXIV, 2): «No quedará piedra sobre piedra; todo será destruído».

El entusiasmo de los judíos respondió al llama-



miento de Juliano, y los donativos llegaban en abundancia de todas partes. Los planos de la construcción eran grandiosos. Empezaron en seguida las obras, y Juliano había encargado de la inspección de ellas á su amigo el noble comicio Alipo de Antioquia, hombre apto é instruido y antiguo lugarteniente de Bretaña.

—¿Qué ha ocurrido?—exclamó Juliano con inquietud, analizando, antes de abrir la misiva, el rostro abatido del mensajero.

—¡Oh, una desgracia muy grande, César muy amado!

—Habla; no temas.

—Mientras que los obreros desescombraban y derribaban los viejos muros, todo iba bien, mas cuando se ha comenzado á colocar las primeras piedras de la nueva construcción, se han agrietado los cimientos, han brotado llamas en forma de globos de fuego, se han caído las piedras y han quemado á los obreros. Sin embargo, al otro día se han continuado los trabajos, según ordenó el noble Alipo, y el sorprendente milagro se ha reproducido. El tercer día ocurrió lo mismo. Todos los cristianos están gozosos por su triunfo, los helenos aterrorizados, y no se encuentra un hombre que consienta en trabajar en las excavaciones. Nada queda de la construcción, ni una sóla piedra. ¡Todo, todo ha sido destruido!

—¡Calla, miserable! ¡Tú también serás galileo!—exclamó Juliano levantando el puño contra el mensajero que estaba de rodillas ante sus plantas.—

¡Todo eso es un atajo de embustes! ¡Chismes y habladurías! ¡Cómo no ha buscado Alipo un correo más espavilado!

Arrancó el sello, desdobló la carta y la leyó.

Decía verdad el correo, y Alipo confirmaba sus palabras. Juliano no acaba de darse cuenta de ello; volvió á leer con atención la misiva, acercándose más á la lampara. El semblante del emperador estaba lívido de cólera. Se mordía los labios hasta hacer brotar sangre, estrujó el papiro entre sus manos crispadas y dándosele al doctor Oribazy, que estaba cerca de él, le dijo:

—Toma, lee. ¿No crees en los milagros, eh? Pues ó Alipo se ha vuelto loco, ó de otro modo... ¡No, si eso sería imposible!

El sabio Oribazy tomó la carta y leyóla con mucha calma, según su costumbre. Luego, mirando fijamente á Juliano con sus ojos expresivos é inteligentes, contestó:

—Yo no veo aquí ningún milagro. Hace mucho tiempo que los sabios han descrito tal fenómeno. Existe en los sótanos de las antiguas construcciones que estuvieron privadas de aire durante muchísimos años, ciertos gases inflamables. Con penetrar solamente en tales lugares llevando una antorcha encendida, basta para que se produzca una explosión y el fuego devore á los imprudentes. Parecerá, sí, un milagro á los ignorantes; pero la ciencia ilumina con su luz, en ésto como en todas las cosas, las sombras de la superstición. No es nada de ello milagroso, es sencillamente natural, porque todo lo na-



tural está, ha estado y estará siempre, de acuerdo con las leyes que rigen á la naturaleza.

Después puso la carta con mucha parsimonia sobre la mesa y dibujóse en sus delgados labios una vaga sonrisa entre petulante y satisfecha.

—Eso es, seguramente,—contestó Juliano con un gesto de amargura.—¡Consolémonos así! Todo absolutamente tiene su explicación natural; el terremoto de Nicomedia, el de Constantinopla, los libros sibílticos con sus profecías, la sequía de Antioquia, las inundaciones de Egipto, los incendios de Roma... ¡Sí, todo es natural!... Solo que... es extraño, algo extraño que todo se vuelva contra mí, la tierra y el cielo, el agua y el fuego... ¡y hasta los dioses mismos, según parece!

En esto, Salustio Segundo penetró en la tienda:

—¡Sublime Augusto! Te ruegan los adivinos etruscos encargados por tí de averiguar la voluntad de los dioses, que no transpongas mañana la frontera.

Indícanlo las gallinas proféticas que, á despecho de ofrendas y plegarias, levantan la cabeza, no pican la comida, están tristes... ¡mal augurio!

Juliano arqueó primero las cejas colérico, mas en seguida sus ojos se plegaron y púsose á reír tan fuera de cuento, que los concurrentes miráronle sorprendidos.

—¿Oyes, Salustio? ¿No pican, eh? ¿Qué haremos con esos bichos que no quieren comer? ¿Será mejor escucharlos, volvernos á Antioquia y servir de chacota á los galileos?... ¿Sabes qué pienso, querido amigo? Ponte al habla en seguida con los adivinos

etruscos y dales mis imperiales órdenes. Que cojan los sacrificadores esas estúpidas gallinas, que por cierto están bien cebadas, y si no quieren comer que las arrojen al río; veremos si tienen ganas de beber!. Pronto, lleva mis órdenes.

—¡Te burlas, César! ¿Hemos oído bien, ó pretendes contra todo, pasar mañana la frontera?

—¡Oh, sí! Lo juro por las victorias que me esperan, por la prosperidad de Roma, que ninguna gallina agorera me ha de aterrar; ¡ni el agua ni el fuego, ni la tierra ni el cielo, ni tampoco los dioses! Es ya tarde y la suerte está echada. Veamos, amigos, ¿existe en la naturaleza algo más fuerte que la voluntad del hombre? ¿Existe en todos los libros de las sibilas algo superior á estas palabras: «¡Lo quiero así!»? Ahora siento en mi interior el verdadero misterio de la vida. Antes los augurios me ligaban y envolvían como las mallas de una red, haciéndome su prisionero. ¡Ahora caeo en ellos, y me burlo de ellos! ¿Es sacrilegio? Pues tanto peor. Nada he de perder, y si los dioses me abandonan, renegaré de los dioses.

Cuando Juliano quedó sólo, aproximóse á una estatua pequeña de Mercurio, con intención, según acostumbraba, de orar y ofrecerla en el trípode algunos granos de incienso, pero de repente se volvió sonriendo maliciosamente, y acostándose sobre la piel de león que le servía de lecho, después de apagar la lámpara, durmióse profundamente, con ese sueño tranquilo y confortante que nos hace olvidar las mayores desgracias la víspera de experimentarlas.



Despuntaba el alba cuando Juliano despertó, más satisfecho y contento que cuando se hubo acostado.

Sonaron las trompas. Montó Juliano sobre su corcel y encaminóse á las orillas del Abor. La mañana era hermosa y un airecillo de Abril arrastraba los húmedos efluvios del Eufrates. A lo largo del río, desde Circesium hasta el mismo campamento romano se extendía la flota, en una longitud de diez estadios. Tal aparato de fuerzas no se había desplegado desde el reinado de Jerges.

Lució el sol tras el mausoleo elevado á Gordiano, vencedor de los persas, muerto en aquel lugar por Filipo el Arabe. Resplandeció después su brillante disco por encima del horizonte tranquilo del desierto, como un globo de fuego, y súbitamente los mástiles y las velas coloreáronse de un tono sonrosado á través de la niebla matutina.

Juliano dió una orden, y la masa formidable de sesenta y cinco mil hombres púsose en marcha con cadencioso paso que hacía conmover la tierra.

Comenzó el ejército á transponer el puente que les comunicaba con la frontera persa. Juliano pasó el primero sobre su caballo, situándose sobre un cerro arenoso de la comarca enemiga. Marchaba á la cabeza de la cohorte palatina, Anatolio, el centurión de la guardia imperial, admirador de Arsinóe.

Anatolio contempló á Juliano. Un cambio radical se observaba en el emperador, verificado durante el mes que llevaba al aire libre, entre las faenas

del campamento y los azares de aquella vida, que le era saludable.

No era fácil recordar en el rostro atesado y varonil del emperador, de mirada alegre y juvenil, al dulce filósofo de cara flaca y amarillenta, ojos mortecinos, cabello y barba descuidados, ademanes indecisos, dedos sucios de tinta y toga mal prendida, al retórico Juliano, que servía de burla á los chiquillos de Antioquia.

—¡Silencio, escuchemos! César va á hablar.

Callaron todos. No se oía otro rumor que el de las ramas movidas por el viento, el de las aguas besando los navíos y el continuo aleteo de las banderas.

—Bravos guerreros entre los bravos,—dijo Juliano con voz firme;—leo en vuestros ojos la alegría y la resolución, y os saludo. El destino del mundo, camaradas, está en nuestras manos; nosotros restableceremos la antigua grandeza del imperio romano. ¡Elevad los corazones y disponeos á todo! No retrocederemos. Yo iré al frente de vosotros, á pie ó á caballo, afrontando vuestras fatigas y vuestros peligros, como el último soldado, porque desde hoy ya no sois mis esclavos, sois mis amigos, mis hijos! Si el destino dispone que caiga combatiendo, me tendré por dichoso dando mi vida por Roma, como los Scevolas, los Curiaces y los más nobles descendientes de Decio. Valor, camaradas, y recordad que los fuertes son siempre los vencedores.

Extendió Juliano su espada, señalando con un gesto sonriente á sus soldados el horizonte lejano.



El ejército romano levantó á una sus escudos exclamando:

—¡Gloria, gloria á César vencedor!

Surcaron las galeras las aguas del Eufrates, volaron las águilas romanas sobre las cohortes, y el caballo blanco condujo á Juliano al encuentro del naciente sol.

Más la sombra helada de la pirámide de Gordiano dibujábase en la arena, y en breve Juliano hubo de dejar los rayos de luz por aquella sombra de sepulcro solitario.

XVI

El ejército romano continuaba su marcha á lo largo de la margen izquierda del Eufrates. La llanura inmensa veíase cubierta de ajeno plateado. No había un solo árbol. De matas y hierbas despedíanse perfumes penetrantes. Rebaños de asnos salvajes atravesaban á veces la llanura levantando grandes nubes de polvo.

Los avestruces corrían asustados ante el paso del ejército. Cuando este hacía un alto, las chanzas, los cantos y la alegría de los soldados alegraban los campos. Los soldados al rededor de su vianda compuesta de carne de avutarda comunicábanse sus anhelos y se confortaban mutuamente. Así el campo parecía un paseo. Recibía el desierto á los guerreros ávidos de gloria, de sangre y de botín, con noches estrelladas y plácidas, alboradas y pue-



El ejército romano levantó á una sus escudos exclamando:

—¡Gloria, gloria á César vencedor!

Surcaron las galeras las aguas del Eufrates, volaron las águilas romanas sobre las cohortes, y el caballo blanco condujo á Juliano al encuentro del naciente sol.

Más la sombra helada de la pirámide de Gordiano dibujábase en la arena, y en breve Juliano hubo de dejar los rayos de luz por aquella sombra de sepulcro solitario.

XVI

El ejército romano continuaba su marcha á lo largo de la margen izquierda del Eufrates. La llanura inmensa veíase cubierta de ajeno plateado. No había un solo árbol. De matas y hierbas despedíanse perfumes penetrantes. Rebaños de asnos salvajes atravesaban á veces la llanura levantando grandes nubes de polvo.

Los avestruces corrían asustados ante el paso del ejército. Cuando este hacía un alto, las chanzas, los cantos y la alegría de los soldados alegraban los campos. Los soldados al rededor de su vianda compuesta de carne de avutarda comunicábanse sus anhelos y se confortaban mutuamente. Así el campo parecía un paseo. Recibía el desierto á los guerreros ávidos de gloria, de sangre y de botín, con noches estrelladas y plácidas, alboradas y pue-



tas de sol encantadoras, grata brisa impregnada de suaves olores que refrescaba las horas calurosas.

Caminaban siempre, cada vez más lejos, sin hallar al enemigo.

La llanura continuaba inmensa, desolada, sin fin y sin límites, el horizonte lejos, siempre más lejos, como si en vez de avanzar estuviera el ejército parado en el mismo sitio, hollando los tallos de las mismas hierbas que después de pisadas por los legionarios se levantaban tímidamente.

De repente volvióse amenazador el árido desierto. Cubrióse el cielo de espesas nubes y empezó a llover copiosamente. Retumbó el trueno, cruzó el espacio en continuo zig-zag el fulgurante relámpago. Un soldado cayó muerto por un rayo.

Terminaba Abril y el calor extremaba sus efectos. Los soldados envidiaban á los camaradas que podían caminar á la sombra de un dromedario ó de un carro.

Los del Norte, los hombres aclimatados á otras temperaturas, los galos y los sicambros morían de insolación. El llano interminable respiraba tristeza y tedio, árido y pelado, sólo se veía aquí ó allá alguna mata de hierba seca y requemada por el sol. La arena movediza hacía más penosa la marcha. Ráfagas súbitas de cálido viento azotaban el rostro de los soldados, destrozando estandartes y arrancando tiendas de cuajo. Cuando volvía la calma, silenciosa y profunda, aterraba más á los soldados con su insólita inercia, que el fragor del trueno y la tumultosa furia del huracán.

Cesaron los cantos, las bromas y la alegría. Pero las huestes caminaban, caminaban siempre después de sus cortos descansos; iban cada vez más lejos, y sin encontrar al enemigo nunca.

Empezaba Mayo cuando penetraron en los bosques de palmeras de Asiria.

Por fin vieron al enemigo. Fué en Mazeprakt, donde se elevaban las ruinas de la gran muralla que hicieron construir los antiguos reyes asirios.

Los persas retrocedieron desordenadamente y los romanos pudieron atravesar el ancho canal, que unía el Tigris con el Eufrates, lanzando contra el enemigo que huía, una lluvia de flechas envenenadas.

El canal, construido grandiosamente con ladrillos de Babilonia, cortaba la Mesopotamia entera, y se denominaba Nazar-Malka (río de los reyes).

Apenas los persas hubieron desaparecido, el nivel del Nazar Malka subió incesantemente, y saliendo el agua de sus cauces, extendióse por los campos colindantes. Los persas mismos habían preparado la inundación, abriendo todas las esclusas que rodeaban la tierra laborable de Asiria. La infantería tuvo que caminar con el agua hasta las rodillas y los pies hundidos en el cieno. Manípulos enteros se sepultaban en invisibles fosos; y en hoyos ocultos bajo extensas charcas desaparecieron jinetes con sus caballos y dromedarios con su carga entera. Hubo de sondarse el camino con largas pértigas antes de avanzar. El campo estaba transformado en lago y los bosques de palmeras, sobresaliendo del agua, formaban pequeñas islas.



—¿Hasta dónde vamos?—gemían los cobardes,—  
¿porqué no volvemos hacia el río y nos embarca-  
mos en los navíos? ¿Es que somos soldados para pe-  
lear en tierra firme, ó ranas para chapotear entre  
el barro?

Juliano marchaba siempre á pie con la infantería  
hasta en los pasos más difíciles. Ayudaba con sus  
fuerzas á levantar los carros atascados en el cieno  
y reía alegremente mostrando á los soldados su  
púrpura chorreando agua y salpicada de barro.

Con grandes troncos de palmera improvisáronse  
puentes volantes.

Cerraba la noche cuando el ejército romano con-  
siguió arribar á un sitio seco. Los soldados, rendi-  
dos de fatiga y extenuados, durmieron por fin con  
sueño agitado. Al despertar vislumbraron la fortá-  
leza de Perizaborh.

Los persas encaramados en lo alto de las mura-  
llas y de las torres inaccesibles, burlábanse de sus  
enemigos.

Pasó el día cambiándose juramentos y toda clase  
de proyectiles. Aprovechando una noche sin luna  
y observando el silencio profundo que reinaba, los  
romanos desembarcaron de los navíos sus catapul-  
tas y el ariete y las llevaron junto al muro de Pe-  
rizaborh. Los fosos fueron rellenados de tierra, y  
con ayuda de un *maleolo* (enorme flecha en forma  
de huso, llena de materias inflamables) consiguie-  
ron los romanos prender fuego á las capas de piel  
de cabra que guarecían las piedras contra el cho-  
che de las máquinas de sitio.

Precipitáronse los persas á sofocar el incendio y  
aprovechando aquel momentáneo desórden, mandó  
el emperador que hiciesen rodar el ariete.

Componíase de un tronco de pino amarrado con  
gruesas cadenas á una torre de maderos en forma  
de pirámide y terminado por una cabeza de carne-  
ro maciza de metal. Cien fornidos legionarios tiran-  
do rítmicamente de gruesas maromas hechas con  
nervios de buey, balanceaban como un péndulo ace-  
lerado el enorme pino. Resonó el primer golpetazo  
contra el muro formidable como el estampido de un  
trueno.

Retumbó la tierra y se estremecieron las mura-  
llas. Luego los golpes se sucedían más furiosos, con  
terquedad impaciente y el arriete formidable hun-  
día su frente de metal sin descanso en los fuertes  
muros. Sintióse un crujido y todo un ángulo vino á  
tierra con horrísono estrépito.

Los persas huían gritando desesperadamente.

Juliano, trasportado de júbilo, terrible como el  
dios de la guerra, lanzando destellos plateados su  
brillante casco, precipitóse el primero en la ciudad  
conquistada.

El ejército fué más lejos. Descansó dos días bajo  
las umbrías de los bosques, regalándose con el  
agradable vino hecho del jugo de la palmera y con  
riquísimos dátiles de Babilonia, dulces como la miel  
y transparentes como el ámbar.

Llegaron después á una llanura rocosa. El calor  
volvía á ser sofocante, más que nunca. Los solda-  
dos, los caballos y los dromedarios se morían. La



atmósfera pesada y caliginosa se arremolinaba al mediar el día encima del suelo, abrasando el aire, y por enmedio del desierto deslizábase perezoso el Tigris de un gris cobrizo, como perezosa sierpe que calienta sus anillos á los rayos del sol.

El ejército romano encontró á su paso una enorme roca amarillenta, erizada de asperezas. Era la segunda fortaleza que defendía la capital del sur de Persia, Ktesifonte, más inespugnable aún que Perizaborh; un verdadero nido de águila construído cerca de las nubes.

Sus diez y seis torres y el doble cerco de Maogamalki estaban construídos con los fuertes ladrillos babilónicos, secados al sol y soldados con betún, como los antiguos monumentos asirios, que desafían el embate de los siglos.

Comenzó el ataque. Nuevamente gimieron las pesadas balistas, las palancas y las recias poleas de los escorpiones y silbaron por los aires los maleolos inflamados.

Mediaba el día, abrasador, cuando los lagartos duermen aletargados en las grietas de las rocas; el sol implacable caía sobre las espaldas y las cabezas de los romanos como plomo derretido. Los legionarios sin escuchar á sus jefes y sin importarles el peligro, quitábanse rabiosamente los cascos y las armaduras candentes, prefiriendo ser heridos á morir abrasados.

Sobre las torres negruzcas y las murallas de Maogamalki que vomitaban piedras, balas de plomo, flechas envenenadas, faláricos que envenenaban el

aire con el azufre que contenían, ocultábase el cielo ceniciento azul y deslumbrante, implacable y terrible como una hoguera.

Pudo más esta vez el cielo que el odio de los hombres. Sitiados y sitiadores hubieron de suspender la lucha extenuados de fatiga, abrasados por el sol. Reinó un silencio triste, una calma de sepulcro.

Los romanos no desmayaron.

Después de tomar Perizaborh, creyeron los romanos que su emperador era invencible. Comparábanle á Alejandro el Magno y esperaban que hiciese milagros.

Varios días consecutivos, por la parte oriental de Maogamalki donde eran las rocas algo accesibles cavaron los soldados una zanja. Pasando bajo los muros de la fortaleza terminaba la zanja en el centro de la ciudad. El subterráneo tenía una anchura de tres codos y permitía marchar de frente á tres soldados. Fuertes maderos adosados de trecho en trecho servían de sostén á la techumbre. Los cavadores trabajaban contentos pues aquella humedad y frescura deliciosas les confortaba.

—Ya hemos cambiado de papel,—decían riendo los soldados,—antes éramos ranas y ahora somos topos.

Tres cohortes, matiarianos, lactinarianos y victorianos, mil quinientos guerreros en junto de los más valerosos, guardando el más absoluto silencio, se internaron en la galería esperando con impaciencia las órdenes de sus jefes para invadir la ciudad súbitamente.



Al clarear el día, se dispuso el ataque simultáneamente por dos lados opuestos á fin de distraer á los persas. Juliano marchaba guiando á sus soldados por una estrecha senda bajo una lluvia de piedras y de flechas.

«A ver si ahora, pensaba deleitándose en el riesgo, me preservan también los dioses, si obran un milagro y escapo también de la muerte.»

Y en esta idea una curiosidad irresistible le atraía más y más hacia el peligro despreciando la muerte con aire de desafío. Seguíanle fascinados los suyos, contagiados por aquella fiebre de gloria.

Entretanto los persas riéndose de los esfuerzos del enemigo, cantaban á coro la gloria del rey Sapor, y gritaban á las huestes romanas desde lo alto de sus parapetos:

— «¡Antes entrará Juliano en el Palacio de Ormuz que en Maogamalki!»

Cuando el ataque simultáneo hubo tomado incremento, el emperador hizo transmitir secretamente la orden á los jefes.

Los legionarios escondidos en la zanja aparecieron en el interior de la ciudad, pasando por el sótano de una casa donde una mujer amasaba pan tranquilamente. Lanzó un grito al verlos y fué la primera víctima.

Luego, deslizándose cautelosamente, lanzáronse por detrás sobre los sitiados.

Los persas, sorprendidos, abandonaron las armas dispersándose por Maogamalki. Entonces los legionarios abrieron las puertas de la ciudad que al punto sirvieron de paso á los romanos.

Desde entonces en el ánimo de los soldados romanos estaba que Juliano conquistaría toda la Persia como Alejandro de Macedonia.

El ejército aproximábase ya á Ktesifonte. Los navios continuaban esperando en el Eufrates.

Juliano no cesando un punto en su magna obra, restauró el antiguo canal romano construido por Trajano y Septimio Severo y cegado después por los persas.

Por este canal abrió paso á su flota que llegó al Tigris un poco más arriba de Ktesifonte. Hallábase el vencedor en el corazón del imperio asiático.

Al siguiente día Juliano reunió su consejo de generales y les comunicó que las tropas debían ser transportadas aquella noche á la opuesta orilla, al pie de la capital.

Dagalaif, Hormizda, Lecundino, Víctor, Salustio, veteranos experimentados, se aterraron ante esa idea y expusieron su temor al emperador rogándole que desistiera de tan temeraria empresa.

Hiciéronle presente la fatiga del soldado, la anchura del río, la rapidez de la corriente, lo abrupto de las riberas, la cercanía de Ktesifonte y lo numerosas que eran las tropas del rey Sapor, la salida inevitable de los persas cuando desembarcasen. Juliano no atendió á nada.

—Mientras se discute,—exclamó por fin impaciente,—ni el río se volverá más estrecho, ni las riberas menos escarpadas. ¡Si hubiese escuchado vuestro parecer aun estaríamos en Antioquia!

Los generales abandonaron la tienda del emperador consternados.



—¡No acabará bien!—suspiró el viejo y malicioso Dagalaif, bárbaro que había pasado su vida al servicio de Roma.—¡Acordáos de esto que ahora digo! Aunque parece alegre y satisfecho su semblante no refleja nada bueno. Conozco esa expresión que vi muchas veces en personas próximas á la desesperación ó la muerte. Es una alegría de mal agüero.

El crepúsculo descendía entre la niebla sobre las ondas compactas del grandioso río.

Dióse la señal.

Cinco galeras que llevaban cuatrocientos soldados soltaron las amarras. Durante largo rato oyóse el golpear unísono de los remos. Después nada. La obscuridad era impenetrable. Juliano atento ocultaba su profunda emoción con una sonrisa. Los jefes hacían comentarios entre sí. De súbito se vió un fulgor romper la negrura de la noche. Se contenía la respiración en todos los pechos y todas las miradas se volvieron al emperador. Se comprendió lo que aquel fulgor significaba: los persas habían prendido fuego á los navíos con sus aparatos incendiarios lanzados certeramente desde la otra orilla.

Juliano palideció, más rehaciéndose vivamente no dando tiempo á sus soldados de percatarse de ello, corrió al navío más cercano y saltando sobre él gritó dirigiéndose al ejército:

—¡Victoria, victoria! ¿Véis ya el fuego? Son los nuestros que han logrado desembarcar y se han apoderado de la ribera. Dí orden á la cohorte de hacer esa señal. ¡Seguidme, camaradas!

—¡Oh, que pretendes!—murmuró á su oído el

prudente Salustio.—Somos perdidos. ¡Ese fuego es en los navíos!

—¡Se ha vuelto loco!—gimió Hormizda lleno de terror.

Dagalaif, el astuto bárbaro, se encogió de hombros. Los soldados lanzáronse en pos de Juliano con irresistible empuje atropellándose unos á otros gritando:

—«¡Victoria, victoria!»

Algunos en su prisa caían al agua pero salían riendo y se precipitaban en los navíos. Las barcas, no habiendo sitio ya en las galeras, iban colmadas y á punto de hundirse.

Los jinetes arrojábanse sin miedo á la corriente cortándola con el pecho de sus caballos.

Los bávaros y los celtas sin abandonar sus enormes escudos de cuero nadaban entre las tinieblas y sus escudos giraban rápidamente donde la corriente era más impetuosa; sin advertir el peligro todos gritaban:

—«¡Victoria, victoria!»

El incendio de los cinco primeros navíos pudo ser extinguido no sin trabajo.

Sólo entonces comprendieron la estratagema de Juliano, pero el ejército se alegró aún de encontrarse al otro lado. Todo les parecía hacedero y posible después de salvado el primer riesgo.

Cuando apuntó la aurora eran ya dueños de las alturas, mas apenas habían reposado un instante sin dejar las armas vieron salir por los muros de Ktesifonte un enorme ejército que se extendió por la llanura.



Doce horas duró el combate. Batíanse los persas con todo el ardor de la desesperación.

El ejército del emperador vió en aquella ocasión por vez primera los enormes elefantes de guerra que podían deshacer una cohorte entera como un haz de heno.

No recordaban los romanos triunfo semejante desde los tiempos de Trajano, Vespasiano y Tito.

Juliano hizo sus ofrendas al sol Levante y al dios de la guerra.

El ejército romano estaba de fiesta. Unicamente los augures etruscos, conservaban, como de costumbre, su terca y malévolá tristeza.

Trajeron las ofrendas: diez toros blancos de una belleza que recordaba los antiguos bajo relieves griegos.

El primer toro adornado de laureles fué conducido junto al altar humeante.

Andaba lentamente, pacífico, y de pronto dando un salto, arrodillóse con un mugido triste, parecido á un lamento humano que estremecía, hundió el hocico en el polvo, y antes que el victimario hubiera tocado con su barba la testuz del animal, estremeciósé y murió.

Condujeron otro toro que cayó muerto de igual manera. Luego un tercero y después un cuarto. Todos ellos al acercarse al altar flojeaban, sentían una debilidad extraña que les hacía caer como si estuvieran poseídos de una enfermedad mortal.

Un murmullo de terror corrió por el ejército. Aquello era un augurio terrible.

Afirmaban algunos que los sacrificadores etruscos se habían vengado del desprecio que el emperador sentía por su ciencia, envenenando á los toros.

Nueve toros cayeros así. El décimo rompiendo las cuerdas que le sujetaban escapó y atravesó el campamento mugiendo sin que pudiesen cogerlo. El sacrificio resultaba incompleto y los augures sonreían sarcásticamente.

Cuando comenzaron á descuartizar los toros muertos, Juliano con una mirada escrutadora de adivino, vió en ellos presagios aterradores. Volvió el rostro y quiso sonreír pero no pudo. De pronto fué hacia el altar y le dió un fuerte puntapié. Tumbaleósé el altar pero no cayó. La muchedumbre dejó escapar un hondo suspiro. El prefecto Salustio corrió al lado del emperador y murmuró:

—Los soldados lo ven... Sería mejor interrumpir el sacrificio.

Juliano le separó con un ademán, y golpeando con más fuerza el altar lo derribó al suelo. Los carbones encendidos se dispersaron, el fuego se apagó y el humo oloroso se elevó más denso.

—¡Pobres de nosotros! ¡Profanan el altar!—gimió una voz dolorosamente.

—¡Sí, te digo que está loco!—balbuceaba Hormizda, oprimiendo la mano de Dagalaif.—¡Mírale! ¿Cómo no lo notan los demás?

Los augures etruscos continuaban inmóviles, indiferentes como jueces severos.

Juliano levantando los brazos al cielo y con la mirada brillante gritó:



—¡Juro por el gozo eterno escondido aquí, dentro de mi corazón, que reniego de vosotros como vosotros habéis renegado de mí! ¡Os abandono lo mismo que me habéis abandonado! ¡Oh! ¡divinos impotentes! ¡Estoy yo sólo contra vosotros, fantasmas del Olimpo! ¡Aunque soy semejante á vosotros no soy vuestro igual, porque yo soy un hombre y vosotros dioses únicamente!... Ya hace tiempo que mi corazón anhela esta declaración y ahora rompo vuestra alianza. Me río lo mismo de vuestras profecías pueriles que de mi terror infundado y supersticioso. ¡Vivía como un esclavo! ¡y pensar que podía haber muerto lo mismo! Pero he despertado á tiempo, he comprendido que soy más fuerte que los dioses porque consagrado á la muerte la he vencido! ¡Ya no hacen ni tristezas ni ruegos ni ofrendas ni víctimas! ¡Se ha terminado! ¡De hoy en adelante no habrá en mi vida una sombra ni un estremecimiento; nada! sólo, con mi eterna risa olimpica que os arrebató, ¡oh muertos! Nada, sino el fuego sacro que os robo. ¡Oh, inmortales! ¡Será mi vida como el cielo despejado en el que vivisteis otro tiempo y en el que ahora morís para dejar el sitio á los hombres-dioses!... ¡Máximo, Máximo, tuya sola es la razón: tu espíritu flota sobre mí!

Un anciano augur de noventa años llegó hasta al emperador, y poniendo una mano sobre su hombro, dijo:

—¡Habla más bajo, hijo mío, más bajo! comprendiste el misterio, alégrate en silencio. No tientes á las muchedumbres. Los que te oyeron no pueden comprenderte.

Los murmullos de indignación crecían.

—¡Está delirando!—dijo Hormizda á Dagalaif,— habremos de llevarle á su tienda, ó esto lleva trazas de terminar malamente.

Oribazy con aire de médico cortesano, tomó por la mano al emperador y empezó á persuadirle con dulces palabras.

—¡Oh, tienes que reposar Augusto amado. Ya llevas dos noches sin descansar!

En este país hay epidemia de calenturas perniciosas. Vamos á la tienda, que el sol te pondría malo... ¡Las enfermedades se agravan!

Juliano le miró distraído.

—Aguarda, Oribazy, he olvidado algo... ¡Sí, sí!... ¡Era lo principal! Escúchame y no lo digas jamás: Los dioses ya no existen, mejor dicho, los dioses no existen aún. Y si no existen, existirán, mas no en fábulas, sino sobre la tierra. Todos seremos dioses, y para ello sólo hemos de menester una gran audacia, como todavía no la ha tenido nadie, ni el héroe de Macedonia.

La agitación que reinaba en el ejército hacíase temible; las murmuraciones confundíanse con los gritos de indignación. Ninguno se daba cuenta clara pero todos notaban algo anormal, inusitado en el ambiente.

Algunos vociferaban con terror supersticioso:

—¡Sacrilégio! ¡Volved el altar á su sitio! ¿Qué esperan los sacrificadores?

Otros contestaban:

—¡Los sacrificadores han envenenado á César,



porque no atendía sus consejos! ¡Mueran los sacrificadores que quieren perdernos!

Aprovechando la ocasión los galileos, deslizábanse entre los grupos con aire sencillo, reían y charlaban entre ellos dejándose oír:

—¡Ya lo véis! Es Dios que castiga. Ha permitido que se apoderen de él los demonios y han trastornado su razón. ¡Por eso se ha rebelado contra los falsos dioses, porque ha renegado del Unico!

Juliano, como si despertara de una pesadilla, miró lentamente la multitud y preguntó después con aire indiferente á Oribazy:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué vociferan? ¡Ah,... sí, el altar derrumbado!

Y contemplando con amarga mueca los carbones apagados, prosiguió:

—Sabes, mi sabio Oribazy; no se puede ofender de un modo tan terrible á la gente como con la verdad! ¡Qué sencillez la suya! ¡Pero no importa, que griten, que lloren, ya se consolarán! Vamos, amigo, vamos en busca de la sombra. Tienes razón: el sol debe enfermar. Ya me duelen los ojos y estoy rendido.

Marchóse lentamente apoyado en el brazo de su amigo. Al trasponer su tienda indicó que le dejaran solo con débil ademán. Bajóse la mampara y la tienda quedó sumida en la obscuridad profunda.

Aproximóse el emperador á su pobre lecho, su dura cama de campaña, la piel de león sobre la cual tendióse fatigado. Así permaneció largo rato tapándose la cara con las manos, como cuando era

niño después de una grave ofensa ó algún infantil disgusto.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡César está enfermo!—exclamaban los jefes á media voz para calmar á los soldados.

Todos callaron.

En el campamento reinaba el silencio de una habitación en que hubiera un moribundo, era un silencio triste de penosa éspera.

Tan sólo no esperaban los galileos; andaban furtivamente de un sitio á otro, penetraban en todas partes esparciendo rumores fatídicos, y como sierpes despertadas por el sol de su letargo silbaban sin descanso:

—¡Ya lo véis, es Dios que le castiga!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

XVII

Oribazy había levantado varias sigilosamente la mampara de la tienda, para ofrecer al enfermo una pócima refrigerante. Juliano la rechazaba, suplicando que le dejasen tranquilo. Causábanle pavor los rostros humanos, la luz, el ruido. Ocultando su cara entre las manos, cerrados sus ojos, pugnaba por huir de sus propios pensamientos, quería olvidar donde se hallaba y lo que sentía.

El poderoso esfuerzo de voluntad que había gastado durante aquellos tres meses, habíanle cambiado totalmente debilitándole como si hubiese sufrido una larga enfermedad. Ignoraba ya si soñaba ó si estaba despierto. Repetíanse las imágenes de cuanto acaeció, desfilando ante sus ojos con una rapidez singular y una precisión aterradora. Parecíale estar acostado en la gran sala de Macelo. Le había bendecido la vieja Labda para que tuviera paz



su sueño, y los resoplidos de los caballos atados junto á la tienda, figurábansele el ronquido extraño de Mardonio.

Sentíase gozoso, cuando muchacho, desconocido y alejado del mundo, allá en las montañas de Capadocia.

A veces sentía el grato perfume de los jacintos enardecidos por el sol de Marzo en el jardín del sacrificador Olimpiador; creía escuchar la risa argentina de Amarilis, y el ruido grato de la fuente, el metálico acorde del juego del Kottavos y el grito de Diofana: «Hijos míos, ya están cocidas las tortas de jengibre!»

Luego todo desaparecía. Y solo escuchaba el zumbido de las moscas en un rincón, donde el viento no llegaba, sobre el blanco muro herido por el sol á la orilla del mar.

Veía complaciente las olas que se mecían en la infinita suavidad de la Propontida, y creíase solo en un desierto inmenso donde nadie iría y como los inquietos moscardones en la vasta superficie del blanco muro, sentía la inocente placidez de una vida de sol, de aire puro y tranquilidad solemne.

Despertado el soñador de súbito, recuerda que está aún en el corazón de Persia; que es emperador que tiene á sus órdenes sesenta mil legionarios, que ya no hay dioses y que había derribado el altar de los sacrificios. Siente un agudo estremecimiento, recorre su cuerpo un frío glacial y le parece desplomarse en el vacío sin hallar un sostén que le contenga.

No se daba cuenta del tiempo que todo esto había durado.

Y no ya en sueños, sino realmente, oye la voz de su fiel esclavo que murmura asomando la cabeza por debajo de la mámpara:

—¡César, tengo miedo de molestarte pero no me atrevo á desobedecerte! Ordenaste que se te avise en seguida... ¡Acaba de llegar al campamento el jefe Arifeo!

—¡Arifeo!—gritó Juliano incorporándose.—¡Traele en seguida!

Era este uno de los jefes más valientes y decididos que había sido enviado para enterarse de si el ejército de socorro, compuesto de treinta mil hombres á las órdenes de los comicios Procopio y Sebastian, no venía como había ordenado con las tropas del aliado Arsaces, á unirse con el emperador ante los muros de Ktesifonte.

Juliano contaba con aquel refuerzo hacia tiempo del que dependía la suerte del ejército principal.

—¡Traele en seguida!—repitió el emperador.—¡Deprisa! Sino, no... yo mismo...

Mas su debilidad no se había disipado todavía. Su cabeza rodaba, tuvo que cerrar los ojos y apoyarse, para no caer, en la sala de la tienda.

—¡Dame vino... muy fuerte... con agua muy fría!

El viejo esclavo sirvió rápidamente una copa al emperador, que bebió á sorbos y salió de la tienda.

La tarde avanzaba. Al otro lado del Eufrates, había descargado una tormenta y el viento traía el



fresco olor á lluvia. Entre las nubes titilaban algunas estrellas y del desierto llegaban los aullidos de los chacales.

Juliano al salir de la tienda descubrió su pecho y tendió su frente al viento acariciador. Sonrió melancólicamente pensando en su cobardía; ya no se sentía débil, iba recuperando fuerzas y sus nervios poníanse en tensión nuevamente. Quería entonces mandar, obrar, no descansar nunca, combatir siempre, jugar con la vida y con la muerte y vencer todos los peligros. Solo de vez en cuando sentía un involuntario estremecimiento.

Arifeo llegó entonces.

Las noticias eran terribles. La esperanza de auxilio de Procopio y de Sebastian estaban perdidas. El emperador Juliano quedaba abandonado por sus aliados en el centro de Asia. Hablábale de la traición del truhan Arsaces.

En aquel instante anuncióse al emperador que deseaba hablarle un desertor del campamento de Sapor.

El persa prosternóse ante Juliano y besó la tierra.

Parecía un monstruo. Tenía la cabeza afeitada y cruelmente desfigurada por las torturas asiáticas, cortadas las orejas y las narices, recordando su aspecto los cráneos de los cadáveres. Solamente sus ojos brillaban con fulgor inusitado. Vestía rica túnica color de fuego y hablaba defectuosamente el griego. Acompañábanle dos esclavos.

Dijo el persa llamarse Artabán, ser un sátrapa á

quien calumniaron ante Sapor y que después de torturado se pasaba á los romanos para vengarse del rey.

—¡Oh, señor del universo!—decía Artaban enfáticamente y fingiendo lealtad.—Yo te entregaré á Sapor atado de pies y manos como un cordero para el sacrificio. Yo te llevaré por la noche al campamento y tu mismo podrás coger al rey con tus manos como los niños cogen con las suyas á los pajarillos. ¡Solo escucha á Artaban!... ¡Artaban todo lo puede!... ¡Artaban solamente conoce los secretos del rey!

—¿Y qué esperas de mí?—preguntó Juliano.

—Solo la venganza. Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Al norte, después del desierto, trescientos veinticinco parasanges, luego unas montañas al este, directamente entre Susa y Ecbatana.

Y el persa señalaba al horizonte.

—¡Allá, por allá abajo!—repetía sin quitar la vista de Juliano.

—¡Oh, César, ten cuidado!—murmuró Hormizda al oído de Juliano,—á ese hombre le denuncia su mirada!... es un hechicero, un pillastre ó quizá algo peor. ¡En estos lugares por la noche se cometen toda clase de atropellos! ¡Echale! ¡No le atiendas!

El emperador no escuchó las palabras de Hormizda. Sentía la singular fascinación de la mirada suplicante del persa.

—¿Tú conoces exactamente el camino que conduce á Ecbatana?



—¡Oh, sí!—contestó vivamente el mónstruo con un gesto de suficiencia.—¿Cómo no le conoceré? Conozco cada grano de arena del desierto, cada paso... Artaban sabe lo que cantan los pájaros, siente fluir los manantiales subterráneos y conoce las palmeras rama por rama. Artaban correrá ante tu ejército buscando las huellas, enseñando el camino... Fía en mí y antes de veinte días toda la Persia será tuya, hasta la India, hasta el mismo Océano!

El emperador sentía latir su corazón como si fuera á saltársele del pecho.

—¡Oh! ¿sí será este el milagro que yo esperaba?—pensaba,—¡dentro de veinte días será mía toda la Persia!

Sentíase ahogar.

—¡No me arrojes!—imploraba Artaban.—¡Seré tu perro, echado siempre á tus pies! Desde que te he visto te he querido, ¡oh, señor universal, te he querido mas que á mi alma, porque eres magnífico! Quiero que andes sobre mi cuerpo, que me pises y lameré el polvo de tus pies cantando: «¡Gloria! ¡Gloria al hijo del Sol, al rey de Oriente y Occidente, el gran Juliano!»

Besó después las plantas del emperador é igualmente hicieron los esclavos que prosternados á su vez repetían á coro:

—¡Gloria, gloria, gloria!

—¿Entonces que haremos con los navíos?—pensó en voz alta Juliano.—¿Conservarlos ó dejarlos desarmados en manos del enemigo?

—¡Quemarlos!—indicó Artaban.

Estremecióse Juliano y miró fijamente al persa.

—¿Qué has dicho, quemarlos?

Levantó Artaban la cabeza y clavó su mirada brillante en la del emperador.

—¿Tienes miedo? ¡Tú! No. ¡Solo los hombres tienen miedo; pero no los dioses! Quemando las galeras serás libre como el viento, y tus navíos no podrán caer en poder del enemigo; así tu ejército crecerá con los tripulantes de la flota. ¡Tú serás grande y atrevido hasta el fin! ¡Quémalos! Dentro de diez días podrás estar ante los muros de Ecbatana y dentro de veinte toda la Persia será suya! Serás, ¡Oh, Juliano! más grande que el hijo de Filipo el vencedor de Dario. ¡Quema tus navíos y sígueme! ¿O no te atreves?

—Y si todo ello fueran embustes tuyos? ¡Oh! ¡Si leo en tu corazón que estás mintiendo!—exclamó Juliano sugetando con una mano al persa por el cuello y amenazándole con la otra con el puñal.

Entonces Hormizda suspiró, desahogándose su pecho.

—¡No importa, moriré á tus manos si no me crees!

—repetía Artaban.

Soltóle Juliano y envainó el puñal.

—Dulce y terrible es mirar en tus ojos,—continuó impávido el mónstruo sin apartar su mirada de los ojos de Juliano.—¡Tú rostro es el rostro de un Dios! Si nadie lo sabe aún yo solo sé quien eres. No desprecies á tu esclavo, señor.

—¡Ya veremos!—agregó el emperador pensativo.



—Hace ya tiempo que quería batirme con tu rey en el desierto... Pero mis navíos...

—¡Ah, sí, los navíos!—murmuró el viejo,—hay que partir lo antes posible... para que los de Ktesefonte no se enteren... ¡Los quemarás!

El emperador no contestó esta vez.

—¡Lleváoslos!—ordenó indicando á los desertores á los legionarios.—Vigiladlos de cerca.

Al volver á su tienda, Juliano se paró y levantó los ojos.

—Es verdad,—pensaba,—siento que mi voluntad es como la voluntad de los dioses. Apenas he pensado y ya se ha efectuado.

Aumentaba la alegría de su alma y sonriendo tuvo que apoyar la mano sobre el corazón para contener sus latidos. Sentía aún ciertos escalofríos y la cabeza pesábale como si el sol hubiese penetrado en ella.

Llamando después á su tienda al anciano jefe Víctor que le era adicto ciegamente, confióle el anillo de oro que llevaba el sello imperial.

—¡A los comicios Constantino y Sucilio comandantes de la flota!—ordenó brevemente Juliano.—

Antes que amanezca quemarán los navíos excepto los cinco grandes cargados de pan y los doce pequeños que nos servirán de puentes volantes. Todos los demás serán quemados. El que se oponga á esta orden responderá con su cabeza. Guarda el secreto más absoluto... ¡Vé!

Entrególe un trozo de papiro, en el que había escrito lacónicamente la orden á los comandantes de la flota.

El anciano Víctor, no admirándose de nada según su costumbre, besó el borde de la púrpura imperial y salió.

El emperador á pesar de la hora reunió un consejo de generales. Los jefes reuniéronse en la tienda cabizbajos y tristes, irritados interiormente.

En pocas frases expúsoles Juliano su plan de ir al norte del centro de Persia hacia Susa y Ecbatana para apoderarse del rey de improvisó.

Indignáronse todos. Hablaron á un tiempo, no disimulando que aquel proyecto era una verdadera temeridad. En los rostros austeros de los ancianos y sabios guerreros leíase el cansancio, la desconfianza y el despecho.

Algunos replicaron con sequedad:

—¿A dónde vamos? ¿Qué falta aún?—decía Sallustio Segundo.—Piensa algo, César; hemos conquistado ya la mitad de la Persia. Sapor pide ya condiciones de paz como ningún monarca de Asia las ha ofrecido á conquistador romano alguno, ni al gran Pompeyo, ni á Septimio Severo, ni á Trajano. Firmemos así la paz antes que sea demasiado tarde y regresemos á nuestra patria.

—El ejército murmura,—añadía Dagalaif.—No es cuerdo arrastrarles á la rebelión. Están fatigados, rendidos. Muchos, enfermos ó heridos. Si van más lejos no puede responderse de nada. ¡Ten lástima de ellos! Y tú también ¿no apeteces ya el reposo? Debes estar más cansado que nosotros...

—¡Volvamos!—gritaban los jefes.—Avanzar más sería temerario.



En aquel instante un ruido sordo singular y amenazador se escuchó detrás de la tienda semejante al bramido del mar. Juliano prestó atención y se dió cuenta de todo: era la sublevación.

—Ya sabéis mi voluntad,—dijo impasible señalando á los jefes la salida,—¡es inquebrantable! Nos pondremos en marcha dentro de dos horas. ¡Preparadlo todo!

—Augusto muy amado,—contestóle Salustio calmosa y respetuosamente,—no me iré de tu presencia sin decirte lo que debo. Acabas de hablar con nosotros tus iguales, si no en poder en valor, de un modo indigno de un romano discípulo de Sócrates y de Platón y no podemos perdonar tus palabras más que teniendo en cuenta la excitación momentánea que enerva tu imperial cerebro.

—¡Está bien!—exclamó Juliano mordazmente y poniéndose lívido de cólera mal contenida.—¡Tanto peor para vosotros, amigos míos, pues en tal caso estáis á merced de un loco! Sí, acabo de dar la orden de incendiar los navíos y mi mandato se está ejecutando en este momento. Como preveía vuestra cordura os he cortado la retirada. De modo que ahora está vuestra vida entre mis manos y os obligaré á creer en el milagro!

Quedaron mudos de estupefacción los presentes; solamente Salustio llegó en dos grandes pasos hasta Juliano, y cogiéndole las manos, exclamó:

—¡Eso es imposible, César!... No has intentado... ¿verdad?...

No terminó su discurso y soltó las manos del emperador viendo su impasibilidad.

Todos escuchaban ahora en pie los rumores de fuera. Los gritos de los legionarios eran cada vez más fuertes y nutridos; el tumulto del motín aproximábase como una tempestad, flotante sobre las copas de los árboles de un inmenso bosque.

—Dejadlos que griten,—murmuró Juliano tranquilamente,—¡pobre gente! ¿A dónde irán sin mí? ¿No oís? Pues por eso he incendiado los navíos, última esperanza de los pusilánimes y cobardes. Ya no hay regreso posible á menos que se obre un milagro. Ahora todos estáis ligados á mí en vida ó muerte. Pero dentro de veinte días el Asia será nuestra... Os he rodeado de dificultades para que los vengáis y os igualéis á mí! ¡Alegraos! ¡Yo os llevaré como Dionisios á través del orbe, y seréis dueños y señores de los hombres y de los dioses! ¡Seréis dioses todos vosotros!

Cuando había pronunciado estas frases, todo el ejército lanzó una queja de infinita angustia.

—¡Los queman! ¡Los queman!

Precipitáronse los jefes fuera de la tienda, seguidos de Juliano.

Contemplaron los resplandores del incendio. La orden del emperador había sido transmitida textualmente por Víctor, y la flota rodeada de llamas ardía rápidamente.

El emperador fijaba su vista en el imponente espectáculo con muda é indescifrable sonrisa.

—¡César! ¡Los dioses nos protejan!... ¡Ha huido!

Y diciendo estas palabras cayó trémulo á sus plantas un centurión.



—¿Huído? ¿Quién? ¿Quién ha huído?

—¡Artaban! ¡Artaban! ¡Pobres de nosotros! ¡Has sido engañado, César!

—¡Oh, es imposible! ¿Y los esclavos?—murmuró aterrado el emperador.

—Ahora confiesan en el tormento que Artaban no era un sátrapa. Artaban era un cobrador de contribuciones de Ktesifonte, que inventó esa estratagemata para salvar la ciudad, hacerte penetrar en el desierto donde los persas se apoderarían de tí. Sabía que incendiarias los navíos. También han dicho que Sapor avanzaba al frente de un formidable ejército.

Juliano se precipitó á la orilla del río en busca de Victor.

—¡Apagad! ¡Apagad lo más pronto posible!

Pero su voz enmudeció. Juliano comprendía que ninguna fuerza humana sería capaz de atajar el terrible incendio, avivado por un viento tempestuoso.

Llevóse las manos á la cabeza y aunque ya no tuviera fe en su corazón ni plegarias en su mente, elevó los ojos al cielo como si buscase ignorada protección.

—¡Los persas nos quemado las naves—gemían unos señalando el fuego.

—No, han sido nuestros jefes para conducirnos al desierto y abandonarnos allí,—gritaban otros.

—¡Mueran los sacrificadores!—vociferaban más allá.

—Los sacrificadores han envenenado á César y le han vuelto loco.

—¡Gloria á Augusto Juliano vencedor!—exclamaban los galos y los celtas sempre fieles.—¡Callaos los traidores! ¿No vive César? Pues ningún temor hay!

—Los cobardes lloraban.

—¡La patria! ¡La patria! ¡No avanzaremos más! ¡No queremos ir más allá! ¡Antes la muerte!

—¡De ese modo volveremos á ver nuestro país natal! ¡Estamos perdidos, hermanos! ¡Los persas nos han cogido en el lazo!

—Pero ya véis,—decían triunfalmente los galileos.—Los demonios se apoderaron de él por fin, y el impio Juliano ha vendido su alma. Los demonios le arrastran ahora al abismo. ¿Véis á dónde puede llevaros un loco poseído?

Y entre tanto, Juliano distraído, sin ver ni oír, como en un profundo sueño, murmuraba sonriendo en su impotencia:

—¡Qué me importa! El milagro se efectuará. Si no hoy más adelante! ¡Creo en el milagro!

El 16 de Junio hacía el ejército el primer vivac de su retirada. Habíanse negado á ir más allá. Ni los ruegos ni las promesas ni ordenes ni amenazas del emperador habían logrado convencerles.

Los romanos, los celtas, los cristianos, los paganos, cobardes y valientes todos habían contestado con el mismo grito:

—¡Regresemos!... ¡La patria!...

Regocijábanse interiormente los jefes. Los augures etruscos triunfaban por fin.

Después del incendio de las galeras todos se habían rebelado.



Y ahora, no solamente los galileos, sino también los paganos convencíanse de que una terrible maldición pesaba sobre la cabeza de Juliano, de que las Euménides le perseguían. Cuando cruzaba el campamento ahogábanse las voces; apartábanse todos á su paso con temor.

Los libros de las sibilas y el Apocalipsis, los augures, las murmuraciones cristianas, los dioses y los ángeles todo se adunaba para perder al enemigo común.

Entonces Juliano declaró que los llevaría hácia su patria, atravesando la provincia de Corduana y el fértil Heliocom.

Conforme á este plan de retirada se conservaba la esperanza de volver á unirse á las huestes de Procopio y de Sebastián.

El emperador consolábase pensando que no dejaba aún la Persia, que aún podía hallar al ejército de Sapor, dar una batalla y salir victorioso.

Más los persas no parecían y queriendo antes de la batalla decisiva debilitar á los romanos habían talado los fértiles campos de trigo y cebada, quemado los depósitos y los graneros.

Los soldados de Roma caminaban por un desierto muerto, aún humeante por los recientes incendios.

Empezó la escases y para aumentar el desastre, los persas habían destruido los diques y los canales inundaban los campos devastados.

En aquella obra ayudaron los ríos y los torrentes salidos de madre, á causa del rápido deshielo en las montañas de Armenia.

Secábase el agua rápidamente bajo los rayos calurosos de Junio y sobre la tierra caliente aún formábanse charcas de cieno.

Por la tarde, de entre aquellos carbones húmedos despedíanse vapores asfixiantes.

El olor nauseabundo de la corrupción impregnaba el aire, el agua los vestidos y los alimentos de los soldados.

Desde los pantanos en corrupción elevábanse multitud de insectos. Mosquitos venenosos, atormentadores tabanos y moscas verdosas, volaban en apretadas nubes sobre las bestias de carga y pegábanse á la piel mojada de los legionarios.

A todas horas oíanse su zumbido atormentador.

Los caballos se encabritaban, los bueyes rompían sus ligaduras y volcaban los carros. Ni después de los pasos difíciles podían los soldados hallar reposo.

Ni dentro de las tiendas se hallaba refugio contra los insectos que penetraban por cualquiera abertura.

Tenían que envolverse la cabeza en un lienzo para conseguir el reposo.

Las picaduras de algunas moscas blancas producían tremendos hinchazones, pústulas que mortificaban al principio y por último se convertían en grandes llagas pestilentes.

Los últimos días el sol estaba oculto por las nubes, el cielo sofocante parecía cubierto por una densa y uniforme niebla, cuya inmovilidad era aún más penosa á la vista que los rayos del sol.



Caminaban de esta manera, extenuados, vacilantes, la cabeza baja, entre el cielo gris é implacable y la tierra estéril y abrasada.

Les parecía que el Anticristo, el Hombre reprobado por Dios, habiales llevado exprofeso á aquellos lugares malditos para perderles.

Algunos murmuraban y denigraban á los jefes. Otros gemían y sollozaban como niños enfermizos pidiendo un pedazo de pan ó un sorbo de vino.

Muchos quedaron tendidos en el campo; la debilidad les mataba.

Juliano ordenó distribuir á los hambrientos las últimas provisiones que reservaba para él y sus ayudantes. El emperador se contentaba con un sencillo cocimiento de harina, con un trocito de sebo, alimento que hubiese rechazado cualquiera de sus legionarios.

Gracias á una gran continencia sentía de continuo una excitación inquieta y una agilidad pasmosa.

Esta misma agilidad le sostenía y duplicaba sus fuerzas.

Se esforzaba por no pensar en el mañana. Regresar á Antioquia ó á Tarso vencido y humillado, ser pasto de las burlas de los galileos, sabía que no era capaz de soportarlo.

La noche de aquel día descansaban los soldados porque el viento norte que soplaba había alejado los insectos.

El vino, el aceite, la harina, últimas provisiones del Emperador habían saciado el hambre.

La esperanza de ver la patria renacía en los corazones y el campamento quedó sumido en el silencio.

Juliano recogióse también en su tienda.

Ahora dormía poco, durante la noche y solamente al amanecer lograba conciliar el sueño. Si alguna vez se dormía profundamente despertábase sobresaltado con la frente cubierta de sudor frío.

Sentíase con necesidad de poseer todo su conocimiento para ahogar la pena que le corroía.

Cuando penetró en su tienda, hizo saltar con unas pinzas la pavesa de la lámpara.

Cerca de él veíanse en desorden rollos de pergamino y el Evangelio. Dispúsose á proseguir su obra *Contra los cristianos*, comenzada dos meses antes, cuando empezó la campaña.

Juliano tendido de espaldas á la puerta repasaba el manuscrito, cuando oyó de pronto un ligero ruido.

Incorporóse lanzando un grito. Le pareció ver un fantasma. En el umbral estaba en pié un adolescente cubierto con una raída túnica parda de piel de camello. Llevaba en los pies desnudos unas sandalias de palmera, y cubría sus hombros una sucia piel de carnero, la «melatea» de los anacoretas egipcios.

Mirábale el emperador sin fuerza para hablar.

El adolescente empezó:

—¿Recuerdas, Juliano cuando vinistes á mí al monasterio?

Aquella voz conocida del emperador continuó:



—Entonces te rechacé, más no he podido olvidarte. Los dos nos parecemos de un modo singular...

Y el adolescente descubrió su capucha negra. Juliano distinguió los cabellos dorados y reconoció á Arsinoé.

—¿Para que has venido? ¿Por qué vas vestida de esa manera?

Continuaba en el temor de que fuera una alucinación, un fantasma, de que desapareciera repentinamente como había aparecido.

Arsinoé refirióle en pocas palabras lo que le había ocurrido desde su separación.

Había abandonado á su tutor Hortensio, y después de repartir su fortuna entre los pobres, estuvo mucho tiempo entre los anacoretas, al sur del lago Mareotides, entre las estériles montañas del Líbano, en los desiertos temerosos de Netris y Sketis.

Acompañábala el joven Juventino, discípulo del anciano Dídimo, y juntos habían visitado con alguna frecuencia á los ascetas.

—¿Y entónces?—preguntó Juliano con temor,—¿y entónces, has hallado entre ellos lo que buscabas?

Arsinoé movió la cabeza y contestó distraidamente:

No. Vaguedades, rayos de luz, presagios, como en todas partes.

—¡Díme... dímelo todo!—suplicó Juliano con la mirada brillante de esperanza.

—¡Ah! ¿sabría hacerlo?—contestó pausadamente.

—Buscaba amigo, la libertad del alma; pero ¡ay! ¡no existe aquí abajo!

—¡Eso es!—exclamaba triunfalmente Juliano.— Ya te lo había dicho yo, Arsinoé.

Sentóse la joven sobre un asiento cubierto por una piel de leopardo, y después continuó tranquilamente con la misma dulce y triste sonrisa.

Juliano escuchaba placidamente.

—Y dime, ¿cómo abandonaste esas desdichas?—preguntó Juliano.

—También yo tuve una tentación. En una ocasión estando en el desierto entre las rocas he hallado un trozo de marmol blanco. Lo recogí y durante un rato admiré como brillaba al sol, y de pronto me acordé de Atenas, de mi niñez, de mi arte, de tí. Desperté y decidí volver al mundo y vivir y morir tal como Dios me había creado: artista.

En aquel momento el viejo Dídimo tuvo un sueño, en el que yo te reconciliaba con el Galileo...

—¡Reconciliado con el Galileo!—exclamó Juliano.



Y estremeci6se su rostro. Se apag6 el fulgor de su mirada y su sonrisa de triunfo en sus labios.

—Artrastrábame la curiosidad hacia tí,—continu6 Arsinoé,—y quería saber si había hallado la verdad en tu camino y como había terminado. Me revestí el hábito de un monje bajamos por el Nilo con el hermano Juventino hasta llegar á Alejandria. Luego, llegamos á Antioquia en un navío y hemos continuado con una gran caravana asiria cruzando Aparnea, Epifania y Edessa hasta la frontera. Pasados mil peligros atravesamos los desiertos de la Mesopotamia abandonados por los persas. No muy lejos de la ciudad de Abuzat y después de la victoria de Ktesifonte hemos distinguido por fin tu campamento. ¡Y ahora heme aquí!... ¿Y tú Juliano?

Este suspir6 inclinando la cabeza sin contestar.

Luego alzando la vista pregunt6:

—¿Y ahora tu también le detestas?

—No, ¿porqué lo dices?—contesto con sencillez Arsinoé.—¿Porqué he de detestarle? Los sabios de la Hellade, ¿no se aproximaban á las doctrinas predicadas por el Galileo? Los que en el desierto mortifican su cuerpo y su espíritu están muy lejos del humilde hijo de María. ¡El hijo de María amaba á los niños, la alegría, la libertad y los blancos lirios, él amaba en fin la belleza, Juliano!... Nos hemos alejado de él y nos hemos entristecido entre las sombras. A tí, todos te denominan el renegado...

Juliano de rodillas ante Arsinoé, levantaba hasta ella su mirada llena de lágrimas y súplicas que bajaban lentamente por sus mejillas demacradas.

—¡Oh! ¡no es necesario!—murmuraba—¡no hables! ¿para qué? Olvidemos lo que fué. ¡No seas de nuevo mi enemigo!

—¡No, no; he de contártelo todo!—contest6 Arsinoé,—¡oye!... ¡sé que tu le amas! calla; es así; y... en ello está precisamente la maldición. ¿Contra quién estás rebelado? ¿Qué suerte de enemigo eres tu para él? Cuando tu boca maldice al crucificado tu corazón alienta junto á él más cerca de su espíritu que aquellos que repiten con frios labios: «¡Señor! ¡Señor!...» ¡Sí, esos son tus enemigos, y no él! ¿Dí, porqué te atormentas más que los monjes galileos?

Juliano se separ6 de los brazos de la joven y levant6se pálido como un cadáver. Su rostro estaba descompuesto y en su mirada relampague6 el antiguo odio.

Oíasele murmurar con dolorosa ironía:

—¡Oh! ¡vete!... muy lejos, conozco las astucias de los galileos.

Arsinoé mirábale con lástima y desesperación como á un pobre loco.

—¿Juliano, dí, que tienes? ¿es posible que un hombre?...

El emperador se dominaba por momentos. Apag6se la luz en su mirada y el rostro tom6 una expresión fría y casi burlona.

El emperador romano hablaba á una galilea.

—¡Arsinoé, vete! olvida cuanto te he dicho. El momento de debilidad ha pasado y estoy tranquilo y sosegado. Como puedes ver, siempre seremos ex-



traños uno al otro. La sombra del Galileo estará siempre entre los dos. Tú no renegaste de él, y quien no es su enemigo, no puede ser mi amigo.

Arsinoé arrodillóse ante él.

—¿Por qué, Juliano, por qué? ¿qué haces? Ten lástima de ti mismo, que aun es tiempo. Eso es locura y debes volver en ti, si no...

No acabó la frase y él la terminó por ella con gesto altanero:

—¿Pereceré? es lo que quieres decir, ¿verdad? ¡Pues sea! ¡seguiré hasta el fin mi camino sea donde sea! Si como tú dices he sido injusto con los sabios de Galilea, recuerda lo que por ellos he sufrido. ¡Oh! cuán numerosos y despreciables mis enemigos. Oye... una vez unos guerreros romanos hallaron en mi presencia en un pantano de Mesopotamia, un león perseguido por moscas venenosas. Metíanse en sus narices, en sus orejas, en la boca, no le dejaban respirar, le hacían cerrar los ojos y á picaduras acabaron con sus fuerzas. Esa será mi muerte y tal la victoria de los galileos sobre el César romano.

La joven continuaba con sus manos pálidas tendidas hacia él sin hablar, sin esperanza alguna como si Juliano hubiese muerto.

Entre ambos había un abismo que los vivos no pueden franquear.

Acercábase el 20 de Julio y el ejército romano, después de un largo trayecto á través de las llanuras abrasadas, encontró en el profundo valle del

río Durus alguna hierba y un campo de trigo maduro que respetó el incendio.

El ejército recogió la harina y el descanso en el valle duró tres días.

Los soldados sentíanse dichosos y se acostaban respirando la embalsamada frescura de la tierra y doblaban los tallos de las altas hierbas con el peso de sus cuerpos.

El cuarto día, al despuntar el alba, en la cumbre de las montañas vecinas, los centinelas romanos distinguieron una nube de humo ó de polvo. Suponian unos que fueran asnos salvajes que corrían en rebaños para defenderse contra el ataque de los leones.

Afirmaban otros que eran sarracenos atraídos por las nuevas del sitio de Ktesifonte; algunos no ocultaban su miedo de que fuese el gran ejército del rey Sapor.

El emperador mandó tocar llamada y las cohortes, en severo orden de defensa formando círculo, tras los escudos reunidos que los protegían, como muros metálicos, prepararon un campamento á la orilla del río.

La nube de polvo ó la humareda permaneció hasta la tarde en el horizonte sin que pudiera adivinarse con certeza lo que presagiaba.

Llegó la noche oscura y tranquila. No brillaban las estrellas. Los romanos estaban despiertos, en pie, alrededor de grandes hogueras, aguardando en silenciosa quietud la salida del sol.





Al despuntar la mañana vieron á los persas que avanzaban lentamente. Los soldados viejos calculaban el número en doscientos mil. Incesantemente las colinas llenábanse de destacamentos nuevos y el resplandor de las armaduras era tan vivo, que no era posible soportar su brillo.

El ejército romano, en silencio, abandonaba el valle en que habían descansado, disponiéndose para la lucha.

Los rostros veíanse serios, pero no contrariados ni tristes.

El peligro próximo ahogaba todos los odios. El emperador era el blanco de todas las miradas, y paganos y galileos procuraban descifrar por la expresión de su rostro qué podían esperar.

Juliano estaba radiante de gozo.

Esperaba impaciente el encuentro con el enemi-



go como un milagro, persuadido de que la victoria le daría tal renombre y poder que sería la ruina de los galileos.

Soberbio como un héroe de la Hélade, miraba el peligro impávido, y en sus ojos brillaba un fulgor terrible.

Era la mañana del 22 de Julio pesada y polvorienta; anunciaba un día bochornoso.

El emperador no se puso la coraza y permaneció con su ligera túnica de seda. El viejo Víctor acercóse á él llevando una cota de malla y le dijo:

— César, he tenido un mal sueño y no debes tentar á la suerte. ¡Ponte la armadura!

Juliano, sin contestar, la rechazó con un gesto.

Victor se postró á sus plantas.

— ¡Póntela! ¡Ten compasión de tu viejo esclavo! La batalla será encarnizada y peligrosa...

El emperador tomó su escudo, echóse la púrpura de sus clámides flotantes sobre los hombros y montó á caballo.

— ¡Déjame, Víctor! — dijole, — ¡no es necesario!

Su casco beocio brillaba al partir, quebrando el sol sus rayos de oro, mientras el anciano jefe le miraba con ojos compasivos.

El enemigo se acercaba y había que apresurarse.

Dispuso Juliano sus huestes en un orden especial formando media luna y el gran semicírculo debía cerrar sus dos puntas en las huestes persas, estrechándolas por los dos flancos.

Dagalaif mandaba el ala derecha; Homizda la izquierda. Juliano y Víctor estaban en el centro. Sonaron las trompas.

Tembló el suelo bajo los pasos unísonos y pesados de los elefantes persas, que llevaban la frente adornada con plumas de avestruz.

Sostenían sobre sus lomos torrecillas de cuero, y en cada una iban cuatro arqueros que lanzaban fálicos de estopa y betún inflamado.

Los ginetes romanos no pudieron soportar el primer choque, y lanzando gritos, levantando las trompas, abrían los elefantes sus bocas húmedas, y los legionarios sentían sobre ellos el aliento de los monstruos, á los que el enemigo había puesto furiosos con una bebida especial, compuesta de vino, pimienta é incienso, con la cual los emborrachaban antes de los combates.

Sus colmillos pintados de vermellón, en cuyas puntas llevaban agudos pinchos de acero, se hundían en los vientres de los caballos, y enlazando á los ginetes con las trompas, levantábanlos de las monturas para lanzarlos contra el suelo.

El sofocante calor del medio día desarrollaba en los cuadrúpedos un pestilente olor sudoroso que hacía encabritarse á los caballos.

Una cohorte había ya emprendido la fuga. Eran cristianos y Juliano se lanzó en su persecución, y dando un golpe en el rostro al principal decurión, exclamó furiosamente:

— ¡Cobardes! ¿Sólo sabéis rezar?

Los arqueros de Tracia y los honderos paflogonios avanzaron ágiles y resueltamente al encuentro de los elefantes. Detrás iban los valerosos ilirios que lanzaban dardos llenos de plomo, los «martio barbules».



Juliano ordenó que dirigiesen las flechas á las patas de los elefantes, así como los dardos y las piedras.

Una flecha se clavó en un ojo de un elefante indio, que resopló encabritándose. Crugieron las cinchas, resbaló la silla que sostenía la torre de cuero, volcóse y los arqueros cayeron en tierra como pájaros de un nido.

Entre los monstruos se produjo una gran confusión. Heridos en las patas caían al suelo, y bien pronto se convirtieron en inofensivas masas grises que levantaban al aire sus patas, las trompas sanguinolentas y los colmillos rotos: las torres destrozadas, los caballos medio aplastados, persas y romanos heridos y muertos, todos yacían confundidos y hacinados en el suelo.

Los elefantes que no cayeron, unos emprendieron la fuga y otros se encarnizaron con los mismos persas. Tal peligro no fué previsto por la táctica de los bárbaros, aunque el ejemplo de la batalla de Niziba había probado que un ejército podía ser destrozado por sus mismos aliados.

Los conductores de los elefantes, entonces, haciendo uso de los cuchillos corvos atados á su mano derecha, golpeaban á los monstruos entre las vértebras de la espina dorsal junto al cráneo. Un sólo golpe, si era certero, bastaba para matar de repente al más grande de los elefantes.

Precipitáronse hacia adelante las cohortes de los martiobarbules, saltando por encima de muertos y heridos en persecución de los fugitivos.

Entonces Juliano corrió en socorro del ala izquierda. Por aquel lado avanzaban los klibanarios persas, ginetes renombrados, unidos unos á otros por fuertes cadenas, cubiertos de pies á cabeza de escamas metálicas invulnerables, semejantes á estatuas de bronce, casi inmortales en la batalla.

No era posible herirles más que á través de las estrechas hendiduras que dejaban los ojos y la boca.

Contra éstos dirigió Juliano las cohortes de sus viejos y fieles batavos y celtas. Morían contentos por una sonrisa de César, contemplándole con sus ojos infantiles y entusiásticos.

Los carros persas, tirados por rápidas cebras, atacaban el ala derecha de los romanos.

Llevaban los carros de guerra en sus ejes y en sus ruedas grandes cuchillos, que al girar cortaban de un solo golpe las patas de los caballos, las cabezas á los soldados y partían los cuerpos con la misma facilidad que la hoz corta las mieses de los campos.

Al llegar el crepúsculo los klibanarios cedieron, sus armaduras recalentadas les torturaban y Juliano dirigió contra ellos todas sus fuerzas para conseguir su dispersión.

El desorden se apoderó de sus filas y de los labios del emperador escapóse un grito de triunfo.

Corrió tras los fugitivos sin notar que los suyos quedaban atrás. Acompañábanle algunos guardias, entre ellos el anciano Víctor, que herido en una mano no sentía el dolor, ni abandonaba á Juliano



un momento, preservándole de golpes mortales, cubriéndole con su propio escudo.

Conocía que el peligro de aproximarse á un ejército en fuga, era mayor que el de un edificio ruinoso.

—César ¿qué haces?— gritaba—ten cuidado. Ponte mi cota de malla.

Este, sin escucharle, seguía siempre adelante con los brazos levantados y descubierto el pecho, como si él solo, sin soldados, con su ademán terrible, persiguiese á sus numerosos enemigos.

Una alegre sonrisa se dibujaba en sus labios, y á través de la polvareda levantada por el galope del caballo, veíase brillar el casco beocio; y los pliegues de la clámide agitados por el viento, semejabán dos inmensas alas de púrpura que llevaban al emperador cada vez más allá.

Huyó ante él un destacamento sarraceno. Uno de los ginetes, volviéndose y reconociendo á Juliano por su traje, le señaló á sus camaradas lanzando un grito semejante al de un águila.

—¡Malek!... ¡Malek! ¡El rey! ¡El rey!

Volviéronse todos, y sin detener sus caballos se pusieron de pie en la silla de un salto, envueltos en sus blancas vestiduras, levantando las lanzas por encima de la cabeza.

Juliano distinguió un rostro bronceado de muchacho.

Era casi un niño y corría hacia él sobre un dromedarlo de la Bactriana. Cubierto con su escudo, paró dos lanzas enemigas dirigidas contra el emperador,

ador, y entonces el niño sobre su camello apuntó, y su mirada infantil brilló mientras vociferaba alegremente mostrando su blanca dentadura:

—¡Malek! ¡Malek!

—¡Qué feliz es!— pensó el emperador,—y yo aun...

No pudo terminar su pensamiento. Silvó la lanza, tocó en su mano derecha llevándose la piel, resbaló á lo largo de las costillas y se clavó encima del hígado.

Creyó que la herida no tenía importancia, cogió la cuchilla de doble filo y se cortó los dedos. Lanzó un grito, echó atrás la cabeza, fijó los ojos enormemente abiertos en el cielo, y pálido y demudado cayó de su caballo en los brazos de los guardias.

El fiel Víctor le sostenía con veneración, temblaban sus labios y contemplaba con mirada perturbada por la angustia, los ojos cerrados de su emperador.

Aproximábanse las cohortes rezagadas.





Juliano fué conducido á su tienda y colocado sobre su lecho de campaña.

Quejábase de rato en rato sin recobrar el conocimiento.

El doctor Oribazy extrajo de la profunda herida la aguda hoja de la lanza, lavándola cuidadosamente y curándola después.

Preguntóle Víctor si quedaba alguna esperanza.

El doctor movió tristemente la cabeza.

Cuando hubo terminado la cura, dió Juliano un suspiro y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—preguntó con sorpresa mirando en torno suyo.

Escuchó el lejano ruido de la batalla, se acordó de todo, y haciendo un esfuerzo se incorporó en el lecho.



—¿Por qué me han traído aquí? ¿Dónde está mi caballo? ¡Victor, aprisa!

De súbito su rostro se descompuso por el sufrimiento.

Precipitáronse á sostenerlo, pero Juliano les rechazó.

—¡Dejadme! He de estar con ellos hasta el fin.

Su espíritu luchaba con la muerte.

Levantóse lentamente; una triste sonrisa vagaba en sus labios y sus ojos despedían fuego.

—¡Ya lo veis! ¡puedo aún! ¡aprisa, dadme mi espada, mi escudo y mi caballo!

El anciano Victor le alargó el escudo y la espada.

Juliano los tomó y vacilando como un niño que aprende á andar dió unos pasos.

La herida se abrió nuevamente y dejando caer las armas se desplomó en los brazos de Oribazy y de Victor y levantando los ojos, exclamó con tranquilo desprecio:

—¡Ha terminado! ¡Venciste Galileo!

Y sin oponer ya resistencia abandonóse á los que le rodeaban y le tendieron sobre su lecho.

—¡Sí, amigos míos! ¡Me muerol

Oribazy se inclinó hacia él para consolarle; y le aseguraba que curaría.

—¡Oh, no me engañes!—dijo Juliano,—¿para qué? no tengo miedo...

Después añadió solemnemente:

—Moriré como mueren los sabios.

Aquella tarde volvió á perder el conocimiento.

Al ponerse el sol cesó el combate. Encendieron la lámpara de la tienda y la noche cerraba lentamente.

El emperador no volvía en sí. Su respiración hacíase cada vez más debil. Creíase que iba á expirar. Luego abrió los ojos lentamente y su mirada se fijó en un rincón de la tienda.

Escapábase de sus labios un triste quejido y fué acometido de delirio:

—¿Tú aquí? ¿Por qué? ¡No importa! Todo ha terminado. ¿No lo ves? ¡Vete! ¡No te perdonamos!...

Luego tuvo un momento de lucidez y preguntó á Oribazy:

—¿Qué hora es? ¿Veré aún el sol?

Y sumido en sus pensamientos añadió:

—Oribazy, ¿es cierto que nuestra razón es limitada? Ya sé que es una debilidad del cuerpo... El cerebro oprimido por la sangre engendra visiones... Pero hay que vencer... La razón...

Sus ideas se disiparon nuevamente y su mirada tornóse fija.

—¡No, no quiero! ¿oyes? ¡aparta tentación! ¡Si no creo! Sócrates murió como un dios... Es necesario que la razón... ¡Victor! ¡Victor! ¡Qué esperan de mí, si el amor es más terrible que la muerte! ¡No me miréis así! ¡Buen Pastor! ¡Los pies traspasados! ¡Qué obscuridad! ¡Yo quiero sol, luz, sobre mi tumba! ¿Por qué no veo el sol, la luz?...

Era la una de la mañana y las legiones habían regresado al campamento sin que la victoria las regocijase. Estaban fatigados pero nadie dormía esperando noticias de la tienda imperial.



En pie muchos junto á las hogueras que se apagaban dormitaban apoyados en sus lanzas. Los caballos sujetos resoplaban y roían la avena.

Entre los espacios de las tiendas de campaña fueron apareciendo las primeras líneas claras del horizonte.

Extendiase la humedad y el acero de las armas se empañaba con el rocío matutino.

Cantaron los gallos de los adivinos etruscos.

Cubría los cielos y la tierra una tranquila tristeza y todo parecía un lejano espejismo confundiendo las distancias la ligera neblina que se levantaba.

En la entrada de la tienda imperial apiñábanse los amigos, los familiares y los jefes.

Todos tenían el aspecto de extraños fantasmas á las claras tintas de la luz crepuscular.

En el interior de la tienda reinaba profundo silencio. El doctor preparaba en un mortero las plantas medicinales para una bebida refrigerante.

Ahora el enfermo estaba tranquilo y ya no deliraba. Había recobrado la palabra y preguntaba impaciente:

—¿Saldrá por fin el sol?

—Antes de una hora,—contestó Oribazy, mirando el reloj de arena.

—Que entren los jefes,—ordenó Juliano,—tengo que hablar.

—César muy amado,—observó el doctor,—tal vez te perjudique...

—¡Oh, que importa! Sé que no moriré antes que salga el sol. Víctor levanta un poco mi cabeza.

Contáronle la victoria obtenida sobre los persas, la fuga de la caballería persa con su jefe á la cabeza y dos hijos del rey Sapor y la muerte de cincuenta sátrapas.

Juliano lo escuchó con indiferencia.

Dagalaif, Arifé, Luciliano, Salustio y Hormizda penetraron siguiendo al comicio Joviano.

Algunos haciendo cábalas para lo porvenir esperaban ver en el trono á aquel hombre tímido y delicado á quien nadie temía. Ansiaban reposar bajo su reinado de las penalidades sufridas con Juliano.

Tenía Joviano el arte de la simpatía. Era de aventajada estatura y bien parecido pero no sobresalía de los demás. Era de buen corazón pero vulgar.

Hallábase entre los familiares también el joven centurión de las imperiales caballerizas, el gran historiador futuro Amiano Marcelino.

Nadie ignoraba que estaba escribiendo las memorias de la guerra y que reunía datos y documentos para una gran obra histórica.

Cuando entró en la tienda, Amiano Marcelino, sacó las tablillas y el estilete.

Disponíase á escribir el discurso del emperador moribundo y en su pálido rostro se leía una honda é imparcial curiosidad cual un sabio ó un artista pudiera tener.

—Levantad bien la cortina,—ordenó Juliano.

Subieron la mampara. El aire fresco de la mañana acarició el rostro del moribundo. La puerta caía



á Levante y el horizonte velase ya puro y luminoso.

—Apagad la lámpara.

Se ejecutó la orden y el crepúsculo penetró en la tienda. Todos esperaban en silencio.

—Escuchadme amigos míos,—empezó Juliano.

Hablaba en voz queda pero claramente. Respiraba su espíritu el triunfo de la razón y en sus ojos brillaba el rayo de su voluntad poderosa.

Amiano escribía con mano temblorosa. Conocía que grababa en sus tablillas la historia para la posteridad, transmitiendo las últimas palabras del gran Juliano.

—Escuchadme, amigos míos; ha llegado mi hora, tal vez demasiado pronto, pero me alegro como deudor fiel devolviendo mi vida á la naturaleza; en mi espíritu no existe dolor ni miedo; no hay en él mas que la tranquila conformidad de los sabios, el presentimiento del eterno descanso! Sé que he cumplido con mi deber, y no me arrepiento de nada de lo que hice. Cuando perseguido por todos, aguardaba la muerte en Capadocia, en el palacio de Maceolo, y más tarde en la cúspide de la grandeza, bajo la púrpura del César, he conservado mi alma sin mancha, aspirando siempre á elevados fines. Si no he realizado todos mis deseos, no olvidéis que los asuntos terrenales dependen también del destino. Doy gracias ahora al Eterno por haberme deparado morir, no después de larga enfermedad ni á manos del verdugo, sino en el campo de batalla, lleno de juventud y acometiendo empresas inacabadas...

Contad, amigos míos, á los míos y á mis enemigos como saben morir los helenos guiados por la divina sabiduría.

Calló y todos se postraron de hinojos. Muchos lloraban.

—¡Oh, qué tenéis mis muy amados! No es propio que lloren los que van por fin á su patria. ¡Y tú, Víctor, consuélate!

Quiso contestar el fiel viejo y no pudo; tapándose el rostro con ambas manos sollozó con más fuerza:

—¡Poco á poco, poco á poco!—murmuró Juliano, dirigiendo su mirada al cielo.— ¡Ahí está!

Las nubes se incendiaron.

Tornóse el crepúsculo en la tienda rojizo y tibio y el primer rayo de sol brilló en el horizonte. El moribundo volvió el rostro hacia él.

Salustio Segundo acercóse entonces al emperador y besándole la mano le dijo:

—¡Augusto muy amado! ¿A quién designas para sucederte?

—¡Oh, qué importa! La suerte lo dirá. No habéis de resistirla. Ahora que triunfen los galileos. Venceremos más tarde, y reinará sobre el mundo el imperio de los iguales, eternamente risueño como el sol!... ¡Mirad! ¡Ahí está!

Un estremecimiento imperceptible recorrió su cuerpo y haciendo un supremo esfuerzo levantó los brazos, como si quisiera abrazar al astro naciente. Brotó de su herida un borbotón de sangre negra. Las venas del cuello de las sienes se hincharon.

—¡Beber! ¡Beber!—murmuró ahogándose.



Aproximó Víctor á sus labios una copa de oro, llena de agua fresca. Juliano bebía ávidamente, sin apartar la vista del sol, el agua de manantial pura y fría como el hielo.

Luego dobló la cabeza y de sus labios entreabiertos se escapó un suspiro, el último.

— ¡Alegraos!... ¡La muerte... es el sol! ¡Oh, Helios, acójeme!... ¡Soy como tú!...

Se apagó su mirada. Víctor cerró sus ojos, y el rostro del emperador vuelto hacia los rayos del sol parecía el de un dios del Olimpo que durmiese.

XXI

Habían transcurrido tres meses desde el vergonzoso tratado de paz que firmó Joviano con los persas.

Empezaba Octubre y el ejército romano rendido por las marchas forzadas á través de la ardiente Mesopotamia y consumido por el hambre había vuelto por fin á Antioquia.

En aquel deplorable regreso, el centurión de las imperiales caballerizas, Anatolio, había hecho amistad con Amiano Marcelino, el joven historiador. Ambos habían decidido ir á Italia á descansar en una casita solitaria de Bai, donde Arsinoé les invitaba para rehacerse de las fatigas de la guerra y curarse sus heridas en los manantiales sulfurosos.



Aproximó Víctor á sus labios una copa de oro, llena de agua fresca. Juliano bebía ávidamente, sin apartar la vista del sol, el agua de manantial pura y fría como el hielo.

Luego dobló la cabeza y de sus labios entreabiertos se escapó un suspiro, el último.

— ¡Alegraos!... ¡La muerte... es el sol! ¡Oh, Helios, acójeme!... ¡Soy como tú!...

Se apagó su mirada. Víctor cerró sus ojos, y el rostro del emperador vuelto hacia los rayos del sol parecía el de un dios del Olimpo que durmiese.

Habían transcurrido tres meses desde el vergonzoso tratado de paz que firmó Joviano con los persas.

Empezaba Octubre y el ejército romano rendido por las marchas forzadas á través de la ardiente Mesopotamia y consumido por el hambre había vuelto por fin á Antioquia.

En aquel deplorable regreso, el centurión de las imperiales caballerizas, Anatolio, había hecho amistad con Amiano Marcelino, el joven historiador. Ambos habían decidido ir á Italia á descansar en una casita solitaria de Bai, donde Arsinoé les invitaba para rehacerse de las fatigas de la guerra y curarse sus heridas en los manantiales sulfurosos.



Detuviéronse algunos días á su paso en Antioquia donde se organizaban grandes fiestas en honor del advenimiento al trono imperial de Joviano y del regreso del ejército.

La paz firmada con el rey Sapor era deshonrosa para el imperio: cinco riquísimas provincias romanas á las orillas del Tigris, entre otras la de Corduana y la Regimene; quince fuertes fronterizos, la ciudad de Cinga, Castra Maurum y la inexpugnable Nasib, todo ello pasaba á poder de Sapor.

Mas los galileos no pensaban en la derrota de Roma. Cuando supieron la muerte de Juliano en Antioquia, los ciudadanos aterrorizados creían al pronto que fuera una nueva treta de Satanás, una nueva red para coger en ella á los justos. Pero cuando la noticia tuvo confirmación su gozo se convirtió en delirio.

Al clarear el día el ruido de la fiesta, los gritos de la multitud, llegaron hasta la morada de Anatolio que había decidido pasar el día en casa. El júbilo del pueblo le repugnaba. Procuraba dormir de nuevo y no lo conseguía poseído de una extraña curiosidad.

Sin comunicar nada á Amiano se vistió con pres-teza y salió á la calle.

Hacia una deliciosa mañana de primavera.

Las nubes aquí y allá destacábanse en el fondo azul confundidas con las innumerables columnas y pórticos de mármol. En el foro y en los mercados arrojaban agua las fuentes, y la perspectiva luminosa y polvorienta de las calles retratábase en las aguas de los canales.

Las palomas en dulce arrullo picoteaban por los suelos.

Las puertas de las iglesias abiertas de par en par daban paso á oleadas de perfumes y de incienso.

Las doncellas rociaban con agua de las fuentes las rosas de sus castillos, y entonando alegres salmos adornaban con guirnaldas las columnas de las basílicas cristianas.

La muchedumbre llenaba las calles. Los carros y las literas avanzaban lentamente por en medio del arroyo.

A cada momento oíanse los gritos de:

—¡Gloria á Joviano Augusto, el grande y bienaventurado!

Otros añadian:

—¡El vencedor!

Pero sin gran firmeza, con un tono marcado de ironía.

El mismo chiquillo que en otro tiempo pintaba en los muros la caricatura de Juliano, palmoteaba ahora, silbaba, saltaba y gritaba:

—¡Ha muerto, ha muerto el jabali salvaje, el enemigo del jardín celeste!

Repetía esta frase que había oído y pareciale tanto más ofensiva cuanto que no comprendía el sentido.

Una vieja encorvada y cubierta de harapos que vejetaba en un sucio rincón salió también al sol como un lagarto, celebrando con sus voces cas-cadas la fiesta.



Blandiendo un palo gritaba:

—¡Ha muerto Juliano, ha perecido el miserable!

Una infinita angustia rebosaba el corazón de Anatolio, pero caminaba cada vez más lejos, guiado por la curiosidad.

Llegó cerca de la catedral y allí vió al dignatario de cuestura Marco Avinio que salía de la basílica precedido de dos esclavos, que le abrían paso á empellones entre el gentío.

—¿Qué es esto? —exclamó viendo á Anatolio.—  
¿Cómo está aquí este enemigo de los galileos?

La clámide violeta de Avinio estaba adornada con cruces de oro, lo mismo que su calzado rojo muy vivo.

Junio Mavrico, amigo también de Anatolio, acercóse á Avinio.

—¿Cómo estás, venerado?—preguntó mirando con sorpresa cómica el nuevo vestido cristiano del dignatario.

Junio era un hombre libre que poseyendo una fortuna independiente el cambio de religión no le preocupaba. No le admiraba la transformación de sus compañeros y amigos, más le placía siempre al verles, exasperarles con preguntas y hacerse el ofendido que oculta su furor bajo la máscara del sarcasmo.

La multitud se apresuraba para penetrar en la iglesia, y en el desierto atrio podían discutir libremente los amigos.

Ocultóse Anatolio tras una columna y escuchó el diálogo:

—¿Por qué no te estás hasta que termine el oficio?—preguntó Mavrico.

—Padezco palpitaciones, me sofoco. Es falta de costumbre...

Y Avinio agregó pensativo:

—El nuevo orador tiene un estilo pedestre. Sus hiperboles me crispan los nervios. Un estilo... como si arañara el cristal con las uñas!

—¡Oh, es conmovedor!—dijo Mavrico con júbilo.  
—¡He ahí un hombre que todo lo ha traicionado!... ¡pero el estilo!

—No, no, tal vez no le he comprendido bien,—  
interrumpióle Avinio.—¡No vayas á figurarte, soy sincero!

De una hermosa litera salió gimoteando el gordo cuestor Garguilo:

—Me parece que llego tarde... pero no importa, aguardaré en el atrio... Dios y su espíritu.

—¡Oh, qué milagro!—exclamó riendo Mavrico.—  
Los textos de la biblia en boca de Garguilo!

—¡Que Cristo te perdone!—contestóle el cuestor,  
—¿por qué te agitas continuamente?



—¡Pero si no puedo llegar! ¡Se ven tantas conversiones!... Siempre supuse que tus opiniodes..

—¡Qué tontería, amigo! Sólo tengo una opinión, y es que las cocineros galileos no son peores que los helenos... ¡preparan unos platos!... ¡que es para enfermar!... Vente á cenar, filósofo. Yo te convertiré en seguida á mis creencias. ¡Te chuparás los dedos de gusto! Y finalmente no es igual saborear un buen manjar en honor del dios Mercurio que de San Mercurio? Todo eso consiste en los prejuicios. ¿En qué molesta esto?

Dicho esto señaló la crucecilla de ámbar que flotaba entre los perfumados pliegues de la púrpura sobre su enorme abdomen.

—Mirad á Hekébolis, el gran sacrificador de la diosa Astarté Dindimena! ¡El hierofante arrepentido, con sus oscuros vestidos galileos! ¡Ah, por qué no estamos aquí, gran cantor de las *metamorfosis*! —decía con aire de triunfo señalando al viejo de sonrosado rostro sentado en una litera cubierta.

—¿Qué lee?

—Seguramente no serán las leyes de la diosa de Pesinum!

—¡Qué humildad! Mirad, los ayunos le han extenuado... ¡Cómo suspira elevando los ojos al cielo!

—¿Sabéis ya la historia de su conversación? —preguntó Garguilo sonriendo.

—¿Fué á ver al emperador Joviano y como antes con Juliano se ha arrodillado á sus pies?

—¡Oh, no, ha habido una novedad! Se ha arrepentido de pronto en público. Se ha prosternado

ante una basilica cuando salía Joviano delante de todos gritando: «¡Pisoteadme, pisoteadme! ¡yo soy la ¡al mala!» y llorando besaba los pies á los transeuntes.

—Sí... eso es muy nuevo. ¿Y eso gustó?

—¡Vaya! ha celebrado una entrevista con el emperador. La gente como él no se apura. Todo se convierte en provecho. Cuando sueltan la piel antigua rejuvenecen. ¡Debéis aprender, hijos míos!...

—¿Y qué habrá dicho al emperador?

—¡Quién sabe!—exclamó Garguilo con un dejo envidioso.—Le habrá dicho tal vez: «Apóyate fuertemente en el cristianismo y que no quede un pagano en el mundo! ¡La religión de los justos será el sostén de tu fuerza!» Ahora su porvenir está trazado. Mejor que con Juliano. Ya es imposible seguirle... ¡Qué sabiduría.

—¡Bienhechores míos, defendedme, arrancad á vuestro pobre esclavo Circumbrix del poder de los leones!

—¿Qué te ocurre?—preguntó Garguilo al zapatero tísico, que iba conducido por dos guardias de la prisión romana.

—¡Me van á encerrar en el calabozo!

—¿Por qué?

—Por saquear iglesias...

—¡Cómo, tú!...

—No, yo estaba entre el gentío y he gritado: «¡Pegadles!» Esto ocurrió en tiempo de Juliano. Entonces se decía: «César quiere que se destruyan las iglesias galileas.» Las hemos derribado, y ahora las



malas gentes dicen que me he apoderado de una copa de plata. Ni he entrado en la iglesia; estaba en el atrio; soy un hombre pacífico; mi tienda es pobre, pero se halla en una plaza muy concurrida, y si pasa algo, me llevan como testigo... No era para mí, me decían: «Está ordenado.» ¡Ah, libradme del calabozo; tened piedad de mí!

—¿Eres pagano ó cristiano?—preguntóle Junio.

—Ni yo mismo lo sé. Antes de Constantino, ofrecía sacrificios á los dioses; luego me bautizaron; más tarde, bajo Constancio, llegó el arrianismo y me volví arriano; luego privaron los dioses y he sido helenista. Ahora vuelven á la primitiva fe. Quisiera arrepentirme y volver al arrianismo, pero temo no acertar. He destruido los ídolos de los dioses, luego los he reconstruido y más tarde los he derribado nuevamente. De manera que todo se ha revuelto en mi cabeza, y ya no sé ni lo que soy. Obedezco á mis superiores, y á pesar de ello nunca puedo acertar con la verdadera religión. Siempre llego demasiado pronto ó demasiado tarde. Nunca estoy tranquilo. Unas veces me castigan en nombre de los dioses y otras en nombre de Cristo. ¡Tengo hijos! ¡Defendedme!

—No temas, amigo mío,—dijo Garguilo;—Nosotros te defenderemos. Me hiciste unos buenos zapatos y me acordaré de ti.

Circumbrix cayó de rodillas, y algo más tranquilo exclamó:

—¿Y respecto á la religión en que quedamos, no habrá más cambios? Aun no me llega la camisa al cuerpo.

—No temas nada,—contestóle Garguilo.

Anatolio, sin ser visto por sus compañeros, penetró en la iglesia. Quería escuchar al célebre orador Teodorito.

El sol atravesaba las nubes de incienso. Uno de sus rayos iluminaba la roja barba del orador, que ocultaba el púlpito.

Sus escuálidas manos eran transparentes como la cera. Brillaba triunfante su mirada; la voz tronaba conmoviendo á la muchedumbre, llenando los ámbitos de la iglesia, y elevándose al cielo como un grito vengador.

—Voy á señalar para las venideras generaciones como sobre un madero infame, la historia miserable del renegado Juliano. Que todos los países y todos los siglos me oigan y tiemblen ante la justicia divina. ¡Ven, ven aquí! Verdugo, sierpe de sabiduría, que ha llegado el día de las injurias. Gocemos todos unidos, hermanos; sonemos los tímpanos y entonemos el cántico de Miriem sobre la destrucción de los egipcios entre las aguas del mar Rojo. ¡Que el desierto se alegre así como la iglesia! ¡Ved como



me embriaga el regocijo!... ¿Dónde están tus víctimas? ¿Dónde tus misterios y ceremonias, emperador? ¿Dónde tus invocaciones y tus adivinaciones? ¿Dónde la gloria de Babilonia, de las medas y de los persas? ¿Dónde están los dioses que te protegían, tus defensores, oh, Juliano? ¡Todo murió; todo te engañó; todo se ha desvanecido!

—¡Ah, querida mía, qué barba!—hizo notar á su vecina una vieja patricia, muy compuesta, que estaba junto á Anatolio.—¡Es de oro, de oro algo obscuro!

—Sí, es verdad, pero ¿y los dientes?...—replicó la amiga.

—¿Cómo, los dientes? Poco se nota con esa belleza.

—¡Oh, no Verónica!... no digas eso, y además, ¿puede compararse siquiera al hermoso Tifenio?... Teodorito continuaba:

—Juliano ha cultivado en sí toda la maldad como los peores hombres y como las bestias más salvajes acumulan el veneno. Dios aguardaba á que toda la maldad del desdichado se pusiera de manifiesto para herirle.

—No debíamos faltar al circo,—murmuró otro vecino de Anatolio, un obrero, al oído de su compañero.—Tendremos osas de Bretaña.

—¡Quiá! ¿Verdaderas?

—Sí; una se llama *Mica Aurea* y otra *Inocentia*. Están alimentadas con carne humana, y luego tendremos también gladiadores.

—¡Señor Jesús! No faltemos á eso. Iremos pronto ó nos quedaremos sin sitio.

En aquel instante, Teodorito alababa al antecesor de Juliano, Constancio, por su caridad cristiana, su vida pura y su amor al prójimo.

Anatolio ahogábase entre la multitud. Salió de la basilica y respiró con ansia el aire fresco, no percibiendo ya el olor á incienso y á aceite quemado de las lámparas, y miró al firmamento azul, diáfano y despejado.

En el atrio conversaban en alta voz sin consideración ninguna. Entre la multitud circulaba un grave rumor.

En aquel momento iban á pasear por calles y plazas, á las dos osas destinadas al anfiteatro.

Los que escuchaban aquella noticia, abandonaban la iglesia sin esperar á que Teodorito terminase, y preguntaban gravemente:

—¿No llegaremos tarde? ¿Está enferma *Mica Aurea*?

—*Inocentia* es la que tuvo una indigestión esta noche; pero ahora parece que está bien.

—¡Gracias á Dios!...

El sermón de Teodorito no conseguía vencer la seducción de los gladiadores, ni de *Mica Aurea*. La iglesia iba quedando desierta.

Anatolio vió salir corriendo en dirección al circo, de todas las calles y encrucijadas, gentes anhelantes.

Se atropellaban, se empujaban, pasaban por encima de los niños y las mujeres, perdían algunos las sandalias; y ninguno se detenía en su carrera.



En los rostros de aquellos veíase pintada tal prisa para llegar, que se hubiera creído que se trataba de la salvación de la existencia.

Dos nombres llenos de promesas de sangre volaban de boca en boca:

—¡*Mica Aurea*! ¡*Inocentia*!

Siguió Anatolio á la multitud al anfiteatro.

El *velarium*, según costumbre romana, impregnado de perfumes, protegía al público contra los rayos del sol y esparcía agradable frescura.

El pueblo se agitaba ya impaciente.

Antes de comenzar los juegos, los más elevados dignatarios de Antioquia, llevaron al palco imperial la estatua de bronce de Joviano, á fin de que el pueblo se deleitase con la vista del soberano.

Augusto ostentaba en su diestra un globo rematado por una cruz.

Un rayo de sol fué á caer sobre la frente del emperador, y la muchedumbre notó sobre el rostro de bronce una sonrisa de satisfacción.

Los dignatarios besaban los pies de la estatua, y el populacho vociferaba alegremente:

—¡Gloria al salvador de la patria, Augusto Joviano!

—¡Gloria al sucesor del inicuo Juliano, destruido por la mano de Dios!

Todos los brazos se levantaban y la multitud agitaba pañuelos y cintas de colores.

Aclamábase en Joviano, al representante del pueblo, su alma, su imágen reinando sobre la tierra.

Mofándose del emperador muerto, la multitud se

dirigía á él como si estuviera presente y pudiera oírles.

—¡Veamos, filósofo, la sabiduría de Platon y de Crisipo no te han servido para nada! ¡Júpiter y Febo no te han protegido! ¡Ahora estás entre las garras de los diablos que te atormentan! ¡Impío! ¡Cristo ha vencido, nosotros hemos vencido! ¡nosotros los humildes!

Estaban convencidos de que Juliano había sido muerto por un galilco, y alababan á Dios por el golpe salvador enalteciendo al regicida. Mas el furor del pueblo llegó á su apogeo cuando miró al gladiador bajo las garras de *Mica Aurea*. Abriáanse los ojos desmesuradamente para saciarse con el espectáculo de la sangre. Al rugido de las fieras contestaba la multitud con otro rugido más salvaje aún. Cantaban la Gloria de Dios como si vieran en aquel momento el triunfo de su causa.

—¡Gloria al emperador Joviano, el muy piadoso!

—¡Cristo ha vencido! ¡Cristo ha vencido!

Anatolio sentía con repugnancia el rumor del populacho, el hálito del rebaño humano. Cerrando los ojos y procurando no respirar se dirigió á la calle corriendo, volvió á su casa, cerró la puerta, las ventanas, tendióse en el lecho y permaneció así hasta la noche.

Mas era imposible escapar del populacho.

Cuando descendió el crepúsculo, Antioquia entera iluminóse con millares de luces.

Los ángulos de las basílicas, las cornisas de los monumentos ostentaban grandes antorchas; en ca-



lles y plazas ardían innumerables lamparillas, y en la morada de Anatolio filtrábase el resplandor de las luces á través de las rendijas de las ventanas, y el olor á alquitrán y á sebo.

Desde las tabernas cercanas llegaban las canciones de los legionarios borrachos, las carcajadas de las prostitutas, y dominando todo las alabanzas á Joviano y los anatemas á Juliano el Renegado.

Anatolio sonriendo amargamente levantó los ojos al cielo y gimió:

—¡En verdad, que has vencido, Galileo!

XXII

La gran trirreme que hacía el trayecto de Seleucia, Antioquia é Italia, era un soberbio navío mercante. Cargado de ricos tapices de Asia, y de ánforas de aceite de olivas, bogaba entre las islas del Archipiélago. Dirigíase hacia la de Creta, donde había de tomar carga de lana y desembarcar algunos monjes que iban á un nuevo monasterio.

Sentados en la proa, pasaban éstos los días en piadosas pláticas, oraciones y trabajos conventuales, que eran construir cestos con hojas de palmera.

Los demás pasajeros iban á popa, bajo una ligera vela de tela violada. Estos, que eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoé, no se relacionaban con los monjes por considerarles paganos.

La tarde era espléndida, y los remeros (esclavos



lles y plazas ardían innumerables lamparillas, y en la morada de Anatolio filtrábase el resplandor de las luces á través de las rendijas de las ventanas, y el olor á alquitrán y á sebo.

Desde las tabernas cercanas llegaban las canciones de los legionarios borrachos, las carcajadas de las prostitutas, y dominando todo las alabanzas á Joviano y los anatemas á Juliano el Renegado.

Anatolio sonriendo amargamente levantó los ojos al cielo y gimió:

—¡En verdad, que has vencido, Galileo!

XXII

La gran trirreme que hacía el trayecto de Seleucia, Antioquia é Italia, era un soberbio navío mercante. Cargado de ricos tapices de Asia, y de ánforas de aceite de olivas, bogaba entre las islas del Archipiélago. Dirigíase hacia la de Creta, donde había de tomar carga de lana y desembarcar algunos monjes que iban á un nuevo monasterio.

Sentados en la proa, pasaban éstos los días en piadosas pláticas, oraciones y trabajos conventuales, que eran construir cestos con hojas de palmera.

Los demás pasajeros iban á popa, bajo una ligera vela de tela violada. Estos, que eran Anatolio, Amiano Marcelino y Arsinoé, no se relacionaban con los monjes por considerarles paganos.

La tarde era espléndida, y los remeros (esclavos



de Alejandría) movían á compás los largos remos entonando una triste melopea.

Poníase el sol tras las dispersas nubes, y Anatolio contemplaba el mar pensando en la frase del poeta: «Las olas alegres hasta en lo infinito». Después de la agitación y el ruido de las calles de Antioquía, después del humo acre de las lamparillas y el hálito mal oliente del populacho, descansaba tranquilo repitiendo: «Alegre hasta el infinito, llévame en tu seno y purifica mi alma».

Calipso, Amorgos, Astifele, Fera, surgían las islas como visiones ora elevándose sobre el mar tranquilo, ora desapareciendo, como si alrededor del horizonte siguieran las Oceanidas su danza eterna. Comprendía Anatolio allí los tiempos de *La Odisea*.

Sus compañeros no le turbaban en sus pensamientos, y cada cual iba absorto en sus quehaceres.

Amiano Marcelino ordenaba sus notas referentes á la campaña de Persia, la vida del emperador Juliano, ó leía la notable obra del maestro cristiano Clemente de Alejandría, titulado *El tapete abigarrado*.

Arsinoé modelaba artísticamente en cera estu-  
dios por una gran estatua de mármol.

Tenía el cuerpo de un dios olímpico, y el rostro expresaba una tristeza sobrehumana. Anatolio sentía deseos de preguntarla si representaba á Dionisios ó á Cristo.

Arsinoé había dejado hacía ya tiempo sus vesti-

dos de religiosa y las personas apartábanse de ella con espanto, denominándola la apostata. Mas su nombre y el recuerdo de sus donativos que en otro tiempo hizo á los monasterios cristianos, evitábanla persecuciones. De su gran fortuna sólo le restaba una parte exigua que le bastaba para vivir con independencia.

A las orillas del golfo de Nápoles, cerca de Bai, poseía una reducida propiedad y la misma casita en que Mirra había pasado sus postreros días. Allí Arsinoé Marcelino y Anatolio habían decidido descansar de las turbulencias de la vida en calma profunda, sirviendo á las musas.

Llevaba Arsinoé el mismo traje que antes de su congregación. Los sencillos y gallardos pliegues del peplo hacíanla parecer nuevamente á una virgen ateniense. Pero la ropa era oscura, y el oro de sus cabellos apenas se distinguía bajo el velo que los ocultaba. En sus ojos, que nunca se alegraban, se leía una severa y firme sabiduría. Solamente sus brazos, desnudos hasta los hombros, emergían blancos de los pliegues del peplo cuando trabajaba con incansable afán modelando la blanda cera.

Anatolio veía un poder superior en aquellas pálidas manos.

Aquella tarde, la trirreme costeaba una islita cuyo nombre todos ignoraban y que desde lejos semejaba una roca escueta. Para evitar los bajos peligrosos, la nave tenía que aproximarse á las orillas. Cerca del escarpado el agua se tornaba tan



transparente que podía distinguirse en el fondo los granos de arena y las algas.

Tras las oscuras rocas veíanse verdes llanos en los que pacían las ovejas. En el centro se elevaba un plátano.

Anastasio distinguió sentado al pie del árbol á un adolescente y á una muchacha, tal vez hijos de los pobres pastores. Tras ellos, entre los cipreses, blanqueaba una estatua de mármol: el dios Pan tocando la flauta. Volvióse Anatolio hacia Arsinoé para mostrarle aquel rincón apacible de la Helade; mas sus palabras espiraron entre sus labios. Con sonrisa de extraña alegría, fijamente, contemplaba la artista su creación: una estatua en cera de rara seducción, de magnífico cuerpo de dios y semblante de infinita tristeza.

Anatolio sintió oprimírsele el corazón. Preguntó á Arsinoé con voz trémula, señalando la obra:

—¿Por qué haces esa figura, qué representa?

Lentamente, haciendo un esfuerzo levantó hasta él los ojos, y Anatolio pensó: «Las sibilas deben tener ojos sangrientos.»

Y luego murmuró:

—Arsinoé, ¿crees que serás comprendida?

—¡Qué importa!—contestó sonriendo con tristeza.

Después más bajo, como pensando, añadió.

—Tenderá sus brazos al mundo; debe ser terrible é inexorable como Dionisios, en toda la plenitud de su belleza y toda su fuerza, misericordioso y bueno...

—¿Qué dices? ¡Qué contrasentido! ¿Eso es acaso posible?

—¡Quien sabe! ¡Para nosotros no! ¡En el porvenir!...

Descendía el sol, pero sobre él, en el horizonte, veíase una nube y los últimos rayos caían sobre la isla dulcemente triste.

El pastor acercábase en aquel momento á su compañera y ambos se aproximaban al altar de Pan para celebrar el sacrificio vespertino.

—¿Crees, Arsinoé,—continuó Anatolio,—que hermanos desconocidos recogerán el hilo cortado de nuestra vida, y siguiéndolo llegaran más lejos? Crees que no morirá todo entre esta sombra bárbara que cae sobre Roma y sobre la Helade? ¡Ah! ¡Si fuese así! Si pudiera saberse que el porvenir...

—¡Sí!—repuso Arsinoé, reflejándose en su mirada un fuego profético,—el porvenir está en nosotros mismos, en nuestra loca angustia. Juliano tenía razón. Su gloria es su silencio, extraños á todo y apartados tenemos que trabajar hasta el fin. ¡Debemos sepultar entre las cenizas de los altares la última chispa para que las gentes y las naciones futuras hallen luz con que encender las nuevas antorchas. Así empezarán donde nosotros terminemos. Entonces resucitará la Helade y nosotros con ella.

—Y con nosotros nuestra maldición,—exclamó Anatolio,—empezará de nuevo la lucha entre el Gólgota y el Olimpo. ¿Y quién vencerá? ¿para qué la lucha? ¿Cuándo acabará? Contesta si puedes, Síbila.



Esta con la mirada fija en el mar, callaba. Luego miró á Amiano y señalándolo á Anatolio, dijo.

—Ahí está quien te puede contestar mejor que yo. Está su corazón igual que los nuestros: dividido entre Cristo y el Olimpo, sin haber perdido á pesar de ello la lucidez de su espíritu. ¿Ves como escucha nuestra discusión tranquilo?

Amiano Marcelino dejando sobre sus rodillas el libro de Clemente escuchaba en silencio.

—En efecto,—díjole el epicúreo,—más de cuatro meses hace que somos amigos y hasta ahora ignoro si eres cristiano ó helenista.

—Yo también lo ignoro,—contestó Amiano ruborizándose.

—¿Cómo! ¿y jamás te ha atormentado la duda?

—No, amigo mío, creo que las dos creencias están de acuerdo en muchos puntos.

—¿Y en qué sentido escribes la historia del imperio romano?—preguntó Anatolio.—¿Pesará más un platillo de la balanza que otro?

—Ser justo con unos y con otros es mi propósito. Yo quería á Juliano, pero también en lo que de él refiera seré imparcial. Que la posteridad no decida lo que yo era como no lo decido yo mismo...

Anatolio había tenido ya ocasiones de comprobar la elegante cortesía del historiador, su fidelidad en la amistad, su valor, y ahora admiraba la profunda lucidez de su inteligencia.

—Amiano, naciste para historiador,—exclamó sinceramente Arsinoé.—Juzga sin pasión de nuestro siglo apasionado y así podrás reconciliar las dos sabidurías enemigas.

—No seré el primero,—repuso Amiano.

Dejó su sitio inspirado é indicando los rollos de pergamino del gran Clemente, dijo:

—Aquí está escrito ya todo eso y mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Es la *Stromata* de Clemente de Alejandría. Prueba en ella que el poderío y grandeza de Roma, la sabiduría de la Helade, son precursoras de la enseñanza de Cristo. Las alusiones, los presagios, los presentimientos, son escalones que conducen uno á uno al reino de Dios. El precursor de Jesús es Platón.

Las últimas palabras dichas con sencillez conmovieron profundamente á Anatolio. Le parecía recordar que todo aquello había ya existido. La isla luminosa, el olor resinoso de la trirreme, las palabras de Amiano, y se figuraba ver una ancha escalera de mármol que bañada por el sol conducía hasta el cielo azul.

Mientras tanto la nave daba vuelta lentamente al cabo, y el bosque de cipreses apenas se divisaba tras las rocas.

Anatolio dirigió una postrer mirada al adolescente que con la muchacha estaba ante el altar del dios Pan.

La doncella derramaba sobre el altar la ofrenda de la tarde, leche de cabra mezclada con miel, y el joven se preparaba á tocar la zampoña.

Bogó la trirreme hacia alta mar y todo desapareció.

Solamente el ténue humo azulado del sacrificio se elevaba sobre el bosque.

Entonces rompiendo el majestuoso silencio se es-



cuchó un cántico grave de iglesia. Eran los ancianos monjes que en la proa de la nave, cantaban á coro la oración de la tarde...

Y por encima de las tranquilas aguas volaron otros acordes. El joven pastorcillo tocaba en su zampoña el himno de la noche al dios Pan, el viejo dios de la alegría, de la libertad y del amor.

Anatolio sintió estremecer su corazón de sorpresa.

— «Hágase tu voluntad en la tierra y en el cielo, —decían los monjes.

Y allá arriba, bajo el mismo cielo, elevábanse los purísimos sonidos de la flauta del pastor, confundidos con las palabras de la oración cristiana.

Murió el postrer rayo de sol sobre las peñas de la bienaventurada isleta, que parecía abandonada en el mar, y los dos himnos cesaron.

Sopló el viento en las jarcías; bramaron las olas. La trirreme crugía quejumbrosamente. El cielo obscurecióse por el sur y el mar se encrespó furiosamente. Las nubes se amontonaban densas y se oyeron los primeros rugidos del trueno.

La noche y la tempestad marchaban juntas.

FIN

# Casa Editorial Maucci

Mallorca, 226 y 228 — Barcelona

APARTADO DE CORREOS 189

Extracto del Catálogo General

## OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

|                                                                                                                         |         |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| L' Assommoir, por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados . . . . .                                                             | 2 Ptas. |
| Naná, por Emilio Zola. 2 tomos ilustrados. . . . .                                                                      | 2 »     |
| Los Misterios de Marsella, por Emilio Zola. . . . .                                                                     | 1 »     |
| Teresa Raquin, por Emilio Zola. . . . .                                                                                 | 1 »     |
| Lourdes, por Emilio Zola, dos tomos impresos en buen papel, tipos nuevos y elegantes.— Edición única en España. . . . . | 4 »     |
| Roma, por Emilio Zola, dos tomos de 500 págs. cada uno, (segunda edición). . . . .                                      | 4 »     |
| París, por Emilio Zola, edición ilustrada con 16 láminas, única en España: dos tomos rústica . . . . .                  | 4 »     |
| Fecundidad, por Emilio Zola (tercera edición). . . . .                                                                  | 4 »     |
| Escenas de la vida de Bohemia, por E. Murger . . . . .                                                                  | 1 »     |
| España, por Edmundo de Amicis. . . . .                                                                                  | 1 »     |



|                                                                                                        |         |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| Horas de Recreo, por E. De Amicis. Un tomo ilustrado. . . . .                                          | 1 Ptas. |
| La Carrozza di Tutti. (Una novela en tranvía), por Edmundo De Amicis. 2 tomos ilustrados               | 3 »     |
| Rafael-Graziella (2 novelas juntas), por Lamartine. . . . .                                            | 1 »     |
| El Manuscrito de mi Madre, por id. . . . .                                                             | 1 »     |
| ¡Misterio!... por Hugo Conway. . . . .                                                                 | 1 »     |
| Un Secreto de Familia, por id. (ilustrada). . . . .                                                    | 1 »     |
| Sin Madre, por id. . . . .                                                                             | 1 »     |
| El Secreto de la Nieve, por id. . . . .                                                                | 1 »     |
| Confusión, por id. . . . .                                                                             | 1 »     |
| Atala.—René.—El Último Abencerraje.—Viaje al Mont-Blanc (4 novelas juntas), por Chateaubriand. . . . . | 1 »     |
| La Sonata de Kreutzer. — El Matrimonio (2 novelas juntas), por el conde León Tolstoy                   | 1 »     |
| Amo y Criado, por id. . . . .                                                                          | 1 »     |
| Resurrección, por id. 2 tomos. . . . .                                                                 | 3 »     |
| Imitaciones.—Los Cosacos, por id. . . . .                                                              | 1 »     |
| La Esclavitud Moderna, por id. . . . .                                                                 | 1 »     |
| Noventa y tres, por V. Hugo. 2 tomos ilustrados                                                        | 2 »     |
| Los Trabajadores del Mar, por id., id. . . . .                                                         | 2 »     |
| El Hombre que Ríe, por id., id. . . . .                                                                | 2 »     |
| Nuestra Señora de París, por id. (ilustrada) . . . . .                                                 | 2 »     |
| Han de Islandia ó El Hombre Fiera, por id. Dos tomos ilustrados. . . . .                               | 2 »     |
| Sor Filomena, por E. J. de Goncourt. . . . .                                                           | 1 »     |
| Fromont y Risler, obra premiada por la Academia Francesa, por A. Daudet. . . . .                       | 1 »     |
| Tartarin de Tarascon, por id. . . . .                                                                  | 1 »     |
| Poquita Cosa, por id. . . . .                                                                          | 1 »     |
| El Nabab, por id. 2 tomos. . . . .                                                                     | 2 »     |

|                                                                                       |         |
|---------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| Las Cartas de mi Molino, por A. Daudet. . . . .                                       | 1 Ptas. |
| María (novela americana) por Jorge Isaacs. . . . .                                    | 1 »     |
| Vida de Jesús, por Ernesto Renan (ilustrada). . . . .                                 | 1 »     |
| Dora, por Carlota M. Braemé, id. . . . .                                              | 1 »     |
| Azucena, por id. . . . .                                                              | 1 »     |
| Una Lucha de Amor, por id. . . . .                                                    | 1 »     |
| Corazón de Oro, por id. . . . .                                                       | 1 »     |
| Su Único Pecado, por id. . . . .                                                      | 1 »     |
| En su Mañana de Bodas, por id. . . . .                                                | 1 »     |
| Un matrimonio del gran mundo, por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa). . . . . | 1 »     |
| La Señorita Giraud, mi mujer, por A. Belot. . . . .                                   | 1 »     |
| Los Compañeros del Silencio, por Paul Féval Dos tomos ilustrados. . . . .             | 2 »     |
| La Sala Misteriosa, por Paul Féval. . . . .                                           | 1 »     |
| El Posadero de Aldea, por E. de Conciencia. . . . .                                   | 1 »     |
| La Ciudad Negra, por Jorge Sand. . . . .                                              | 1 »     |
| La Venus de Gordes, por A. Belot y E. Daudet                                          | 1 »     |
| El Beso de una Muerta, por Carolina Invernizio. . . . .                               | 1 »     |
| La Venganza de una loca, por id. . . . .                                              | 1 »     |
| La Huérfana de la Judería, por id. . . . .                                            | 1 »     |
| Pasiones y Delitos, por id. . . . .                                                   | 1 »     |
| El Espectro del Pasado, por id. . . . .                                               | 1 »     |
| Los Amores de Marcelo, por id. . . . .                                                | 1 »     |
| El Crimen de la Condesa, por id. . . . .                                              | 1 »     |
| El Resucitado, por id. . . . .                                                        | 1 »     |
| El Triunfo de la Muerte, por G. D' Annunzio. 2 tomos ilustrados. . . . .              | 3 »     |
| El Placer, por id. 2 tomos ilustrados. . . . .                                        | 3 »     |
| El Fuego, por id. 2 tomos. . . . .                                                    | 3 »     |
| Las Vírgenes de las Rocas, por id. 1 tomo. . . . .                                    | 1'50 »  |
| El Inocente, por id. 1 tomo. . . . .                                                  | 1'50 »  |
| Historia de un Muerto, por Francisco Cal-cagno, ilustrada con ocho láminas . . . . .  | 1 »     |



|                                                                                     |         |
|-------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| ¿Quo Vadis? por Enrique Sienkiewicz. Edición completa é ilustrada. 2 tomos. . . . . | 2 Ptas. |
| Más allá del Misterio, por id. . . . .                                              | 1 »     |
| Luchar en vano, por id. . . . .                                                     | 1 »     |
| A Sangre y Fuego, por id. 2 tomos. . . . .                                          | 2 »     |
| ¡Sigámosle! por id. . . . .                                                         | 1 »     |
| Hania, por id. 1 tomo. . . . .                                                      | 1 »     |
| El Jardín de los Suplicios, por Octavio Mirbeau. . . . .                            | 1 »     |
| La Señora de Bovary, por Gustavo Flaubert. . . . .                                  | 1 »     |
| Salammbó, por id. . . . .                                                           | 1 »     |
| Mariquita León, por José Nogales y Nogales. (Edición ilustrada). . . . .            | 1'50 »  |
| El Ultimo Patriota, por id. . . . .                                                 | 1 »     |
| La Muerte de los Dioses, por Dmitri Merejkowski. 2 tomos. . . . .                   | 2 »     |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



